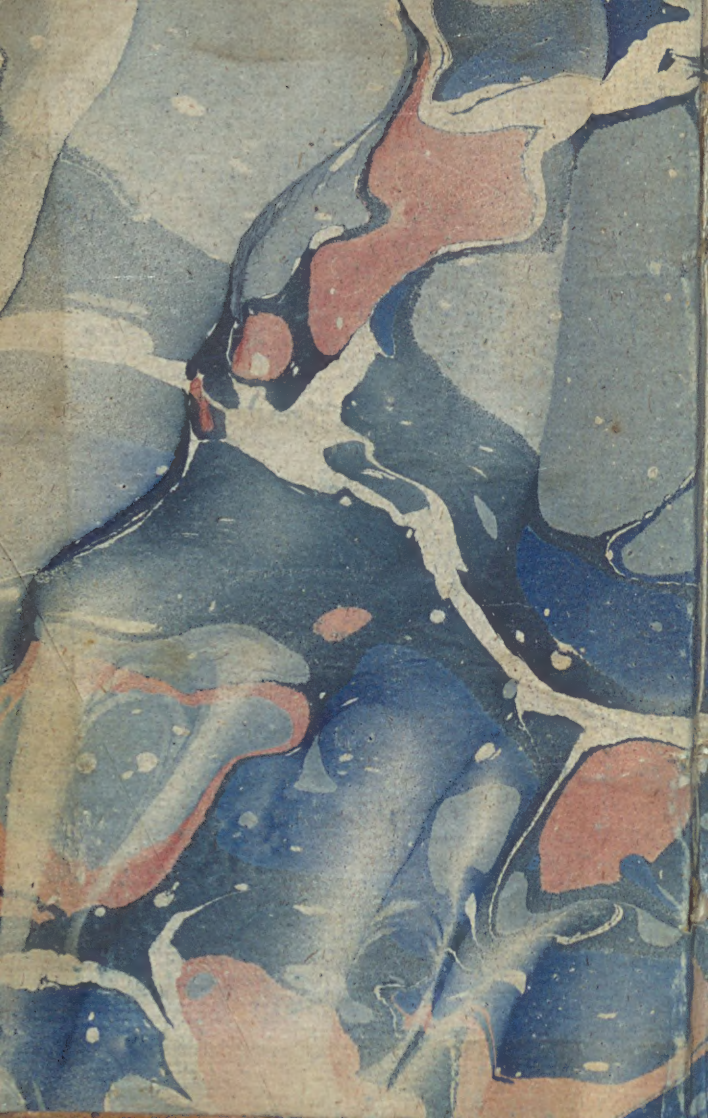






OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRES BENNET.

TOMO I.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES:

TRADUCIDA

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO I.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
1818.

LOS EDITORES.

Al ofrecer al pueblo español traducidas las obras de la célebre Mistres Bennet no dudamos que la acogida que de él recibirá será igual, cuando no exceda, á la que ha logrado en los principales pueblos de Europa.

La autora se distingue en el vasto número de escritores que han abrazado esta carrera por la feliz reunion de todas las cualidades que deben sobresalir en las composiciones

de este género; fin moral ingeniosamente conducido, caractéres sostenidos y pintados con vigor, naturalidad y sencillez en los sucesos, gracia y ligereza en el diálogo, rapidez y verdad en las descripciones; tales son las dotes que han dado á la autora la reputacion de que goza generalmente. Unese á esto la pintura de costumbres y usos extrangeros, en lo que siempre halla el lector una agradable novedad, y la oportunidad de algunas máximas morales, ligeramente explanadas, como resultado de los sucesos que se acaban de leer.

Si las ficciones de esta especie han llegado á ser de una necesidad

en el estado actual de las sociedades cultas para servir de agradable distraccion despues de trabajos serios é importantes, para recrear la ociosidad de aquellos que no los tienen, para formar el corazon y sentimientos de la juventud, para propagar, en fin, una moral suave, benigna, adaptable á todas las épocas de la vida, tenemos motivos para creer que Rosa y Ana desempeñarán completamente estos fines, y que estas amables heroinas hallarán ocasion oportuna de abatir el orgullo del poder, realzar la modestia de la virtud, y consolar con su ejemplo á la inocencia perseguida y calumniada; haciendo ver que

solo la Divina Providencia es capaz de sacar á la criatura de todos los peligros, cuando verdaderamente confia en ella.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Escena de muertos.

Mistres Clarcke era una honrada viuda, que se mantenia alquilando su casa á caballeros (como solemos decir), y tuvo la felicidad, segun ella misma confesaba, de haber recibido hácia fines del mes de Setiembre, y á muy buen precio, á un hombre de mediana edad, cuyo porte hablaba á su favor, y cuyos procederes justificaron despues la buena opinion que inspiraba su presencia. A fin de evitar todas las dudas que podia excitar su calidad de extrangero pago el primer mes adelantado, y anuncio á su posade-

ra que iba á recibir á una señora enferma y una niña: la suplicó que se encargase de asistir á aquella, y cuidar á esta; y habiéndola dado dos guineas para comprar las primeras provisiones, se separó de ella, diciendo iba á salir al encuentro á la dama y á la niña.

El forastero no habia explicado que aquella señora fuese su muger; pero tampoco habia dicho que no lo era. Mistres Clarcke era escrupulosa; pero su casa habia estado vacía todo el verano: se acercaba el invierno, cuya estacion sabia por esperiencia no era la mas propia para atraer huéspedes; es decir, que la necesidad la hizo disimular escrúpulos, que no hubiera sufrido en otras circunstancias, y temiendo encontrar una respuesta que la hubiera privado de la ganancia que se la ofrecia, y de que tanto necesitaba, calló, y no hizo pregunta alguna al forastero.

Dos horas despues paró un coche á

su puerta, y bajó de él una señora de alguna edad, atacada de una consuncion, que estaba ya en su último período, una niña de tres á cuatro años, sumamente bonita, y el equipage, que consistia en una maleta y una cajita que llevaba debajo del brazo aquel forastero. Mistres Clarcke, como muger activa y exacta en cumplir sus obligaciones, habia ya hecho las camas, y buscado una asistenta, creyendo (como en efecto era verdad) que no podia pasarse sin ella mediante el estado de salud de aquella pobre señora.

Inmediatamente se mandó venir el boticario mas cercano *, quien decidió era preciso llamar un medico; y como el forastero, que mostraba el mayor interés por la enferma, no conocia á na-

* En Inglaterra los boticarios son tambien cirujanos, y regularmente asisten á aquellos enfermos que no tienen bastantes facultades para pagar las visitas de un médico.

die, pidió que le nombrasen el profesor mas acreditado, y añadió que él en persona iria á buscarle: oido lo cual por el boticario, no solo le dió las señas de un buen facultativo, sino que aún se ofreció á acompañarle. Mistres Clarcke, despues de haber recomendado la enferma al cuidado de la asistenta, empezó á ocuparse en atender á la niña, cuando de repente oyó un gran golpe que dieron con el aldabon de la puerta, y bajando á abrir, vió con tanta sorpresa como dolor que volvia el boticario, acompañado de alguna gente que pasaba por la calle, y trayendo á su huésped acometido de un accidente apoplético. Hízosele inmediatamente una sangría; pero en vano, pues aquel repentino accidente habia ya concluido con su vida cuando le aplicaron el remedio.

El desórden y confusion que causó en la casa semejante suceso no podia ocultarse en el cuarto de la enferma: su

asistenta tuvo la imprudencia de decirla el motivo, y la ocasionó un desmayo, de que no volvió sino á fuerza de mucho trabajo; pero aunque recobró sus sentidos, permaneció sin poder hablar, y en este estado subsistió los tres dias que le duró la vida.

Entre las personas que la curiosidad ó la compasion habia llamado á la casa se hallaba el escribano John Dalton, individuo que era de una congregacion de Metodistas que distaba de allí poco. Mistres Clarcke y la asistenta, que frecuentaban esta congregacion, y hacian sumo aprecio de la compostura con que en ella sobresalia el escribano, le suplicaron se quedase á acompañar á la moribunda, la cual algunos momentos antes de espirar dió indicios de que no desconocia las ceremonias religiosas, ni el peligro de su situacion, y procurando reunir el resto de sus débiles fuerzas, hizo señas de que la llevasen la niña y la cajita; y despues

de haber abrazado á la primera, entregó una y otra al escribano: hecho lo cual pareció tranquilizarse algo, levantó los ojos al cielo, y exhaló el postrer suspiro.

La cajita pesaba lo bastante para tranquilizar á Mr. Dalton, quien á no ser por esto no se hubiera contentado ni con el deposito, ni con el modo con que se le habia hecho.

La pobre Mistres Clarcke, luego que vió que sus gritos no podian afligir á la moribunda, se puso á hacer las mas dolorosas exclamaciones, quejándose sobre todo de tener que dar sepultura á dos personas, cuyos nombres y familia ignoraba absolutamente. Considerando lo poco llena que estaba la maleta, juzgó que no contendria lo necesario ni para recompensarla, ni para pagar los gastos del funeral, que la arruinarian indudablemente si se viese precisada á satisfacerlos. En efecto, su caudal solo consistia en una corta viudedad que disfru-

taba como esposa que habia sido de un carpintero de armada, y en el poco producto que sacaba de sus huéspedes; y esto y no mas tenia para mantenerse ella y su hija, que estaba aprendiendo á ganar su vida en casa de una modista.

Esta reflexion la sugirió la idea de registrar los bolsillos de los difuntos. Halló en el del caballero un relox con su cadena de oro: tres paquetes, de los cuales el uno estaba sellado, y una cifra formada con las letras H. T.: siete guineas, algunas monedas menores, y una llavecita, de que Mr. Dalton se apoderó, como que pertenecia á la cajita, la cual entreabrió un poco, y volviéndola á cerrar con prontitud, dijo que no contenia sino papeles antiguos, que despues examinaria despacio. En seguida, tomando el tono edificante y piadoso que acostumbraba, dijo que pues el Señor habia privado á aquella inocente de sus protectores naturales, él queria ocupar su lugar,

y encargarse de su educacion.

Se sabia que él tenia una numerosa familia, y que apénas podia mantenerla; pero sin embargo, ¿qué obstáculo era este para detener las inspiraciones de un santo zelo? La caridad es una virtud que, como todas, halla su recompensa en sí misma: así él consintió en hacer mas de lo que podia en realidad, y ademas convino en hacerse cargo de todos los efectos que habian quedado, y pagar los gastos de ambos entierros, añadiendo: "Si »hay bastante para todo, sea en buen ho»ra; si no bastáre, el Señor suplirá."

Las dos mugeres se admiraban de su piedad y caridad, cuando él, para evitar la censura de los mal intencionados, las dió priesa á que se formase el inventario de los bienes de los difuntos: precaucion sin duda muy prudente; pero que no era absolutamente precisa, pues los testigos tenian muy buenos ojos, y ademas no era menester mucha memoria

para retener el número y calidad de aquellos efectos. En cuanto á la cajita (que él no abandonó ni soltó de las manos) declaró que era inútil comprenderla en el inventario.

Despues de haber dado las disposiciones que juzgó convenientes, mandó venir un coche para que llevase á él y á la niña á su casa, como igualmente la amable cajita.

Mr. Dalton decia la verdad cuando se quejaba de la carga de su numerosa familia, pues en esto no hacia lo que otros que suelen exagerar algo. Tenia en efecto una gruesa y corpulenta muger, bastante bella, cinco hijas, dos muchachos y una muy cortísima renta. Así cuando entró en su casa no aparentó Mistres Dalton mucha alegría al ver la caridad de su marido, ni se persuadió de que debia ser tan caritativo quien no era rico; y á decir verdad, aunque nadie aconsejaba esta virtud con mas zelo ni entu-

siasmo que el escribano, nadie tampoco la practicaba menos; y así no es de extrañar que Madama se sorprendiese y enojase á un mismo tiempo de este primer ejemplo que la presentaba su marido. Sin embargo, no tardó en reconciliarse con las incomodidades y gastos que iba á ocasionar aquel miembro intruso en su familia, y despues de haber tenido una pequeña conferencia secreta con su marido, miró con mas interés á la niña, que ya se habia dormido: la pareció tan amable, observó en ella un no sé qué que la distinguia de los niños nacidos en malos pañales, que al fin no pudo ser insensible á sus desgracias. Mistres Dalton tenia hijos: Dios sabe cuantos desvelos la habian costado, y así ofreció cuidar igualmente á aquella huerfanita, y servirla de madre. Se dió priesa á disponerla una cama, despues de lo cual Mr. Dalton, ya fuese por un efecto de aquella alegria interior que produce una bue-

na accion, ó ya por alguna otra fortunilla que habria hecho aquel dia, lo cierto es que pasó alegremente el resto de la tarde con su muger, añadió á la cerveza, que bebia comunmente, un vaso de ponche caliente, y se fue á la cama con la cabeza algo alborotada y el corazon mas contento que los dias anteriores.

Por la mañana presentó nuestra heroina del modo mas conveniente á las nuevas conocidas. La niña habia estado mucho tiempo encerrada en un cuarto pequeño, sin espacio para hacer ejercicio, ni compañeras para jugar: ahora entre los hijos del escribano hay tres de buena edad para acompañarla en sus juegos, y ademas tenia la proporcion de un hermoso jardin que habia en la casa; de modo que encantada con una situacion tan agradable, no cesaba de acariciar á todos, y desplegó una vivacidad y unas gracias, que probaban que habia recibido sus primeras ideas en una situacion mas distinguida.

No pudiendo comprender por su poca edad lo mucho que habia perdido, y ocupada en ver los juguetes y muñecas, que aunque de poco precio eran bastante numerosas y formaban el gabinete de las niñas Dalton, no pensaba en otra cosa hasta el momento que se la llevaba á la cama, pues entonces pronunciaba los nombres de *papá* y *aya* con unos gritos que la salian de lo íntimo de su corazon; pero bien pronto el sueño venia á disipar sus penas. Durante muchos dias la hora de acostarse fue la de los recuerdos dolorosos; pero estas ideas fueron amortiguándose por grados, y se borró completamente la memoria de lo pasado. El escribano y su esposa hicieron todos los esfuerzos posibles para que dijese el nombre de sus padres; pero solo pudieron sacar en limpio que se llamaba Ana, pues cuando tenia gana de alguna cosa nunca dejaba de decir: *Ana quiere esto: dad lo otro á Ana*; y sus ideas eran tan cor-

tas que en su inocente conversacion nunca pudieron hallar indicio ni de dónde venia, ni de quién era hija. Como nunca llamaba á su mamá, y solo á su aya, infirieron que aquel caballero difunto era su padre, y aquella señora su aya. Ambos fueron enterrados decentemente, y una semana despues hizo Mr. Dalton que se insertase en los periódicos el aviso siguiente:

"El dia 29 de Setiembre anterior al»quilaron una habitacion en Hampstead»Road un caballero y una señora: el »primero murió el mismo dia de un ac»cidente apoplético, y la segunda falle»ció tres dias despues de resultas de la »sensacion que la hizo este suceso, y »han dejado una niña chiquita. Los pa»rientes de estas personas que quieran »reclamar esta criatura pueden dirigirse »al escribano John Dalton en Tottenham»Court-Road."

Mi lector creerá tal vez que los pa-

peles contenidos en la cajita podian dar á Dalton noticias mas seguras de la familia de la huerfanita; pero deben saber que la cajita no contenia papel ni cosa alguna que pudiese dar semejante informacion, y el escribano resolvió cubrir con un velo impenetrable lo que realmente encerraba, y era nada menos que una suma bien completa de 1400 guineas en catorce bolsitas, con la nota de las monedas que habia en cada una de ellas, y en una (ademas de las cien guineas respectivas) encontró tres sortijas de diamantes de mucho valor, y un bucle de cabellos de muger envuelto en un papel, y con este letrero: *Mi querida H. T.*

Yo quisiera poder decir que Dalton no ocultaba estas cosas sino con la loable intencion de restituirlas, y que se esmeraba en hacer diligencias por descubrir los parientes de la niña con el mismo zelo como si tal cosa tuviese en su poder; pero me es sensible anunciar que

tengo muy poderosas razones para sospechar todo lo contrario. La tentacion era fuerte, y el tentado muy débil. La avaricia cuando llega á dominar verdaderamente no repara en los medios. Dalton no formó inmediatamente el proyecto de apoderarse de aquella suma; pero luego que la vió en sus manos sin ningun testigo que lo acreditase, ni mas que una niña, que jamás podia pedirle cuenta de ella, se puede creer cuán dificil entrada tendrian los sentimientos de probidad y justicia en un corazon como el suyo, que jamás los habia conocido. Su ingenio por otra parte no dejó de suministrarle medios para justificarse á sus ojos y á los de su muger, y se persuadió á sí propio que reteniendo las 1400 guineas, ademas de que podria restituirlas en adelante, labraban por entonces la felicidad de su familia sin perjuicio de nadie.

CAPÍTULO II.

El hipócrita avaro.

Mr. Dalton, á quien tan de pronto he presentado á mis lectores, hará tanto papel en el discurso de esta historia, que creo indispensable darle á conocer mas particularmente.

Su padre era oficial de carpintero en una de las mayores ciudades del principado de Gales. El maestro de una escuela gratuita de Gramática le recibió cuando niño para que le limpiase los zapatos, y le barriese la aula; y desempeñando estas funciones fue como aprendió, aunque de paso, algun poco de latin; y luego, habiendo obtenido medianamente sus atenciones y varios servicios el favor del hijo de un eclesiástico de dignidad, que bien pronto ascendió á Obispo, logró principiar su carrera.

Habia por entonces un célebre puri-

tano * lleno de zelo y de entusiasmo, que buscaba con ansia sugetos á quien encomendar así la recoleccion de las limosnas, como parte de la enseñanza. Dalton, que segun su codicia, y los pocos principios que habia adquirido en la escuela de su primer amo, le parecia esto un partido ventajoso, y considerando que pocos hombres tienen la fortuna de ser felices en su patria, y que no se le ofrecia ni la menor perspectiva de que él lograse en la suya ni la mas pequeña fortuna, se presentó á aquel gefe de partido con la recomendacion de su amigo, le anunció su deseo, y fue admitido alistándole en su congregacion. Enviósele á una ciudad del Oeste de Inglaterra, donde fueron tales sus progresos, que se halló en disposicion de ganar honradamente su vida. Tuvo la felicidad de ganar la amistad de una viuda rica, que habién-

* Hereges Presbiterianos de Inglaterra.

dole hecho primero su confidente, pensó luego hacerle su marido; pero bien considerada la cosa, renunció su plan en favor de su hija, jóven de diez y seis años, bonita y con un dote de 1000 libras esterlinas. El caudal de dicha viuda solo consistia en una pension que la habia dejado su marido; y aunque á la verdad era crecida, sin embargo debia cesar luego que contragese nuevo matrimonio; y algunas personas aseguraron que esta fue la razon que tuvo Dalton para hacer violencia á sus sentimientos en favor de la madre, y aceptar la mano de una jóven bonita, pero que aun no profesaba la religion que él enseñaba con tanto zelo. Á no ser esto, él hubiera preferido una santa y digna matrona, cuyos dias y aun noches estaban consagradas á los piadosos ejercicios.

Fuesen cuales fuesen los motivos, el hecho es tal como acabo de referirle: dió la mano á la jóven con aprobacion de su

madre; pero no halló iguales sentimientos en el mayor número de los habitantes que no profesaban el metodismo, los cuales juzgaron á propósito manifestarle cuán descontentos estaban del modo con que aquella señora habia dispuesto de su hermosa hija, y se tomaron la satisfaccion de divertirse con la casa y las vidrieras de un modo que no está del todo autorizado por las leyes. Igualmente trataron con poca política y ceremonia al buen Dalton, que tuvo la mortificacion de ver arruinada su sala de enseñanza, y tener que ponerse en salvo amparado de las sombras de la noche, abandonando sus amigos y discípulos.

Mil libras esterlinas en el bolsillo y una jóven bonita á su lado no parecieron á los ojos de su gefe unos delitos tan feos como los habian juzgado los ignorantes y brutales vecinos de la ciudad que dejaba: la persecucion que habia sufrido no fue causa de que se le recibiese mal, y aun

tuvo alguna razon de alegrarse de este suceso, pues ademas de que inmediatamente se hizo Escribano, logró poco despues ser introducido en los mismos términos que antes en una de las congregaciones de la capital.

De este modo tuvo Dalton la ocasion de desplegar sus talentos en un nuevo teatro. Su mirar atrevido, su cuerpo flaco y alto, su frente hipócrita y adornada de una peluca, juntas estas cualidades á la de un porte y andar edificativo, le grangearon bien pronto el favor de todas las viudas y solteronas que asistian á la congregacion. Su esposa, ignorante y nueva en todos estos objetos, y mas susceptible que otra alguna de las impresiones y preocupaciones de las personas con quienes trataba, creyó firmemente que su marido era tan santo como parecia. Ella á cada instante despreciaba con la boca las vanidades y pompas del mundo; pero la vista de un gorro nuevo, ó de un ves-

tido de color brillante y alegre, que á veces divisaba en las demas asistentas, era suficiente para distraerla de su devocion y sus rezos. Regularmente paría todos los años, y el efecto de su fecundidad fue que engruesase, se hiciese mas pesada, y se aumentase su natural indolencia. Su mayor placer era comer, y aunque la economía de su casa no siempre la permitia satisfacer este gusto completamente, hallaba frecuentes ocasiones para desquitarse en los banquetes á que la convidaban las piadosas discípulas de su marido.

Por lo demas era una buena madre, y una esposa fiel y sumisa, naturalmente dócil, é incapaz de ofender: llena de veneracion á su marido, habia llegado á creer que cuando la daba un bofeton en la mejilla derecha, lo que solia acaecer frecuentemente, nada era mas justo ni mas meritorio que presentarle la izquierda. La voluntad de Dalton era la suprema ley de sus acciones; y como todos

los pensamientos de aquel no se dirigian sino al dinero, ni hablaba de otra cosa que de la miseria á que ella se veria expuesta con sus hijos si tenia la desgracia de quedar viuda, ella habia ido bebiendo imperceptiblemente el sistema de avaricia, no porque convenia á su carácter, sino por conformarse con el de su marido.

Las mil libras esterlinas que componian la dote no habian sufrido mas alteracion que la de pasar de manos del tutor á las de Dalton, quien las habia puesto á ganancias; y como en muchos años habia conseguido mantenerse con el producto de las socaliñas y regalos que le daban, no habia tenido motivo de llegar á los intereses ni al capital.

Es preciso convenir en que tenia el talento é industria necesarios para aprovecharse de cuanto pudiese ofrecerle alguna utilidad; y así mientras que los demas creian adelantar la obra de su pro-

pia salvacion suministrándole para largas limosnas, él trabajaba constantemente en avivar en unos y excitar en otros todas las buenas disposiciones de que podia sacar partido. Si por ejemplo un sastre se sentia inclinado á la devocion, al momento le daba á entender que era indecoroso á tan piadosa congregacion que un maestro estuviese tan mal vestido. Si algun fabricante de medias le convidaba á comer, tenia cuidado de ir con unas medias llenas de puntos. Jamas iba á visitar á un mercader de lienzos sin llevar su camisa puerca, y ya se vé era preciso compadecer la suerte del venerable preceptor, que tenia poco lienzo para mudarse ropa sino de ocho á ocho dias. Su numerosa familia y su corta renta era siempre el texto sentimental para empezar sus plegarias; y variaba hasta lo infinito los modos y los esfuerzos para poner sus discípulos en contribucion, y lo conseguia de modo que muchas veces se veía obligado á ven-

der en un barrio lo que habia recogido en otro, no cesando de repetir que presta al Señor el que da á los pobres.

Aunque este principio estaba siempre en su boca, jamás habia hallado lugar en su corazon, y sus obras se diferenciaban absolutamente de sus palabras. Cuando nuestra heroina vino á su poder estaba sumamente ocupado en dos planes importantes relativos al perpétuo objeto de su atencion, es decir, á juntar dinero.

Cierto maestro albañil habia adquirido una buena porcion de terreno, obligándose á construir en él unas casas; y al abrir los cimientos penso en fabricar una sala ó capilla, que ofreció á Dalton con su administracion, y juntamente una parte de los intereses que redituase, con tal que le prestase mil guineas para poder acabarla.

El plan era brillante é inmensas sus ganancias si llegaba á prosperar. Dalton calculaba ya el número de personas que

podrian caber en ella, y el precio de sus asientos diferentes *; y su corazon saltaba de gozo solo con la idea de la suma que produciria este nuevo establecimiento. Pero tambien reflexionaba que si se frustraba el proyecto, hallaria sumas dificultades en volver á recobrar las amadas guineas que emplease en aquellas obras, que á un tiempo se tragarian el capital y los intereses.

Con semejante lucha un hombre sabio solo hubiera sido prudente y circunspecto; pero Dalton fue desgraciado. Animado por la esperanza de enriquecerse, condescendió; pero apénas cerró su trato cuando ya el temor de las pérdidas pesaba sobre su corazon; y si tiranizado por

* Como esto se dice de una capilla del culto protestante, donde es lícito alquilar bancos &c. como en un teatro, no deben extrañarlo los lectores, ni tampoco confundirlo con las iglesias y oratorios de los católicos, donde jamás se ha practicado ni practica.

este medio se resolvia á dejar su capital donde estaba, luego le ofrecia á su imaginacion la sala ó capilla llena de gente con todas las utilidades que podria proporcionarle.

En tan crítico período fue precisamente cuando la casualidad ó, segun decia, la Divina Providencia puso en sus manos lo necesario para satisfacer su ambicion sin tocar á su propiedad. Algunas dificultades podrian sobrevenir, si la niña fuese reconocida, y reclamado aquel dinero; pero aun entonces, ¿quién era capaz de probárselo? La persona que le habia confiado uno y otro no estaba ya en estado de dar un testimonio positivo, y la feliz incertidumbre de la ley no admite otra especie de declaraciones en asuntos pecuniarios. Era pues dueño de restituir la suma cuando quisiese; y aun aseguró á su muger que entonces la restituiria sin aguardar á que le obligasen.

Arreglado este punto entregó las mil

guineas al maestro albañil, llevó el resto al banco, y se halló contentísimo por haber logrado mas de lo que nunca se hubiera atrevido á desear.

CAPÍTULO III.

Sigue la materia antecedente.

Dalton tenia muy buenas razones para encargar el secreto al maestro albañil, pues sin esta precaucion se exponia á sufrir exámenes impertinentes. Aun la misma Mistres Clarcke llegó á haçérsele temible, porque esta buena muger, mas amable que curiosa, mostraba tanto interes y compasion por la niña, que apénas pasaba dia sin que la visitase, llevándola siempre algun regalillo, ya de vizcochos, ó ya de juguetes. Resolvió pues mudar de morada para alejarse del único testigo vivo de un suceso, cuyo resultado le era tan importante ocultar de todo el mundo. Por otro lado le era imposible apartar de su

casa á aquella muger, porque á la verdad nadie tenia mas derechos que ella á ser bien recibida, pues aunque fuese una pobre, siempre habia sido liberal y caritativa, y cuantas veces se la proporcionaba añadir algun plato extraordinario á su mesa, no dejaba de enviar su parte á Mistres Dalton.

La tal Mistres Clarcke, aunque era muy piadosa, no tenia la austeridad de una devota, y Dalton estaba tan convencido de su integridad, prudencia y discrecion, que á veces se arriesgaba á entregarse en casa de ella á una diversion que nunca se hubiera permitido ni en su casa propia, ni en otra alguna, de miedo de ser descubierto. Es el caso que todos sus esfuerzos no le habian podido hacer que venciese su pasion al Wist, que habia concebido desde sus primeros años. Este juego le habia sido grato cuando niño, porque habia tenido la felicidad de ganar, y de este modo entraban algu-

nas monedas en su bolsillo, que á no haber sido por esto hubiera quedado siempre vacío; pero esta diversion profana, que su secta prohibia para todos en general, y con especialidad para el gefe y sus subalternos, se habia fortificado con la edad, y no se negaba á hacer la partida á algunos amigos que creía callados. Mistres Clarcke, que no se figuraba que pudiese caber delito en manejar los naipes, se prestaba con gusto á contribuir á la diversion favorita del maestro; pero como éste se hallaba siempre rezeloso de ser descubierto, y como por otra parte todos sus pensamientos estaban reconcentrados en los intereses de la capilla, resolvió aproximarse á ésta, con lo cual lograba á un mismo tiempo alejarse de las tentaciones, poner á la niña y la cajita al abrigo de una vigilancia que le inquietaba, y no perder nunca de vista al maestro albañil, siendo perpétuo testigo así de los progresos de su obra, como

de las utilidades en estando concluida.

Un suceso tan triste como inesperado vino á desconcertar todos sus proyectos, excepto el de mudar de casa; y fue que á pesar de su silencio sobre el proyecto de la nueva sala ó capilla, se habia traslucido alguna cosa, y llegado á oidos del principal metodista que le empleaba. La buena voluntad de este santo varon para con sus delegados, lejos de crecer á medida de los progresos de éstos, se disminuia segun iban adquiriendo estimacion en sus congregaciones respectivas. Habia visto con zelos el concurso que acudia á las lecciones de Dalton, y temiendo la pérdida de intereses que le resultaria de tener parte Dalton en la nueva capilla que se estaba construyendo, le suscitó una querella religiosa; y habiendo probado delante de una asamblea escogida, compuesta de ancianos, sacristanes y muñidores, que el escribano John Dalton se habia hecho indigno de la pre-

ceptoría que ejercia entre ellos por haber jugado tres veces á los naipes con Marta Clarcke, fue expelido de la sociedad. Esta sentencia se leyó en todas las congregaciones del reino, y en la de la cómplice del delito; que para su mayor mortificacion fue excomulgada.

Á este golpe funesto se siguió otro aun mas terrible. El maestro albañil á quien habia adelantado las mil guineas, desapareció sin haber cumplido nada de lo tratado, dejando la sala á medio construir, y lo que es peor sin haber dado al pobre Dalton un recibo ó papel, que acreditando los adelantos que tenia hechos, le autorizase para valerse de otra persona que concluyese la obra que con tanta desgracia se habia comenzado.

Dícese que el hombre, cuando llega al último grado del infortunio, encuentra motivos de consuelo recurriendo á su razon. Así sucedió á Dalton, y por consecuencia á su esposa, quienes hallaron un po-

deroso alivio, reflexionando que no era suyo el dinero que habian perdido, y que aun les restaban 400 guineas. Ademas de esto sucedió que un bondadoso y rico ministro, dignidad de la iglesia Anglicana, mas humano que severo, y mas benéfico que devoto, habiendo oido hablar de Dalton y de su numerosa familia, que estaba envuelta en su desgracia, se sintió compadecido; y despues de haber tomado algunos informes secretos sobre su conducta y capacidad, le nombró su apoderado, señalándole sesenta libras esterlinas de sueldo al año, y enviando su hijo mayor (de quien debia cuidar) á la escuela del hospital de Cristo.

Este suceso pareció á la familia de Dalton una rápida fortuna, y viéndose llamados á vivir en una clase mas elevada, gastaron cien guineas en muebles, ropas y otros artículos necesarios; de modo que ya no se veía en ellos cosa que anunciase la pobreza que tanto habia decantado.

En virtud de esto se le empezó á tratar con mas atencion. El poco talento que manifestaba pareció que era un sacrificio que hacia de su modestia, y bajo este supuesto adquirió nueva recomendacion.

CAPÍTULO IV.

Un accidente.

Cuando Madama Dalton se vió establecida en su nueva casa, buscó una escuela para sus hijas, y casualmente vió sobre la puerta de un latonero una inscripcion, que decia: *Escuela de niñas*, con la interesante *nota* de *se enseña baile*, y todo. Las Mis Dalton, que seguramente estaban hechas unas señoritas, fueron enviadas con Ana á aquella escuela, donde bien ó mal aprendieron á deletrear, y á coser alguna cosa. En cuanto al baile era una habilidad que seguramente no convenia al carácter y profesion de su padre, ni á sus rentas; y en vano la niña

Ana, acariciándole y saltando delante de él, intentó vencer su avaricia y sus escrúpulos en este punto. El espíritu vivo de esta amable niña dió desde luego muestras de aptitud para aprender cuanto se la enseñase. En el juego era una pólvora, y en el estudio sumamente dócil, siendo siempre la primera en tomar su libro, su labor ó su muñeca. Para hacer justicia á Mr. Dalton y su muger debo decir que no mostraron ninguna parcialidad para con sus propios hijos, y que trataron á la huerfanita con un cariño igual al que tenian á aquellos, correspondiendo ésta segun convenia para mantenerlos en tan buenas disposiciones.

Tres años pasaron casi sin que ni á unos ni á otros sucediese cosa importante. Ana iba siempre adquiriendo nuevas perfecciones. Cuando entró en su casa era una niña bonita; entonces ya prometia ser una hermosa dama: sus facciones eran muy regulares, su tez sumamente blanca,

y muy graciosos todos sus movimientos. Aunque era algo atolondradilla, se grangeaba el cariño de todos, y era la favorita de la maestra, que por premio de sus tareas recibia seis sueldos á la semana de cada una de sus discípulas. Las obras de esta niña servian de modelo á las otras, y á pesar de la poca instruccion que su maestra podia darla, llegó á leer con una facilidad e inteligencia que admiraron á Mr. y Madama Dalton.

Á esta época nuestra pequeña heroina tuvo cierta aventura, que dió una nueva forma á su fortuna. Fue el caso que yendo un dia sola por la calle, como muchas veces la acontecia al ir y venir de la escuela, la dió gana de correr con mas agilidad que cuidado, de manera que no reparó en un coche que venia á carrera abierta, y como el cochero no pudiese refrenar á tiempo los caballos, la niña cayó, y se lastimó alguna cosa. La dama que iba en el coche manifestó el mayor

pesar por este suceso, y el mas vivo interés á favor de la niña, á quien llevó consigo en el coche á casa de Dalton, donde hizo que la viese un cirujano, y no se apartó de ella, ni tranquilizó, hasta saber que no habia peligro alguno. Al despedirse la dejó cinco guineas, prometiendo volver al otro dia á ver á su angelito, como ella la llamaba; cuya palabra cumplió, y siguió visitándola todas las mañanas hasta que estuvo enteramente restablecida.

Las gracias poco conocidas de Ana interesaban singularmente á Madama Melmoth (este era el nombre de la dama), y la viveza y afeccion con que hablaba de ella á su marido excitaron su curiosidad, de modo que deseó verla, y su esposa se apresuró á volver á casa de Dalton, á quien pidio que dejase ir la niña á comer á su casa, prometiendo acompañarla ella misma por la noche.

Esta visita fue favorable á nuestra heroina: su interesante inocencia, unida

á aquella cierta cosa que nadie sabe nombrar, pero que todo el mundo experimenta á vista de las gracias y de la hermosura; la exactitud de sus respuestas á cuantas preguntas la hicieron, todo, en fin, contribuyó á grangearla la voluntad de sus nuevos amigos, que sintieron mucho tener que devolverla aquella noche á casa de Dalton. Repitiéronse estos convites varias veces, y siempre la regalaban tantos pañuelos y trages, que bien pronto las niñas de Dalton se hallaron equipadas de los desechos de ella; y conforme á los deseos de su bienhechora, se buscó una escuela mejor, donde se la puso, pagando aquella los gastos.

Luego que el Parlamento fue prorogado, Madama Melmoth, aunque dama del gran tono, y aficionada al trato y los placeres de la capital, declaró que por lo que mas sentia dejarla era por separarse de Ana, y abrazándola con terneza, la preguntó si queria ir con ella.

Mr. Dalton vió con indecible satisfaccion el cariño que esta dama tomaba á su pupila, y se lisonjeó de que ella podria llegar á quitarle aquella carga, creyendo que si Madama Melmoth tuviese el capricho de encargarse enteramente de la niña, él no solo ahorraria los gastos de su manutencion, sino que como en tal caso no la faltaria nada, podia tranquilamente apropiarse sus bienes.

Preocupado con tan risueña perspectiva acechó el momento en que el corazon de la señora manifestaba una parte del cariño que tenia, y aprovechándose de esta ocasion, empezó á ensalzar las bondades de la Providencia, su constante cuidado con los infelices que no tienen parientes ni apoyo alguno, y dió como una nueva prueba de esto el interés que á ella misma habia inspirado aquella huerfanita.

Madama Melmoth, que siempre habia creido que Ana era hija suya, se sor-

prendió al oir este discurso, y le pidió algunas explicaciones, que ya él aguardaba, y asi la contó la historia de la niña, suprimiendo los pasages que creyó necesarios, y añadiendo todo lo que podia recomendar su propia caridad, y excitar la de quien le escuchaba.

El cariño que Madama Melmoth habia cobrado á la niña creció por la compasion que la inspiraron sus desgracias; é inmediatamente la hubiera tomado bajo su proteccion si hubiese atendido al primer impulso de su corazon generoso; pero un momento de reflexion la hizo advertir que debia dilatarlo hasta que consultase la voluntad de su marido. Conocia demasiado bien su carácter para dudar de que se prestase á sus deseos; mas sin embargo acostumbraba á no tomar resolucion alguna en cosa de importancia sin obtener su aprobacion. En consecuencia de esto nada respondió por entonces, y este silencio, y su salida de la ciudad, obli-

garon á Dalton á pensar que el pez no habia picado lo bastante para quedar preso en el anzuelo.

Mr. Melmoth habia marchado á Lodge, en el condado de Sommerset, donde ordinariamente residia, dos dias antes de la última visita que hizo su esposa á la niña, y se habia anticipado en el viage por razon de que pensaba adelantarse hasta Bath, donde tenia que visitar uno de sus parientes. Inmediatamente que se reunió en Lodge con su esposa, ésta le contó la interesante historia de Ana de un modo que le enterneciese; y como no habian tenido hijos, él se dió priesa á prevenir sus deseos, consintiendo en sacar la huerfanita de manos de Dalton.

Mr. Melmoth era el hombre mas sensible y mas honrado del mundo, y su mayor satisfaccion era saber una cosa que pudiese complacer á su esposa, y ponerla en ejecucion inmediatamente cuando era cosa que estaba dentro de la esfera de

sus facultades; y asi apénas Madama le dejó, y pasó á su gabinete á vestirse, cuando tomó la pluma y escribió á Dalton lo que sigue:

"Monsieur:

„Madama Melmoth ha cobrado tanto „cariño á vuestra Ana, y ha tomado tal „interés al oir su historia, que habeis te„nido la bondàd de contarla, que no será „dichosa sino cuando la tenga á su lado. „Mañana sale de la posada de *la cabeza* „*del Moro*, en la calle de Triday, un co„che de diligencias que pasa por delante „de vuestra misma puerta. Si no encon„trais una señora que pueda encargarse „de ella, tened la bondad de confiarla á „una criada. Cuanto mas pronto la ha„gais venir, mayor favor hareis á vuestro „servidor, &c. = W. Melmoth."

Esta carta fue cerrada, y enviada inmediatamente al correo, sin decir nada á Madama; pues su esposo tenia gusto en sorprenderla, presentándola la niña antes

de que supiese siquiera que se habiá escrito enviándola á buscar.

Mr. Dalton quedó encantado al ver que le suplicaban una cosa que ya no esperaba, y asi no retardó su cumplimiento. Al instante se dirigió á la posada, donde llegó á tiempo que una señora de alguna edad, pero muy robusta y colorada, acababa de tomar un asiento para ir á un pueblo, en cuyo camino estaba la casa del caballero Melmoth, del cual añadió ella que no habia persona que fuese mas conocida que ella, cuyo nombre era la señora Plunket. Como el oficial encargado de este despacho confirmó esto mismo, y como Mr. Dalton tenia demasiada gana de libertarse de aquella carga, no se detuvo en poner dificultades, y dijo claramente que tenia que enviar una niña á Madama Melmoth, y que su marido le habia escrito que la pusiese en camino, encargándosela á cualquiera señora que hiciese el mismo viage.

Como aquella señora consintió en cuidar la niña hasta Lodge, y como el coche debia partir aquella misma tarde, Dalton volvió á su casa á toda priesa para buscar á Ana; y aunque se esforzó en pintarla su buena fortuna, y la felicidad que iba á disfrutar al lado de una señora que ya la habia dado tantas pruebas de cariño y de bondad, sin embargo ella no se podia resolver á separarse de Mistres Dalton, á quien amaba tiernamente. La idea de dejar á las compañeras de sus inocentes juegos llenaba su corazoncito de una angustia inexplicable; y asi suspiraba, lloraba, y no admitia ningun consuelo con cuanto la decian. Mistres Dalton, vivamente conmovida, suplicó á su marido que no la enviase; observó que el gasto que podia ocasionar aquella pobre niña era de corta entidad, y aun se atrevió á añadir que era la menor cantidad que en conciencia estaban obligados á darla. Pero ya he dicho que la voluntad de su ma-

rido era su ley suprema; y el escribano, acostumbrado á no hacer caso de la opinion de su muger sino cuando exactamente se conformaba con la suya, lo que casi siempre sucedia, no juzgó oportuno empezar á complacerla en una ocasion en que precisamente sus miras y su propio interés estaban en oposicion directa con los principios de humanidad y buen carácter, que hacian desear á aquella buena señora el conservar en casa la huerfanita. La respondió con sequedad que ella era verdaderamente una pobre muger, que no sabia lo que la convenia; y para terminar toda disputa añadió, que él sabia lo que se hacia, y que la niña marcharia indefectiblemente.

CAPÍTULO V.

Agradables compañeros de viage en un coche por asientos.

Mistres Plunket era una muger notable, ó notada, que habiendo olvidado las reglas del pundonor hasta el término de ser madre de sus hijos antes de tener esposo, no habia hallado otro medio de consolidar la fama de su buena conducta actual sino comparándola con la de otras, que habiendo empezado su carrera como ella, no habian llegado al punto donde ella se hallaba. Así se ocupaba constantemente en averiguar los deslices de sus vecinas, y este cuidado absorvia de tal modo su atencion, que ni la presencia de sus hijos, demasiado crecidos, bastaba á excitarla algun remordimiento; es decir, que sus propios errores se habian borrado enteramente de su memoria, al paso que ésta conservaba con exactitud los de

cuanta gente conocia.

Su curiosidad era insaciable, y siendo enemiga de toda buena fama, recogia con ánsia las palabras *sí*, y *pero*, qué podian disminuirla, y divulgaba por las casas de sus vecinos las anécdotas galantes que recogia, adornadas con sus propios comentarios. Habia sido criada de cocina en la casa del padre de Mr. Melmoth, quien habiendo enviudado pocos años antes de su muerte, y siendo demasiado débil, ó demasiado indulgente con sus criados para velar sobre su conducta, habia conservado esta muger en su casa, sin embargo del escándalo que daba, y que él no podia ignorar. Su hijo, que no era tan tolerante en el punto de costumbres, y que en efecto las tenia purísimas, teniendo al mismo tiempo mas firmeza y teson, la despidió de su casa apénas vió que podia mandar en ella. Su amante, que habiendose antes casado habia enviudado entonces, consintió en hacer una muger

honrada de la manceba que creía madre de sus hijos, y asi ella cambió su nombre con el de Mistres Plunket. Ambos habian servido en Lodge, y juntado el dinero suficiente para formar una tienda, que establecieron en una ciudad inmediata; pero como Mistres Plunket no habia olvidado las humillaciones sufridas en Lodge, y habia perdido la memoria del motivo que las habia causado, no dejaba de aprovechar cuantas ocasiones se la presentaban para manifestar, sin peligro suyo, el odio que tenia al hijo de aquel hombre, en cuyo servicio habian enriquecido ella y su esposo.

Asi pues, para satisfacer á un tiempo su curiosidad y su malignidad, afectó un bellísimo humor, y procuró instruirse de cuanto concernia á Ana. "Dios mio, ¡qué »bella es! exclamó al verla, ¿cómo es que »sus padres pueden resolverse á separarla »de su lado? Sin duda será porque tienen »otros muchos hijos." Mistres Dalton, que

habia acompañado á Ana hasta la posada, dijo que no era su hija, y habiéndola preguntado si tenia algun parentesco con ella, respondió que era una huerfanita que Mr. Melmoth, por complacer á su esposa, sacaba de su casa y tutela.

La curiosa Plunket no hubiera dejado de continuar sus preguntas si el cochero, ocupando su puesto, y chasqueando su látigo, no la hubiese advertido que ya no tenia tiempo de seguir la conversacion; y asi subió al coche auxiliada del postillon, quien despues la alargó la niña, habiéndola tenido que arrancar casi por fuerza de los brazos de Mistres Dalton.

Cuando cerró la portezuela del coche, y éste empezó á caminar, la niña comenzó á llorar á gritos; pero Mistres Plunket, incomodada por aquel estruendo, la mandó que callase con un tono tan áspero y tan seco, que la pobre niña, aterrada, calló, y si continuó llorando fue de modo que no se la oyese. Poco tiempo despues

el movimiento del coche y el peso de la noche la excitaron un sueño tan profundo que no dispertó hasta la mañana, cuando hicieron alto para desayunarse.

Comió con buen apetito, y aunque todavía sentia vivamente la pena de verse separada de la buena Dalton; el espectáculo risueño de la naturaleza, que ella jamás habia visto en el campo, y la novedad de los objetos que por la primera vez se presentaban á su vista, la ocuparon enteramente, y la causaron una feliz distraccion. Sin embargo de todo aún se acordaba, con cierta especie de temor mezclado con disgusto, de la imperiosa voz de la dama Plunket.

Luego que volvieron á tomar el coche, esta muger activa, deseosa de satisfacer su curiosidad, la hizo cincuenta preguntas, queriendo saber de dónde era, cuánta edad tenia, cómo habia conocido á Monsieur y Madama Melmoth, y desde cuándo los habia visto. Á todo esto

Ana guardó el mas profundo silencio. En vano la dama empleó todos los medios imaginables para hacerla hablar, hasta que cansada de hacer tentativas inútiles, y disgustada del poco fruto que sacaba, omitió hacer mas preguntas, y se puso á murmurar á rienda suelta.

"Aquí se encierra algun misterio.... »sí, por vida mia; yo lo aseguro.... la »niña, como bien educada, bien instrui»da, callará.... ¿pero qué importa? Cier»tas gentes se empeñan en cerrar los ojos... »no hay ciegos peores que los que no quie»ren ver. Madama Melmoth puede erguir»se todo lo que quiera; no se ignora que »esta ostentacion la conviene muy poco.... »¡Una huérfana!... En verdad hay mu»chas de su sangre, aunque esta no sea, »una de ellas.... Por lo demas ella sola »bastaba para disipar cuanto pueda ahor»rar su marido, y algo mas.... Nada »aborrezco tanto como la nobleza cuando »falta el caudal para mantenerla."

Està última reflexion obtuvo la aprobacion de dos viejas que iban en el mismo coche, y la aplaudieron, observando que precisamente los que estaban en aquella situacion eran los que mas orgullo mostraban, y se daban mayor importancia. ¡ Importancia ! exclamó Mistres Plunket, encantada á vista del mérito que la daban á sus ojos la atencion de aquellas mugeres ; y como vió que habia excitado su curiosidad, convino en contarlas la historia siguiente del caballero Melmoth y de su familia.

CAPÍTULO VI.

Retrato de una casa hecho por un criado despedido de ella.

"Antes de todo debo decir que mi padre y mi madre vivieron con el abuelo y el padre del actual Melmoth, y que yo he nacido en esa casa, donde tambien se ha criado mi marido Mr. Plunket ; de ma-

»nera que esto va, como suele decirse, de »generacion en generacion. El anciano »caballero dejó á su hijo una buena he»rencia de 3000 libras esterlinas en ren»tas y en tierras tan buenas como las me»jores que pueden hallarse en el condado. »Creereis, acaso, que las jóvenes coque»tas han participado de este caudal; pues »no hay tal cosa, porque el tal jóven caba»llero parecia haber nacido para eclesiás»tico. Dios le bendiga; pues si basta esto »para irse al cielo, ya está á mas de la »mitad del camino. Siempre se le hallaba »leyendo ó escribiendo libros, versos, can»ciones, y qué se yo que mas: despues, »en lugar de ocuparse en los negocios de »justicia, y asistir á las asambleas del »condado, como hacia su padre, el ca»ballero se marchó á los baños de Helm»stone, donde halló esa hermosa muger »sin dote ni caudal alguno. ¿Y de dón»de habia de venirla el caudal? Su madre, »aunque la pasasen por un tamiz, no solta-

»ria ni un scheling. Sin embargo, aunque »Madama no llevó caudal, no por eso deja »de gastar el de su marido. Una parte ya »está consumida: todos los bosques están »cortados, y hay deudas hasta sobre la »cabeza. Todo esto se ha consumido en »el juego, muebles y adornos para Ma»dama, la que emplea en esto de una so»la vez la cantidad que bastaria para man»tener á una familia honrada por espacio »de siete años. Cansada de tener una bo»nita casa trató de venderla, y el pobre »necio se presta á todo cuanto ella quie»re. Con tal de que le dejen encerrarse en »su gabinete con sus libros y sus cuentos »de encantadoras, ya está contento, en »nada piensa, y deja rodar la bola. ¿No »veis aquí otra carga que se echa á cues»tas, como si no hubiese bastantes niños »pobres en el condado?

»Madama Ashby, hermana del caba»llero, me dice algunas veces: Mistres »Plunket, la conducta de mi hermano es

»muy mala.... Yo voy con bastante fre»cuencia á visitar á esta señora; siempre »me hace tomar el té con ella, y me dice »muchas cosas; pero yo supongo que son »muchas mas las que la andan bullendo »en el gaznate, y no las dejará salir, aun»que supiese que han de ahogarla, porque »no se atreve á fiarlas á una pobre como »yo.... Digo pobre, aunque no del todo »(añadió, mirándose con cierto aire de »vanidad): gracias á Dios, aun estoy »en estado de pagar á cada uno lo que le »debo."

Esta narracion fue aplaudida con entusiasmo por aquellas dos viejas, que se alegraron de haber oido la historia de un miembro del parlamento; y yo la he copiado aquí, porque si se quitan ciertas exageraciones, en lo demas es bastante verdadera.

Mr. Melmoth habia en efecto heredado de su padre un buen caudal, y sin deudas, y su esposa tenia la doble des-

gracia de ser muy pobre y muy hermosa. Jóven, viva y amable, habia nacido en un pueblo donde los enfermos van á buscar la salud, y los sanos las diversiones; y así ella desde muy niña se habia aficionado á divertirse y á gastar. Su marido, lejos de contenerla, no pensaba sino en satisfacer sus caprichos. No habia tenido por conveniente manifestarla el estado de sus rentas; y su indiferencia natural á todo lo perteneciente á la economía doméstica no solo no era propia á inspirarla, pero ni aun á hacerla conocer que fuese necesaria. Así hubiera sido cosa admirable que al cabo de algunos años, vividos en un lujo que rayaba en la prodigalidad, no se hubiese disminuido la hacienda: con todo, como no tenia hijos, las musas eran sus compañeras favoritas, y evitaba siempre todo lo que pudiese distraerle del trato de estas encantadoras amigas, iba empeñando ya aquel, ya este pedazo de heredad para continuar sus gastos.

Hay muchas personas que corren de este modo hácia su ruina, sin conocerlo, en tanto que su situacion es el objeto de las conversaciones de todos sus vecinos.

Mistres Plunket no tenia entrada en aquella casa, pues sus dueños eran demasiado honrados para divertirse con oir historias escandalosas, y estaban demasiado entretenidos para tener que recurrir á tan despreciable modo de pasar el tiempo; pero la tal señora era bien recibida en casa de algunas damas de la familia de Melmoth, que no teniendo ninguna de las dos desgracias que tenia Madama Melmoth, es decir, siendo al mismo tiempo ricas, feas y murmuradoras, no podian amar á su parienta, y aborrecian de todo corazon sus adornos, su buen gusto, su tren, sus libreas, y sobre todo su hermosura, que excitaba en ellas la cólera y la envidia.

Mistres Plunket las conocia demasiado bien para dudar que agradecerian se

las comunicase la noticia de aquel acto de caridad, ó, segun ella decia, acto de locura, que llegaria á ser para su hermano un nuevo motivo de gastos; y así, queriendo anticiparse á cuantos pudiesen dar la noticia, se apeó en casa de Madama Ashby, á dos millas de Lodge, y dejó que Ana continuase el camino bajo la custodia del cochero, á quien entregó un papel con el nombre y señas de Madama Melmot. Yo no diré que fue efecto de ignorancia ó de imprudencia el tomar este partido; pero se puede atribuir á esto último, si se juzga de la accion por el trastorno que se originó en la casa apénas el coche paró á su puerta.

Monsieur y Madama Melmoth habian salido de casa; la última acababa de escribir á Londres aquel dia para que la enviasen la niña, y el primero, aunque no la aguardaba tan pronto, se deleitaba con la agradable sorpresa que la habia preparado.

Dalton, siempre prudente y reflexivo, habia tenido la precaucion de decir á su muger que como la niña iba á casa de unas personas del gran mundo, gente que por lo comun no reparan en el modo con que gastan su dinero, y que ciertamente no dejarian de comprarla vestidos segun su gusto, era absolutamente inútil enviar ninguna de sus ropas. Ademas, el lío podia perderse en el camino, y lo que en casa quedase podia servir para la niña Polly, y una muger tan gastadora como Madama Melmoth no se disgustaria de que ellos no tuviesen la insensatez de proporcionarla menores gastos. Mistres Dalton, por su parte, ni tuvo valor ni voluntad para contradecir las razones que la ponian en posesion de todos los bonitos trages regalados á su pupila, y así la puso en camino sin mas guarda-ropa que su mismo cuerpo.

El portero que vino á abrir cuando llamó el cochero no habia recibido órden

alguna de sus amos ; y así se llenó de admiracion á la vista de Ana, y al oir que su conductor pedia el importe del asiento, que tampoco se habia abonado en el despacho de Londres, como tambien los gastos ocasionados en el viage Una niña enviada de aquel modo, y de la cual no habia oido hablar, era una huéspeda tan extraña, que el portero, antes de atreverse á pagar nada, llamó á la ama de gobierno, que vino acompañada de todas las doncellas, y bien pronto las siguieron cuantos criados habia en casa.

La opinion del portero era que sin duda se habia fraguado algun complot malicioso para hacer que sus amos mantuviesen aquella criatura. El cocinero dijo que acaso seria mas bien alguno de sus parientes quien la enviase: "sin duda será eso" añadió un lacayo recien entrado en casa para servir á la señora, de quien era paisano, y echando una maliciosa

ojeada á una de las doncellas, continuó: "vos, que viviais con el amo antes que se »casase, no es imposible que conozcais á »la madre de esta niña."

Una reflexion, que aunque vaga é indirecta incluye una duda acerca de la castidad de una soltera, que interiormente sabe que no tiene derechos á esta virtud, no solamente no se perdona nunca, sino que indefectiblemente excita la cólera y el despecho en el corazon de la persona ofendida. La sensibilidad de Margarita, á quien el lacayo dirigió la palabra, se resintió vivamente para que no lo manifestase. "¿Qué quereis decir con »eso, señor atrevido? exclamó ella: vos »abris la boca, y no sabeis lo que decis. »Si esta niña perteneciese á mi amo, no »la hubieran enviado así sin el menor »equipage. Nosotros no somos mendigos »en este condado. Yo apostaré á que vie»ne de Sessex (era el país de Madama »Melmoth), y se parece á mi ama, como

"si fuese su retrato; y esto lo diré, aun-
"que sepa perder por ello la casa."

El honor de Juan el lacayo, resentido doblemente por la injuria hecha á su ama, y á su país, no le permitió que dejáse de replicar. La mayor parte de los criados eran naturales de Lodge y sus cercanías; y así se hicieron del bando de Margarita, y Juan no encontró apoyo sino en Mistres Kitty, una de las camareras de Madama, á quien él servia de lacayo; porque Mistres Elton, la ama de gobierno, aunque dotada de una lengua muy expedita, tenia tantas cosas que decir en pro y en contra, que era dificil conocer á qué partido se inclinaba, y aun parecia decidida á mantener la balanza en el fiel hasta que oyese á sus amos.

Entre el bullicio que armaban tantas personas, hablando todas á un tiempo, el cochero pedia en vano que se le despachase. Ellos continuaban hablando mucho, sin decir nada, y en lo único en que ca-

da partido convenia, era en que la niña no pertenecia á él; y así cuanto mas el cochero insistia en dejarla, mas se obstinaban en no recibirla.

La pobre Ana, espantada de las voces, y avergonzada de las miradas nada cariñosas de que estaba siendo el objeto principal, lloraba amargamente, sin saber por qué, cuando el cochero, dejándola allí, volvió á subir en su asiento, y partió echando votos y porvidas. La primera camarera de Madama Melmoth, que la habia visto varias veces, y la queria mucho, se hallaba por desgracia á tomar ayres, de resultas de una enfermedad que habia tenido á principios del invierno; de modo que la pobre niña no conocia á nadie, pues el cochero y lacayos que sabian cuánto sus amos la estimaban, estaban entonces sirviéndolos en su paseo.

Pero felizmente encontró nuestra heroina en aquella casa una amiga, á quien debió el no verse abandonada enmedio de

la calle. Esta era la sultana, perra de lanas, con quien ella habia jugado muchas veces, y partido sus vizcochos en casa de Madama, por manera que se habia establecido entre ellas una amistad tierna y recíproca. Sultana pues despertó al ruido de la disputa, y habiendo conocido la voz de su amiga, corrió hácia ella, meneando su cola, y dando chillidos de alegría. Ana, alegre con esto, y ocupada en corresponder á las caricias de aquel animal, olvidó todas sus penas; y esta circunstancia dió á entender que la niña era conocida de su ama; por lo cual Juan se adelantó hasta encargar á Mistres Kitty que cuidase de ella, y se propuso contar á su ama cuanto de ella se habia dicho apénas volviese á casa.

Así la entrada de nuestra heroina en la casa de Madama Melmoth, donde sus gracias y su inocencia no deberian haber encontrado sino tranquilidad y cariño, fue marcada con el cuño de la discordia y de

la mala voluntad de todos sus habitantes.

Mistres Elton hubiera querido entonces adquirir un mérito cuidando de la niña; pero Mistres Kitty la respondió, que pues aquella criatura se parecia tanto á su ama, ella la tendria en el cuarto de ésta hasta nueva órden.

Cansada del viage, y molestada por el sueño, Ana quedó bien pronto insensible á los cuidados que la prodigaban, y que en otra edad deberian haberla tenido en vela, y no salió de aquella feliz insensibilidad sino por las caricias de su bienhechora, que cuando regresó á casa entró en su cuarto algo cansada del paseo, y al ir á sentarse en un sofá, vio á su amiguita dormida, y hermosa como un ángel. Inmediatamente su marido la explicó el secreto de aquella visita, por lo cual Madama le manifestó la gratitud que merecia su fineza y complacencia; y volviéndose á la niña, que por poco no la ahogó, segun fueron los estrechos abra-

zos. Ana, atolondrada todavia por el sueño, manifestó al pronto un poco de mal humor; pero apénas despertó lo bastante para conocer á Mr. y Madama Melmoth dió tan expresivas señales de su alegría, que se hizo mas y mas interesante para ellos, y se felicitaron de haber adoptado tan amable niña.

Á otro dia por la mañana Mr. Melmoth fue informado de las bachillerías de Margarita, y de los demas criados que se habian hecho de su bando, é irritado al oir las insolentes reflexiones que se habian hecho contra su esposa, los despidió sobre la marcha, y Juan y Mistres Kitty recibieron la recompensa del cuidado que habian tenido con la niña, aunque á decir verdad, tal vez tuvo ménos parte en esta conducta su zelo que el deseo de contradecir á los del otro partido.

Ya se sabe que cuanto pasa en una casa principal de un pueblo pequeño toca inmediatamente mas o menos á cada uno

de los individuos que dependen de ella; y esto se verifica particularmente cuando se despiden los criados, que por lo comun tienen amigos ó parientes en aquellas cercanías. Así pues el cocinero, el galopin, el jardinero y las criadas despedidas se dieron por injuriadas, y se creyeron en la precision de no ocultar el motivo por qué se las habia despedido; de modo que se lo contaron primero á sus parientes, luego á los criados de las casas de aquellos alrededores; en fin, á los amos de ellas, y principalmente á la parentela de su anterior amo. En adelante veremos cuáles fueron los inocentes comentarios con que los vecinos adornaron esta singular anécdota de la beneficencia y caridad de los señores de Lodge.

CAPÍTULO VII.

Plan de educacion para las solteras.

En primer lugar Madama Melmoth se dedicó á tratar de los vestidos de nuestra heroina con aquella vivacidad que caracteriza comunmente los nuevos proyectos de una dama del gran tono que vive en el campo, y que en sus diversiones busca los medios de pasar el tiempo mas bien que emplearle. Todas las criadas de la casa estuvieron ocupadas en tal obra: se mandó un propio á la ciudad inmediata á comprar las telas mas bellas, el lienzo mas fino, y en fin, todos los géneros mas preciosos y mas caros que podia proporcionar la tienda de la señora Plunket. Ya hemos dicho que Madama Melmoth era muy poco económica, y que el dinero era la cosa, cuyo valor conocia menos; bien es verdad que pasaba muy poco por sus manos, pues las cuentas de los mer-

caderes que la proveían eran pagadas por el mayordomo. El único punto en que verdaderamente era maestra era el de mandar; y así Ana quedó no solamente provista de los vestidos necesarios, sino tambien de toda suerte de adornos superfluos; y la suma de las cuentas de la señora Plunket, que verdaderamente ascendió á una cantidad considerable, fue comunicada al pie de la letra á la buena señora Ashby, y á todas las demas personas que juzgó dignas de su confianza, y fueron casi todas las del país.

Luego que Ana quedó equipada se la declaró compañera constante de su bienhechora, que hacia punto de vanidad, y se lisonjeaba en desplegar todas las gracias de su protegida: de modo que no hacia una visita sin ella; pero halló en casa de Madada Ashby, y en algunas otras, una indiferencia tan chocante, y una política tan fria y tan estudiada, que no pudo menos de admirarla; y bien pronto cuan-

tos recados de familia enviaba fueron respondidos con un tono que la pareció sumamente extraño á ella y á su marido. Como ambos estaban muy seguros de no haber dado motivo á tal mudanza de conducta por parte de sus parientes, no pensaron en entrar en explicaciones, se fue entibiando la amistad por grados, y al cabo ya no se trataron las damas de la familia.

Disminuido así el número de sus visitas, les fue mas necesaria nuestra heroina, y fijó todo su amor y su atencion. Se la buscó una aya inglesa, cuyos talentos y carácter tuvieron por fiadores á personas dignas de la mayor confianza. Tenia cerca de cuarenta años, y desde los veinte, que se habia dedicado á educar niñas, habia desempeñado este cargo á satisfaccion de las familias que la habian honrado con su confianza. En lo que mas sobresalia era en el arte de formar el talento y el corazon de sus discípulas. No las

enseñaba la lengua francesa, aunque la hablaba muy bien, y conocia su gramática; pero sabia perfectamente la suya, y leía sus mejores autores con tanta inteligencia como discernimiento. Se decia que era excelente en toda labor de aguja, y escribia con claridad y correccion; y aunque mas instruida en la teoría de la música que diestra en su práctica, su oido era fino, y su gusto tan exacto, que su presencia era muy útil á sus discípulas cuando daban lecciones de música con sus maestros. Era muy aseada en su persona, muy reservada en su conducta, y sus costumbres eran tan puras como su corazon. Su instruccion y su talento la hacian propia para la sociedad de las personas instruidas; y la sencillez de sus modales y rectitud de su corazon la granjeaban el cariño de cuantos no lo eran. Tal es, pues, el retrato de Mistres Barlow, bajo cuya direccion se puso nuestra feliz huerfanita.

Mr. Melmoth, segun ya hemos observado, era un literato tan dado á sus libros, que la historia antigua, la moderna, la poesía, y todos los ramos de la literatura le ocupaban, especialmente en su quinta, mas tiempo que aquel que parece debia permitirle su cariño para con su esposa, y aun la simple política respecto de una muger bonita. Él mismo conocia que no dejaba de ser culpable cuando la privaba dias enteros de su conversacion, y preferia los libros á su compañía; pero no tenia valor para mudar de conducta; y así para recompensarla no desperdiciaba ocasion de complacerla, y contribuir á sus diversiones. Así, apénas la vió dedicada á cuidar de la niña, y entretenida con ella, fomentó por todos los medios posibles este cariño y estas atenciones, que si se quiere decir que era una debilidad, no se puede negar que era amable. La proporcionó á costa de muchos gastos maestros de música, baile y

dibujo; y no contento con pagar las sumas que debia costar la educacion mas extensa y mas delicada, quiso encargarse por sí mismo de dirigir la parte literaria, empresa que no fue menos útil para la discípula, que honorífica para el director.

Mr. Melmoth, aunque muy sabio, no éra pedante, ni se entregaba sino en su gabiñete al gusto que tenia por los autores griegos y latinos, así como tampoco su amor á las musas se manifestaba sino en sus conversaciones secretas con ellas. Tenia pocos que le igualasen en juicio y conocimientos literarios; pero en punto á bondad nadie le aventajaba: era bien nacido, político y humano, de modo que las instrucciones de tal maestro debian producir, y produjeron efectivamente, una gran ventaja en la educacion de la huérfana que protegia; y los rápidos progresos de ésta en los estudios particulares, que el dirigia, le convirtieron en placeres las tareas del cargo que su bon-

dad y humanidad le habian impuesto. Estaba encantado viendo la atencion con que ella procuraba penetrar las reglas que la daba para formar su entendimiento y su corazon, y mucho mas se admiraba al ver el tino con que aplicaba estas reglas. La enseñaba á no fundar su orgullo sino en la virtud; á amar la verdad; á tomar el honor por base de sus sentimientos, y tuvo cuidado de extender y fortificar sus disposiciones naturales á la beneficencia y á la humanidad.

Con un ingenio vivo, y una facilidad suma en aprender, no es de admirar que en el curso de cuatro años, cuyos veranos se pasaron en estas lecciones, y los inviernos en repetirlas con Mistres Barlow, hiciese Ana progresos increibles. Su amable aya auxiliaba á sus maestros, y dedicándose á hacerla merecer realmente los elogios que la prodigaban, trabajaba en hacerla de este modo mas querida á sus bienhechores. Todas las salas es-

taban adornadas con dibujos suyos; y no se les juzgaba indignos de entrar en el adorno de las salas mas elegantes.

Mr. y Madama Melmoth, cuando los deberes del primero exigiendo su presencia en el parlamento le llamaban á Londres, no la dejaban sino con disgusto, y el placer que experimentaban al verla mas hermosa cuando volvian, se aumentaba con el gusto de hallarla con mas ciencia, y mas adornado su talento. Aunque tan niña cuando pasó á casa de sus bienhechores, no habia olvidado la obligacion que debia á los que habian cuidado de su infancia. Estaba informada de que Mr. Dalton ni su familia no eran sus parientes, y suponiendo que lo que habian hecho por ella era solo efecto de su caridad y bondad, esta circunstancia redoblaba su agradecimiento, y los escribia constantemente desde que aprendió á reunir las letras, y formar nombres. La bondad de Mr. Melmoth la proporciona-

ba los medios de manifestarles su memoria, y continuamente los enviaba aquellos regalos que daba el país, como fruta y caza; y yendo siempre estas cosas con el porte pagado, Mr. Dalton lo recibia con un placer, que no dejaba de manifestar, adornando sus respuestas con instrucciones espirituales y exhortaciones religiosas.

CAPÍTULO VIII.

Proyecto de reforma.

Nuestra heroina acababa de entrar en el duodécimo año de su edad, cuando un suceso inesperado vino á robarla á lo menos una parte del cariño de sus bienhechores, que hasta entonces habia disfrutado todo entero. La preñez de Madama Melmoth se comunicó con tanta satisfaccion suya como de su esposo, pues tener un heredero era el voto secreto y favorito de ambos corazones; y aunque el tiempo

que habia corrido desde su matrimonio parecia daba á entender que ya los habia reconciliado con la voluntad del cielo, su resignacion era mas un efecto de la necesidad que de la eleccion. Sin embargo, su alegría no fue enteramente completa, pues la disminucion que experimentaban en su caudal era una circunstancia incómoda en aquel momento.

El absoluto descuido con que Mr. Melmoth habia mirado sus negocios, la ciega condescendencia con los deseos de su muger, que se entregaba á todos los caprichos de la moda, y cuyos gastos se aumentaban cada invierno, habian embrollado de tal modo sus bienes, que antes de que naciese su heredero, ya la mitad de la herencia de sus antepasados estaba vendida, y el resto hipotecado por sumas considerables. De este modo la indecible satisfaccion de ser padre era acibarada con los crueles cuidados de cuál seria la suerte de su hijo. Hasta entonces

Melmoth solo se habia ocupado en leer y escribir, mientras que sus tierras fanega por fanega iban huyendo á la ciudad, y desaparecian hundiéndose en las tiendas de los proveedores de su esposa, y en las manos de sus criados infieles; pero la niña Elisa, que acababa de nacer, variaba la direccion y el blanco de sus afectos, y le imponia nuevos deberes.

Madama Melmoth, que habia sido educada entre todas las vanidades de su sexo por una madre, que habiéndose propuesto establecerla mas ventajosamente presentándola en la sociedad con todo el brillo imaginable, y que en efecto habia logrado su fin, que era el de proporcionarla un buen matrimonio, juzgaba que era inagotable el caudal de un hombre que tenia 3000 libras esterlinas de renta; y como su esposo jamás la habia advertido que limitase sus gastos, tampoco ella se habia creido interesada en informarse del estado de sus bienes. Él vacilaba to-

davia en sacarla del delicioso sueño á que la habian conducido el lujo y la disipacion, cuando á fines del estío le anunció que otra vez estaba en cinta. Entonces, y no antes, fue cuando al mismo tiempo que bendecia el favor del cielo por el aumento de su familia, la informó con mucho cariño y delicadeza su penosa situacion; y su tristeza por este motivo, que ya era muy grande, aumentada con el sentimiento que mostró Madama, y su amor para con la niña, le oprimieron de modo que no pudo hacer ningun uso de su razon. Algun tiempo despues se halló Madama en estado de escuchar sus consejos, y comenzó una gran reforma en sus gastos: despidió los criados que no necesitaba; quitó todos los coches, á excepcion de uno, y vendió los caballos. Madama Melmoth renunció á sus viages á Londres; y su marido, cuyos principios morales no eran á proposito para sacar ningun partido de su plaza en el par-

lamento, hizo dimision de ella con gran sorpresa de sus amigos; levantó la casa que tenia en la ciudad; vendió sus muebles, y antes del nacimiento del segundo fruto de su matrimonio, que tambien fue una niña, se halló libre de todos sus empleos, para conservar solamente el de literato y padre de familia. Madama comenzó tambien á vivir como una dama de provincia, y bien pronto se felicitó de haber hallado el uso de sus pies, que apénas conocia antes por lo poco que los empleaba.

Felizmente para nuestra heroina no se la incluyó en la lista de las cosas superfluas, pero sí á sus maestros, excepto á su aya Mistres Barlow, muger excelente, á quien no se pensó separar de la casa, y mas cuando se la creyó útil para dirigir la educacion de la niña Elisa. Pero los maestros de música, baile y dibujo todos fueron despedidos. El tiempo que Ana empleaba con ellos le dedicó á pa-

sarle al lado de las hijas de su bienhechora, á quienes amaba con extremo, pues cualquiera que sea la degeneracion de la edad madura, es innegable que la gratitud es la primera sensacion que se observa en las amistades de los jóvenes. Mistres Barlow, á pesar de su continua asistencia al lado de las niñas, siempre hallaba tiempo para hacer repetir á Ana las lecciones que habia recibido, y que tan caras habian costado á Mr. Melmoth, y la recomendaba que no dejase olvidar aquella parte tan interesante de su educacion, para que sus bienhechores no sintiesen el tiempo y el dinero que en ella habian empleado.

Esta buena muger habia previsto con sentimiento lo que por lo comun ven los criados con mucha indiferencia, es decir, la disminucion del caudal de sus amos.

Conocia que su discípula no gozaria mucho tiempo del brillo con que se la educaba: su corazon era el centro de la

humanidad, así como de la virtud: se hallaba instruida de la horfandad de Ana, y su amistad para con esta niña, fundada al principio en sus amables prendas, se habia aumentado con la compasion, es decir, que la queria mucho mas por verla desgraciada, que si la viese en circunstancias mas felices. Comprendió entonces que el mayor servicio que podia hacer á aquella amable jóven, á quien tanto queria, era reunir á todas las habilidades de adorno las de todas las labores mugeriles, y Ana se aprovechó de estas nuevas lecciones tan bien como de las otras; de modo que bien pronto Madama Melmoth no tuvo necesidad de costureras ni de modistas. Ningun adorno de cabeza, ni ningun vestido, estaba mejor hecho que cuando era obra de Ana, por cuyas manos pasaba cuanto gastaban lor niños y los padres; de modo que Ana llegó á ser bien pronto una muger verdaderamente útil á sus bienhechores, cosa

que vió con mucho gusto Mistres Barlow.

Ana habia llegado de este modo hasta los catorce años, cuando el Coronel. . . . ¿pero qué iba yo á hacer? ¿introducir un héroe al fin de un capítulo? Este personage merece uno separado, y le tendrá con efecto.

CAPÍTULO IX.

El opulento Nabad.

El Coronel Gorget era pequeño de cuerpo; ojos negros y chicos, color pálido, nariz aguileña; dientes que habian sido hermosos, y cerca de cincuenta años. Era muy bien recibido en casa de todos los sugetos principales, segun él mismo tenia la bondad de informar á cuantos le trataban, añadiendo que todavía lograba mas aprecio de todas las bellezas de la edad que acababa de pasar, y de la que la reemplazaba. Era hijo de una dama ilustre, viuda de un amigo y vecino an-

tiguo del difunto Mr. Melmoth. Esta señora, poco tiempo despues de la muerte de su marido, hizo un viage á Bath, donde tuvo la desgracia de casarse en segundas nupcias con un aventurero irlandés, hombre sin bienes, carácter ni educacion, el cuàl, despues de haber disipado todos los bienes libres de su esposa, tuvo la maña de persuadirla á que se deshiciese de un vínculo considerable que los parientes de su primer marido consintieron en comprar; y apénas se gastó este último recurso con tanta terneza como alegría, quiso variar de conducta, y se empleó en ejercitar la paciencia y resignacion de aquella víctima, haciéndola pasar succesivamente por todas las escenas de abundancia y escasez que siempre alternan en la vida de un jugador. Todo esto era muy á propósito para recordarla aquella vida honorífica y tranquila que habia pasado con su primer marido, y esta memoria traía precisamente consigo una compara-

cion propia para inspirarla penas amargas, las que la afectaron de tal modo que á la edad de cuarenta años murió sin que nadie la llorase, ni la echase de menos, dejando á su segundo marido un hijo, que es el Coronel que ahora introducimos en la escena. La tal señora, estando en su última enfermedad, le recomendó al buen Mr. Melmoth, quien aunque detestaba su imprudencia y sus calaveradas, sin embargo habia conservado ciertas relaciones de atencion con la viuda de su amigo.

Mr. Gorget padre, ya fuese por confianza en la bondad de Mr. Melmoth, ya por falta de cariño á aquel hijo, ya por pobreza, ó ya por todo esto junto, le dejó abandonado poco despues de la muerte de su madre, y marchó fuera del reino. Cualesquiera que fuesen los motivos de esta determinacion, lo cierto es que ninguna otra podia haber tomado mas favorable al joven Gorget, porque Mr. Melmoth

habia concebido tal odio y tal desprecio á aquel Hibernés, que bien se necesitaba que ocurriesen circunstancias extraordinarias para que él quisiese tomar parte en los negocios de aquella familia; pero luego que supo la triste situacion del niño dispuso que se le asistiese con lo necesario, y despues le colocó en una escuela célebre cerca de la capital.

Las disposiciones que él manifestó eran de aquella especie equívoca, que sin poderse graduar de estúpido por ellas á quien las tiene, tampoco dejan esperanza de grandes adelantamientos. Á la verdad él manejaba el florete, bailaba y votaba mejor que ninguno de sus condiscípulos. Su protector, que tenia la facultad de proveer un beneficio eclesiástico, le destinaba á esta carrera; pero despues de haber consultado sobre ello al maestro de escuela, abandonó este proyecto, le compró una bandera en un regimiento de infantería, como carrera mas propia para sus

conocimientos; y así á la edad de diez y ocho años le vemos presentarse en el mundo con dos uniformes completos, una docena de camisas y veinte guineas en el bolsillo.

Como su paga no era proporcionada á los gastos de un hombre vanidoso y muy inclinado á la disipacion, aunque cuando llegó á la edad de veinte y dos años ya su sueldo se habia aumentado por su ascenso al grado de Capitan, que tambien debió á la proteccion de su amigo, se halló debiendo á todos los mercaderes que habian tenido bastante credulidad para dejarse alucinar por sus palabras, pues les decia que era un pupilo de Mr. Melmoth, y que tenia un caudal considerable depositado en poder de su tutor.

Con un corazon que reunia la ingratitud, la injusticia y la ferocidad, tenia tambien las cualidades necesarias para hacerse apreciable en las tertulias: su memoria estaba bien provista de cuenteci-

llos, que eran aplaudidos por razon de que la mayor parte de ellos eran mas que alegres, y ademas tenia toda aquella diestra flexibilidad que se sabe acomodar á las personas y á las circunstancias. Insensible á los sentimientos comunes, sufria con una complacencia afectada el desden orgulloso de cuantos podian serle útiles: tenia un modo de mirar reservado para los infelices, otro para los oprimidos: profesaba una caridad universal á favor de aquellos que gemian en la indigencia; pero su corazon y su alma no tomaban parte alguna en los sentimientos que expresaban sus palabras y sus ojos.

Este no es mas que el bosquejo del carácter mas complicado y mas despreciable que puede presentar la especie humana. Aunque el conocimiento de su situacion estrecha y limitada debia inspirarle amor á la moderacion, al órden y á la prudencia, su corazon estaba de tal modo lleno de vicios, que no quedaba nin-

gun lugar para colocar las virtudes que ostentaba. Altivo, envidioso, implacable y egoista en todas las acciones libres y voluntarias de su vida, jamás habia dejado de portarse segun lo exigia el interés actual de sus pasiones. Siempre estaba dispuesto á insultar á los demas, y nunca á sufrir las injurias que podian hàcerle; y si parecia que era la misma honradez, dulzura y complacencia cuando estaba delante de las personas de rango superior al suyo, y aun de sus iguales, cuando no eran sus compañeros, era arrogante, duro y feroz para todos los que la Providencia habia colocado bajo su insolente jurisdiccion. Los castigos que por las mas ligeras faltas imponia á los soldados que tenian la desgracia de servir bajo sus órdenes le grangeaban su odio; pero él pretendia ocultar bajo la máscara del amor al servicio y al rigor de la disciplina el exceso y el abuso del poder, y la implacable disposicion de su alma.

¿Cómo es posible que un hombre semejante se anunciase como capaz de experimentar las mas dulces afecciones, y lisonjearse de sus conquistas al lado del bello sexo, cuyo carácter se estremece solo al nombre de la tiranía, y cuyos ojos, apartándose involuntariamente de los efectos de la barbarie, se vuelven para manifestar el horror que inspiran sus autores? Pero segun hemos dicho su carácter era muy complacido, y aun contradictorio, en cuanto un mal puede estar en oposicion con otrò.

La experiencia, la observacion constante de las acciones de los hombres y de sus causas, acompañada de mucha destreza, y auxiliada de una gran facilidad en explicarse, y unos modales honrados en la apariencia, le habian proporcionado los medios de alucinar á los de su sexo, que le miraban como un hombre sencillo é incapaz de formar ningun siniestro designio. ¿Cuáles eran las armas que podian tener

contra él las mugeres? Su persona mas desagradable que interesante parecia que debia ser una especie de seguridad contra las empresas; pero como si él mismo se hubiese conocido esta imperfeccion (cosa que seguramente no era), raras veces comenzaba su ataque antes de haberse establecido bien en la estimacion de la víctima que proyectaba sacrificar; y afectando tener las mismas virtudes que ella amaba, estudiaba primero el lado débil para reconocer el parage vulnerable. Una vez logrado esto, ¿qué es lo que debia suceder? Á vosotras toca dar la respuesta, padres y madres honradas, pero imprudentes, que admitiendo en vuestras casas caractéres de esta especie, habeis perdido con el honor de vuestras hijas la gloria y la felicidad de vuestra vida.

La inconstancia es siempre la compañera del libertinage, y una vez que yo diga que Gorget se vanagloriaba de no haber tenido jamás relacion con mugeres

que no tenian reputacion que perder, y que jamás habia tenido bastante delicadeza ú honradez para ocultar la suerte de las que habia seducido, bastará esto para excitar contra él la indignacion y desprecio de todo el mundo, á excepcion de aquellos (cuyo número por desgracia es grande), que pensando como él, acaso le tengan envidia.

CAPÍTULO X.

Sigue la materia antecedente.

El Capitan Gorget habia hecho gastos tan considerables, que apurados todos los medios de abusar de la generosidad de su patron, y viendo que la credulidad de sus acreedores cedia á la necesidad de apresurar el reintegro de sus fondos, juzgó que era prudente cambiar de teatro; y esto fue precisamente cuando tenia veinte y cuatro años. Un oficial de cierto regimiento, que tenia órden de mar-

char á la India, se hallaba imposibilitado de seguir sus banderas, á causa del mal estado de su salud, y así le propuso una permuta, que él se apresuró á aceptar, porque le proporcionaba, ademas de una ausencia necesaria, segun el estado de sus negocios, el adelantamiento de un grado, y una cantidad suficiente para equiparse. El enfermo, á quien esta permuta era tambien muy favorable, le presentó al General Summers, que debia ir á mandar á aquellos paises, y lo recomendó de un modo que su talento, destreza y demas cualidades naturales que hasta entonces habia perfeccionado no parecieron nada exageradas. Bien pronto se insinuó en la estimacion de aquel bizarro militar, cuyo corazon honrado, puro, franco y sencillo no necesitaba de mucho artificio para dejarse engañar. Su conversacion amena le hizo agradable, y le proporcionó un convite general á su mesa y á su casa.

Así es como dió principio á su entrada pública en la carrera de la galantería moderna. El General Summers, mas contento cada dia con su nuevo Oficial, le hizo su Edecan; y habiendo sabido su situacion le ofreció noblemente cuanto dinero necesitase para pagar sus deudas antes de salir de Inglaterra. En reconocimiento de esta generosa y desinteresada oferta el nuevo Edecan empleó toda su atencion en seducir la muger de su protector y amigo.

El General era aquello que se llama un *buen hombre*, es decir, amigo de sus amigos y de su botella; y entregándose con todo gusto á las delicias de la conversacion y del vino, á veces le resultaba de este trato una embriaguez que no le hacia muy á propósito para acompañar en el lecho á una muger amable y delicada. Ésta, igualmente hermosa que inocente, perdonaba con tanta alegría como facilidad esta única falta en un hombre

que se habia casado con ella solo por amor, pues aunque era de ilustre familia no tenia bienes algunos. Él cifraba toda su felicidad en que su esposa se presentase con brillantez, y en proporcionarla cuanto podia desear: de modo que ella fue dichosa hasta el momento en que vino el malvado, acompañado de todos sus artificios, á abusar de la confianza del marido, insinuarse en el corazon de la muger, é inspirarla una pasion igualmente funesta á su honor que á su sosiego. Á fuerza de repetirla que un hombre capaz de tratarla con indiferencia no la merecia por esposa, y jurarla que tantas gracias eran dignas de una corona, debilitó en ella los sentimientos de las obligaciones que debia al General, y por grados fue desviando su atencion de un esposo que parecia no hacer de la hermosura aquel caso que ella estaba en estado de esperar, y dirigirla hácia un amante que la adoraba, y cuya edad era menos despropor-

cionada á la suya. La persuadió fácilmente que su pasion era superior á todos los sentimientos de que podia ser capaz el hombre que la habia dado su apellido, y que esta pasion debia ser el manantial de inagotables placeres, que el tiempo no haria mas que perpetuar; en fin, encontró un funesto cuarto de hora en que esta muger, cuya belleza y virtud podian hacer el honor de su sexo, renunció á esta pretension.

Alegre sobremanera con este triunfo, y demasiado vano para hacer de ello un misterio, Gorget se lo contó á un subalterno que le aborrecia. El General no tardó en ser sabedor de su infamia, y en adquirir una prueba suficiente para solicitar de la ley el favor del divorcio; pero amaba á su muger, y así vaciló sobre dar este paso. Podia separarse de ella, y castigar á su seductor; pero no podia olvidar su hermosura y su primer inocencia, ni desterrar de su memoria los encantos

que adoraba, y la felicidad de que habia gozado. Su corazon buscaba en secreto los modos de debilitar aquella falta, acusándose á sí mismo de haberla causado por su imprudencia, pues no hubiera debido admitir á su confianza un hombre de placeres, imbuido en los principios del Lord Chesterfield. La satisfaccion que produce la venganza le era desconocida: répresentábase contínuamente la antigua virtud de aquella muger, á quien habia confiado el encargo de hacer la felicidad de su edad abanzada; pero esta encantadora imágen iba siempre acompañada con la idea de que ya aquel corazon estaba corrompido. Sin embargo, no podia reconciliarse con la consideracion de que absolutamente perderia la compañía de aquella muger apénas recurriese á los tribunales; y esta circunstancia, y el amor que aún subsistia en él con toda su fuerza, prescribian la paz y el perdon de las ofensas al corazon de aquel militar ultra-

jado. Cedió á esta voz, y escribió á Madama Summers, diciendo que si le prometia por su honor, en otro tiempo indudable y sagrado, pero aun en el cual él ponia su confianza, separar á su seductor del corazon y del pensamiento, como ellos iban á salir del reino por algun espacio de tiempo, durante el cual todo se olvidaria, él estaba pronto á perdonarla.

Por mas generosa que fuese esta oferta no quiso admitirla aquella desgraciada señora, pues apasionada por el noble Capitan que la habia perdido, y á quien debia la esperanza de verse bien pronto madre, no podia dudar de su honor y de su fidelidad, que tantas veces habia jurado poniendo al cielo por testigo; y viendo en el divorcio inevitable con su primer marido la libertad de tomar otro, con quien se prometia mas felicidad, dió gracias al General por su bondad, confesándole francamente su situacion, y

declarando que nada en el mundo era capaz de hacerla olvidar á su querido Capitan, el mas amable de los hombres.

Esta carta inspiró al corazon de Summers una rabia y un resentimiento iguales á su amor. En la violencia de sus primeros extremos juró la muerte del que le habia ultrajado. Hacerle desaparecer de la superficie de la tierra hubiera sido un acto de justicia ordinaria; pero sus amigos le aconsejaron, y obtuvieron de él, que prefiriese su castigo legal. Si la ley es lenta en sus operaciones, tambien su venganza es mas segura. La ruina del culpable que habia faltado á las leyes del honor y de la sociedad era infalible, porque destituido de medios y de amigos para poder pagar los perjuicios, á cuya satisfaccion seria condenado, expiaria los excesos de su vida criminal en una prision que jamas se acabaria. El General hizo dejacion del lucrativo y honorífico empleo que habia obtenido en la India como re-

compensa de muchos años de servicios, tan penosos para él, como útiles á su patria, y no se ocupó sino en seguir su venganza contra el Capitan.

Madama Summers cuando contextó á su marido habia escrito al mismo tiempo á su amante para instruirle de las proposiciones que la habian hecho, y ella habia despreciado. No dudaba de su gratitud apénas supiese este noble sacrificio; ¿pero cuál fue su sorpresa y consternacion cuando no recibió por respuesta sino reprensiones que la hacia porque le habia arruinado con su insensato heroismo? Él la aconsejaba que hiciese las paces con el General: decia que debia cesar toda comunicacion entre él y ella: que nunca volveria á verle: que no podia proporcionarla las comodidades que iba á perder, pues su renta era demasiado corta para atender á otros gastos que á los suyos propios. En cuanto al niño, con cuya paternidad queria honrarle, la aconsejaba que

se lo achacase al General, quien estaba en mejor disposicion de labrarle la fortuna, y concluia su carta suplicándola que le mirase como su muy humilde, muy obligado y reconocido servidor: = Patrick Gorget.

CAPÍTULO XI.

Digresion.

¡Cuál seria mi satisfaccion si esta pintura de las amargas y funestas consecuencias de un amor criminal preservase un solo corazon inocente de los ataques de la destreza y de la maldad! Nada igualaria á mi felicidad y á mi gloria si este cuadro contribuyese á convidar á un sexo amable y débil á reflexionar sobre los infalibles resultados de todo extravío del camino del honor y de la virtud.

Vosotras, jovenes, é interesantes objetos de todos los corazones honrados y sensibles, inmediatamente que vuestra

fragilidad está expuesta, si no pensais en la desesperacion de un padre, ó de una madre, en la vergüenza de vuestras familias, y en el dolor de vuestros amigos, pensad al menos en las inmediatas consecuencias que os resultarán de vuestra caida.

Hallareis cerradas las puertas de todas las casas de honor: las personas virtuosas apartarán sus ojos de vosotras: la modestia se sonrojará cuando os acerqueis, y los corazones puros no se explicarán delante de vosotras. Las humillaciones que experimenteis por parte de las señoras respetables serán nada en comparacion de las que os hagan sufrir aquellas, que deben menos que á su virtud á sus pocos atractivos el no haber caido en la misma falta.

Considerad que mientras los hombres de honor os tratarán con indiferencia, los libertinos se reirán, si acaso pretendeis que os estimen; porque estos miran como un derecho incontextable el despreciar á

la muger que no ha sabido apreciarse á sí propia. La palabra ó accion que seria un insulto para cualquiera otra, no lo será para vosotras; y en vano querreis ir á ocultar vuestra vergüenza en la mas profunda soledad, pues no os acompañará en ella la satisfaccion interior. Si teneis la desgracia de menospreciar la censura pública, y no escuchar la voz de los remordimientos, pensad en los males inevitables que acampañan á una conducta estragada, en los ultrajes que sin cesar renacen, y á los cuales os vereis expuestas, en vuestro envilecimiento, que os colocará en un grado muy inferior al de todas las criaturas, mientras que vuestro seductor se paseará erguido, y no se avergonzará ni en la presencia misma de su Soberano, cuya vida entera es una leccion de moral y de rectitud. Tal es el ciego uso del mundo: vemos todos los dias hombres que han faltado á las mas sagradas leyes de la hospitalidad, escandali-

zar con su presencia las mas ilustres familias del reino, y no experimentar ni desgracia, ni mortificacion alguna. Vuestra pérdida llega tal vez á servir de mérito y recomendacion á esta clase de gentes.

Esta digresion no tiene otra apología que su motivo, pues naturalmente la ha producido el asunto de que veniamos tratando.

Las últimas angustias de la muerte no equivalen á las que experimentó Madama Summers cuando leyó la carta de Gorget. La desesperacion se apoderó de su alma. Á excepcion del amigo á quien habia ofendido, no tenia otro que quisiese recibirla ni consolarla. Arrojada de la sociedad, ¿cuál iba á ser su suerte? ¿Podia seguir los consejos del Capitan, y atribuir á un hombre de honor un hijo que no le pertenecia? ¿Su corazon, tan inhumanamente herido, podia conservar todavía algun cariño al autor de su vergüenza y de su infortunio, ó recurrir al

perdon del General? Ella se sentia incapaz de uno y otro: tuvo tiempo para reflexionar sobre la vileza y falsedad del que la habia burlado: vió al monstruo tal como era por sí mismo despojado de las apariencias que le enmascaraban, y á su vista se llenó de horror. Esta luz terrible, lejos de amortiguar su desesperacion, la sumergió en un estado de estupor y de disgusto, que la privó de sus gracias, é hizo desaparecer su hermosura. No pidió ningun socorro al General, ni aun pudo resolverse á admitir los que de su parte se la ofrecieron, pues la obligaron á rehusarlos el dolor de haberse hecho indigna de ellos, y el conocimiento de su falta. Se mantuvo del producto de la venta de sus ropas, despues de haber devuelto sus joyas, y se retiró á una pobre habitacion en el barrio mas retirado de la ciudad, esperando con impaciencia el momento en que la muerte pusiese fin á sus penas.

Al mismo tiempo el Capitan era demandado en justicia con la mayor viveza. Se le condenó á la multa de 100 libras esterlinas; pero el juez, segun la costumbre general, despues que se han considerado las facultades del delincuente, redujo la cantidad á 10 libras, é inmediatamente fue puesto en prision por esta suma.

Mr. Melmoth experimentó toda la indignacion que podia inspirar á un corazon virtuoso una conducta tan criminal; pero como le habian ocultado la parte mas odiosa de la seduccion, consintió, despues de innumerables súplicas, en interesarse por la libertad del Capitan antes de que se marchase su regimiento. Como el padre de su madre y el primer marido de ésta habian sido sus compañeros en el parlamento, como miembros del condado, expuso su infortunio delante de los magistrados, presentándole como efecto de un jóven, cuyas extraviadas pasio-

nes habian sido superiores á su prudencia, y propuso una subscripcion que abrió él mismo con 100 libras esterlinas. Su ejemplo fue imitado: se reunió la suma que se habia concedido al General; pero este, que no era nada apasionado al dinero, vió con dolor que se le habia frustrado la esperanza que habia tenido en que seria perpetua la prision del delincuente, y mandó á su procurador que entregase íntegra aquella suma á una casa de caridad.

De este modo el Capitan quedó en libertad de pasar á un país donde podia abandonarse sin riesgo á todas sus pasiones. Allí, no estando contenido por ningun ejemplo de humanidad que viese en sus compatriotas, desconociendo él mismo la práctica de esta virtud, y los mas comunes preceptos del cristianismo, despreciando el temor de ser descubierto, se entregó abiertamente á su natural perverso; y añadiendo la avaricia al catálogo

ya muy grande de sus vicios, llegó á hacer el terror de los sencillos y débiles habitantes de la India. Disfrazaba con el nombre de valor sus crueldades y sanguinarias expediciones, y con el nombre de prudencia ocultaba su insaciable avaricia. Su reputacion como militar llegó hasta su patria, cuyo gobierno no vió sino sus servicios, que recompensó, é ignoró sus maldades, que debia castigar. Sus cofres se llenaron aun mas de lo que podia esperar; pero estas riquezas al acumularse no hicieron mas que aumentar su avaricia: en fin, conociendo que ya en aquellos malaventurados paises no quedaban tesoros proporcionados á la codicia de los muchos que corrian á arrebatarlos, que el país estaba ya muy próximo á verse despoblado, y que seria muy posible que á instancia de los que no habian tenido parte en los robos se hiciese una averiguacion acerca del modo con que se habian enriquecido los desvastadores del

Asia, reunió prudentemente sus caudales, y con ellos regresó á Inglaterra despues de veinte y seis años de ausencia, y trayendo exactamente los mismos principios é inmorales disposiciones que habia sacado cuando salió de su patria.

Con un temperamento y una salud igualmente debilitados por el calor del clima en que habia vivido tanto tiempo, y por los excesos de toda clase á que se habia entregado, teniendo las mismas inclinaciones hácia el libertinage, pero no las mismas fuerzas para satisfacerlas, caracterizaron su conducta la vanidad y la locura. Sus ojos casi amortiguados, y su cabeza llena de canas, anunciaban en vano que ya habia desaparecido para él la época de la galantería: él no entendia este mudo lenguage que todos comprendian apénas le miraban. ¿Pero quién podia decir la verdad á un hombre que no conocia los límites de sus riquezas? ¡Pobre Gorget! Todavía encontró mugeres

que le asegurasen que nadie podia resistir á su atractivo. No habia reunion pública donde no se presentase, ni muger hermosa que no le inflamase, y frecuentemente excitaba la risa de los circunstantes cuando en un acceso de vanidad y de insolencia se oía al verdadero antídoto del amor expresarse, persuadiéndose á que le inspiraba.

No acabaré este retrato sin informar al lector de que la desgraciada Madama Summers acabó sus penas dando á luz un niño, que dejó en manos de unos extraños, quienes ignorando su verdadero nombre y el de sus parientes, le entregaron á los oficiales de la parroquia, que le dieron á criar, y luego le acomodaron de aprendiz en casa de un artesano.

CAPÍTULO XII.

La visita.

Cuando el Coronel Gorget regresó á Inglaterra no tenia que temer encontrarse con aquella comparsa de parientes que á porfia se empeñan en rodear á un rico Nabad, cuyos bienes codician; pero habia hombres que tenian otros títulos que su orgullo mismo no podia ocultarle, pues era imposible que estos no pusiesen tanto esmero en recordarse de lo pasado, como él ponia en desterrarlo de su memoria. Era él demasiado hábil para no conocer esto, y así, buscando el modo de sacar de la necesidad algun partido ventajoso para su orgullo, habia proyectado reconocer los antiguos beneficios de Mr. Melmoth, y experimentaba una secreta satisfaccion, proponiéndose ostentar su generosidad, para vengarse de este modo por las veces que su bienhechor se habia

negado á condescender con sus extravagantes súplicas. Pero antes que él saliese de la India, Mr. Melmoth habia sido llamado á recibir el premio de sus acciones benéficas, y la recompensa debida á aquellas almas que han encontrado su delicia en el ejercicio de la caridad. Como sus hijos, que aún vivian, no tenian los derechos que su difunto padre, el Coronel consintió solamente en asegurarles su proteccion y su amistad, y aún les envió algunos regalos de las cosas que habia traido de las tierras del pillage; pero no se dió priesa á llevar mas lejos su gratitud. No pudiendo excusarse de recibir sus cartas, se desentendió de la obligacion de contextar á ellas, aunque estuviesen llenas de expresiones amistosas, que exigian al menos alguna respuesta.

Si el Coronel Gorget no se vió asaltado por parientes importunos, fue acometido por una porcion de personas deseosas de entablar relaciones con él, y lisonjear

su orgullo para sacar ventaja de sus grandes riquezas. Con vergüenza de su nobleza habia muchos de sus individuos en este número, que habiéndose arruinado por su mala conducta, no se avergonzaban de buscar entre sus inferiores víctimas á quien engañar. El Coronel, que siempre tenia la caridad en los labios, no abria su bolsillo sino á la calidad indigente, y la cerraba siempre á la verdadera necesidad de los sugetos de las clases inferiores. Por una felicidad para él era sóbrio, y no amigo del juego, á cuyas dos circunstancias debió la ventaja de conservar su amado dinero, y no aventurar sino aquel que con mucha circunspeccion prestaba á los ilustres personages que le honraban con su proteccion; y mientras que continuo sirviéndoles, tuvo el honor de ver á su puerta los coches del Duque de..... del Conde de..... de Milord...., y tambien el de ser admitido en sus casas, y en la sociedad de las damas de sus familias.

Compró una magnífica casa, que adornó con toda la suntuosidad de un Nabad; y habiéndose informado de que el pueblo de Bath era necesario á su salud, y propio para disipar las enfermedades que habia contraido en la India, compró allí otra casa, que hizo superior á cuantas se hallaban en aquel lugar de placer. Sus coches eran brillantes; sus criados numerosos, y sus libreas ricas: no le faltaba para completar su casa sino tener una querida, pues ya se sabe que un hombre á la moda no puede pasar sin ella, aunque verdaderamente ya no tenia el pobre Coronel las pasiones y el poder para hacer uso de esta parte esencial de su equipage. Hacia ya algun tiempo que nada de esto tenia, pero su vanidad consistia en conservar la apariencia. Dos Pares, amigos suyos, le recomendaron cada uno una bellísima criatura, y él las admitió á ambas, una para honrar su casa de Londres, y otra para condecorar la de Bath.

Estas dos jóvenes eran encantadoras, y de las mas á la moda: fingian amar con locura al hombre, cuyo dinero deseaban gastar, y decian que la pasion que le profesaban era el único motivo que las habia obligado á admitir aquel establecimiento. Á la verdad tenian cualidades muy poco comunes en las personas que comercian con el amor, pues no se incomodaban por los zelos, y vivian entre sí con muy buena harmonía: puede ser tambien que la mala salud del Coronel las hiciese indiferentes sobre la preferencia, pero en cuanto á sus favores pecuniarios era igualmente magnífico con una que con otra.

El hecho es que él pensaba realmente que su reputacion de hombre galante necesitaba ser sostenida por un poco de libertinage, y en virtud de esto se habia figurado que una o dos damas eran una parte necesaria de su casa; pero verdaderamente no tenia ninguna inclinacion á

las que honraba con este título. Harto de cuantos placeres pueden procurar las grandes riquezas, no podia menos de reconocer su debilidad; pero se persuadia á que habia nacido para el amor, y que le inspiraba á cuantas mugeres le veían. Cualquier muger comun le contentaba, y un pequeño regalo seguia siempre al amor que creía haber inspirado.

Habiendo arreglado así sus dos casas, hizo ostentacion de sus grandes riquezas, dando funciones, que merecian citarse como novedad en los papeles públicos, y llegaron á dar materia en las tertulias. Habia comprado la representacion de un barrio en el Parlamento, y alcanzado los votos contra su concurrente, que, aunque dotado de mayor mérito, carecia de riquezas como las suyas. Habiendo ocupado su asiento en la asamblea de la nacion, pronunció un discurso que excitó la atencion y el reconocimiento del Ministro.

Cuando el Parlamento entró en vacaciones, viendo su casa abandonada por sus nobles amigos, se acordó de la visita que habia prometido hacer á la familia de Melmoth, que esperando, segun él la habia hecho lisonjearse, heredar su inmenso caudal, no cesaban de importunarle para que los honrase con su presencia. Aunque él, según decia con su expresion favorita, hubiera visto de buena gana toda aquella gente en el fondo del mar negro, sin embargo consintió en dar un paseo por el país, visitar de paso á los que vivian de aquellas personas que habian contribuido á la subscripcion para darle su libertad, distribuir entre ellas algun dinero, y luego romper con ellas para siempre.

Partió en derechura para Bath, donde despues de haber gozado por algun tiempo del beneficio de las aguas y de la compañía de su Sultana, que detestaba en secreto, marchó á casa de Mr. Melmoth,

que era el gefe de la familia, y á quien habia prevenido de su intencion desde mediados de Junio.

Madama Melmoth se habia esmerado en poner su casa en estado de recibir un hombre de quien tales ventajas aguardaba. Las expresiones de alegría con que fue recibido eran tan sinceras como los deseos que se le mostraron de hacerle agradable su residencia. No se quedó él atras en cuanto á las protextas de amistad: elogió todo: dijo que todo era excelente, y segun su costumbre, aparentó que Madama le encantaba.

Á los postres de la comida entraron en la sala para ser presentadas al Coronel Mistres Barlow, Elisa, Ana y la niña Melmoth en los brazos de su nodriza.

Es dificil figurarse una persona mas bonita ni mas interesante que nuestra heroina en aquella época. Tenia precisamente catorce años: era alta: sus carnes parecian torneadas; su rostro el compen-

dio de las gracias, animado por los mas hermosos ojos del mundo, en los que brillaba una benevolencia y un candor que anunciaba á los corazones hechos para conocerlo las virtudes que reinaban en el suyo. Ana no se habia quitado la camiseta blanca que ponia sobre sus vestidos para conservarlos; y su cabello, largo y grueso, rizado naturalmente al rededor de su frente, caía por la espalda casi hasta llegar al suelo. No es estraño que esta jóven pareciese una deidad á aquellos ojos solo acostumbrados á ver rostros donde la belleza y la inocencia no habian dejado ningunas señales, y donde el blanquete y el arte reemplazaba los bellos colores de la naturaleza. El Coronel estaba cansado de los ataques de aquellas hermosuras, cuyas atrevidas miradas y belleza artificial solicitaban en vano sus adoraciones. Las tentativas de éstas apagaban su imaginacion, y su corazon no queria admitir las impresiones que no protegia la no-

vedad de una modesta seguridad. Pero aquí sus apetitos viciosos se despertaron con toda su fuerza á la vista de la hermosura y la inocencia, acompañadas con todos los encantos de la modestia. El deseo de turbar aquella amable serenidad, y privar á tan hermosos ojos de este indecible encanto; y poseer, en fin, aquella amabilísima criatura, todo se le excitó de repente en el momento en que la vió: esto debia ser para él el bien supremo; pero resuelto á conseguirle, aún no habia podido resolver acerca de los medios de que se valdria.

Dueño de todos los disfraces de que es capaz el corazon humano hará ocultar sus intenciones, reprimió su admiracion, y se puso á acariciar á la niña Elisa para encubrir las emociones, que hacia ya mucho tiempo que no experimentaba. Esta conducta interesó vivamente el cariño maternal de Madama Melmoth, que no veía en todo esto sino una preferencia á favor

de su hija, y ya su corazon palpitaba con sola la idea de las esperanzas que concebia. Se informó de los progresos que la niña habia hecho en su educacion, y declaró que si se la quisiese poner en una buena escuela, él abonaria los gastos. Mr. Melmoth respondió que en lo general no le agradaba aquel género de educacion para las niñas, y añadió que tenia en casa una excelente muger, que habia desempeñado con todo honor su papel de aya con la jóven que veía (dijo esto mostrándole á Ana), y que las habilidades y conocimientos agradables y útiles que la debia á sus lecciones, así como sus principios y conducta, eran otras tantas pruebas de la ventaja de la educacion privada que él creía preferible para las niñas.

Inmediatamente hicieron que Ana se acercase: se presentaron todas las labores: se admiraron sus dibujos, así como tambien algunos ensayos poéticos, que la habian salido muy bien, los cuales Mr.

Melmoth se apresuró á manifestar, porque en efecto merecian su aprobacion. Se la hizo cantar y tocar el clave, y lo hizo de modo que, como dijo un poeta, era capaz de encantar al cielo y á la tierra, pues realmente su ejecucion era muy superior á lo que prometia su edad y las lecciones que habia recibido, siendo tambien su voz la misma dulzura y melodía. El Coronel, extasiado de admiracion, prodigó los elogios. Madama Melmoth, lisonjeándose con las habilidades de su Ana, y principalmente con el buen rato que proporcionaba á su huésped, estuvo de bellísimo humor, y aún se apresuró á contar la historia de su amada pupila para interesarle á favor de su suerte, y acaso tambien para darle una idea favorable de su propia humanidad.

Esta historia le interesó en efecto, y le alegró mucho; y aunque maestro tan profundo en el arte del disimulo, ocultó dificilmente su alegría al saber que era

huérfana aquella amable criatura, que habia conquistado su corazon. Se retiró temprano á pretexto de estar cansado, y fue para meditar despacio sobre las gracias de Ana y los medios de conseguirla.

Le era imposible llegar á la ejecucion de sus designios en el corto tiempo que habia determinado detenerse, por lo que fue preciso prolongar la visita. Ya estaba cansado de oir á Madama Melmoth, fastidiado de su marido y de sus hijos, y maldecia á cada intante la precision en que se hallaba de sufrir mas su compañía. Esto era indispensable; pero su recompensa estaba al fin de tal molestia.

¿Mas cómo llegaria á apoderarse de su encantadora presa sin exponerse á algun riesgo? Este era el gran objeto de sus meditaciones, porque aun tenia en la memoria el lance del General Summers, que le habia dado una leccion de prudencia dificil de olvidar. Sin embargo, esta niña no pertenecia á nadie; tampoco tenia ami-

gos, ni habia que recelar el resentimiento de un padre, ni la venganza de un marido ó de un hermano ultrajado. En cuanto á Mr. Melmoth, ¿no se lisonjeaba ya, y él no le habia hecho lisonjearse de que seria su heredero? ¿Se atreveria á reclamarla si luego supiese que estaba en su posesion? Hasta llegar á este caso resolvió obrar con una reserva tal, que le impidiese ser descubierto; y establecido este punto se entregó enteramente á sus esperanzas, ofreciendo ya como en sueños su corazon á aquella joven, por cuya posesion hubiera dado todo el mundo. Aun llegó hasta á arrepentirse formalmente de haber andado con tanta precipitacion en la eleccion de sus queridas; pero le era fácil librarse de ellas señalándolas una pension. Figurábase ya establecido con su querida Ana, y entonces era extremado su gozo. Es verdad que ella era demasiado jóven; pero este defecto se corregiria todos los dias, y entretanto iria aña-

diendo laureles á su triunfo. Conoció, en fin, que la última demencia era buscar la felicidad en el número, y que así Ana seria su única querida; y lleno de estas ideas agradables no le fue posible dormir en toda la noche.

Cuando por la mañana se presentó al desayuno significó que su amistad para con Mr. Melmoth, su respeto á Madama, y su cariño á sus amables niñas habian crecido tanto, que le era imposible separarse de ellos tan pronto como habia pensado; y que así en lugar de dos dias pasaria quince en aquella casa. Esta noticia fue recibida con placer; se redoblaron los cuidados y obsequios; pero á pesar de todo la mañana le pareció larguísima, y la comida fastidiosa, porque en todo este tiempo no vio presentarse el único objeto que deseaba ver. Llegaron por fin los postres, y con ellos el momento de satisfacer su inquietud, pues se presentó su querida señorita mas bella y mas interesante.

Pasaron así los dias hasta el fin del plazo señalado, y el Coronel, fingiendo mas adhesion á sus amigos, aún no pudo resolverse á salir de Lodge, sin embargo de que aun no habia adelantado ni un paso en su gran empresa. En fin, intentó hacer alguna tentativa para averiguar cuáles serian las disposiciones de la aya, y así aprovechaba todas las ocasiones de elogiarla siempre que se presentaba en el cuarto de Madama, á quien felicitaba por la adquisicion de aquella muger excelente, y en todos estos cumplimientos tenia sumo cuidado de no decir una palabra de Ana.

CAPÍTULO XIII.

Matrimonio fuera de la moda.

En fin, el Coronel, mediante las diligencias de su aya de cámara, supo que Ana y su aya, que se levantaban muy temprano, dedicaban algun rato al clave

antes que despertase el resto de la familia. Resolvio aprovecharse de este aviso, y una mañana le vieron entrar en la sala cuando repasaban su leccion. El color de la tímida modestia tiñó vivamente las mejillas de Ana, é igualmente las de Mistres Barlow; pero el Coronel, con toda aquella dulzura y apariencia de honradez que sabian fingir sus móviles acciones, las suplicó que no le privasen del placer de ver la rosa abierta enseñando el capullo. Mistres Barlow era aseada en su persona, y pasaba poco de los cuarenta años, y segun su carácter, que ya dejo insinuado, el lector la hará sin duda la justicia de creer que el Coronel, que trataba de seducirla adulándola, erró enteramente sus tiros, aunque acompañó este cumplimiento con una bolsa de diez guineas, que puso en su mano; pero observando que la sorpresa que ella manifestó no le prometian nada favorable, y anunciaban por el contrario frialdad y sospechas, y

que su regalo era recibido mas por civilidad que con reconocimiento ni gusto, vió que la habia complacido muy poco, y así añadió con un tono grave: yo tengo el honor de ofreceros, Madama, esta vagatela únicamente como una expresion de mi reconocimiento por vuestras tareas en la educacion de mi querida Elisa.

En aquel momento entró un criado á hablar á Mistres Barlow, y el Coronel, acercándose á Ana, y pasando su corazon desde el pecho á los ojos, la suplicó en voz baja que le favoreciese cantando alguna cosa. Ella, que desconocia el crímen, y era incapaz de toda sospecha, se disponia á complacerle, cuando Mistres Barlow la advirtió que Mandma Melmoth se habia levantado. El Coronel se empeñó en que se detuviesen cinco minutos; pero la obstinada aya no quiso concederle ni uno solo, pues acostumbraban á hallarse en el tocador de Madama desde que empezaba á vestirse. El Coronel la aseguró

que Madama disimularia á Mis que no la acompañase por aquella vez en sabiendo que él la habia detenido; pero Mistres Barlow, con una mirada y un tono que significaban por un lado la decision, y por otro la sospecha, respondió: "Mr., »si vos haceis esa súplica á Madama, y »ella os la concede, yo obedeceré; pero »por ahora os ruego que me disimuleis."

La conducta de esta muger convenció al Coronel de que debia variar su plan de ataque, y estar muy sobre aviso, pues era evidente que aquella señora veía mas claro que lo que él queria, y lo que mas le admiraba era hallarla insensible á la prueba del oro. No dudó que su angelito fuese mas complaciente, si esto hubiera estado en su mano, cuyo pensamiento, que de repente se introdujo en su corazon, suspendió un juramento que ya estaba sobre sus labios, y se convirtió en una sonrisa, con la que se separó del aya, saludándola politicamente.

Mistres Barlow en las diferentes casas donde habia servido habia aprendido á conocer lo que se llama mundo. Las viruelas habian alterado sus facciones, que eran muy bellas antes de aquella cruel enfermedad, y no la habia dejado libres sino los dientes y los ojos, que eran hermosísimos. Su conducta era muy prudente: la pérdida de su belleza la habia preservado sin duda de muchos ataques, y así, abandonada a sí propia, habia tenido tiempo para observar las acciones de los demas; y la monotonía de su vida la habia permitido hacer excelentes observaciones sobre las vicisitudes de la de aquellas personas en cuya casa estaba.

El carácter del Coronel y las gracias de su discípula, á quien queria con una terneza verdaderamente maternal, la causaban iguales inquietudes. Habia observado los transportes reprimidos, las miradas ardientes y disimuladas, y las siniestras lisonjas del primero, y temblaba

por el peligro de la segunda. Redobló su atencion para velar sobre ella, y siguió de tal modo sus pasos, que pasaron otros quince dias inútiles para el Coronel como los primeros. Ya éste conoció que sospechaban de él, y entonces ¡ah! ¡cuánto hubiera dado por tener á su implacable argos en aquel país donde todo le era lícito, en aquella tierra donde podia hacer cuanto queria, y emplear para adormecerla aquellos medios eficaces que sabia que en la India jamás llamaban la atencion de la ley! Temia y odiaba con todo su corazon las leyes de Inglaterra, que siempre eran contrarias á sus intenciones.

Comenzaba ya á perder la paciencia, cuando sucedio una cosa que dió nuevo resorte á sus esperanzas, y fue el matrimonio de Mistres Barlow. Á la edad de diez y nueve años, y cuando estaba sirviendo en Oxford á una señora, la habia ofrecido sus respetos cierto joven, ministro del pais de Gales. La pasion que ella

le habia inspirado sobrevivió á la pérdida de su hermosura, y duró veinte y tres años con una constancia bien rara y bien respetable. Mr. Mansel (así se llamaba este amante) aguarda con una impaciencia sostenida por la esperanza el llegar á estado de poderla proporcionar una decente subsistencia, lo que debia suceder cuando obtuviese un beneficio que le habia prometido Sir William Edwin, rico Baron del país de Gales, que en ciertas ocasiones le habia hecho el honor de llamarle su primo. En fin, este beneficio acababa de vacar, é inmediatamente pasó á Londres para recordar su promesa á su protector; y como Sir William era esclavo de su palabra, el feliz ministro habia llegado al colmo de sus deseos, y al volver de su país habia tomado el camino del condado de Sommerset para ofrecer su fortuna á los pies de su antigua novia, y llevársela consigo.

Madama Melmoth supo con mucha

pena que era necesario separarse de muger tan estimable. Mr. Melmoth protextó que nunca consentiria en ello; pero su buen amigo el Coronel halló camino para reconciliarlos de algun modo con este suceso. Dijo que aquella señora era algo decente, y aun algo preciosa; pero no importa, pues si habia convenido muy bien para la educacion de Ana Dalton, Madama Melmoth le perdonaria si hacia una distincion, y es la siguiente. Elisa, si se conducia bien, estaba destinada á entrar en una carrera mas brillante, y debia ser educada con relacion á estas miras. Él, acostumbrado á vivir con las primeras familias del reino, habia observado muchas cosas que era indispensable enseñar á las jóvenes distinguidas; cosas que aquella muger ignoraba absolutamente, siendo una de ellas la lengua francesa. ¿Pues qué, se veía en ninguna casa tomar una aya inglesa cuando podia proporcionarse una francesa?

Este discurso iba directamente al corazon de una madre tierna. Elisa Melmoth, heredera del Coronel Gorget, iba á ser el partido digno de un Duque; y esta reflexion hizo olvidar cuantas ventajas podia proporcionarla una buena educacion dirigida por Mistres Barlow. Las riquezas que su hija iba á heredar dulcificaron el sentimiento de Madama Melmoth, é hicieron desaparecer la repugnancia que al principio manifestó en consentir que se separase de su casa aquella amable y sensible directora. Puso toda su confianza en que el Coronel buscaria quien la reemplazase, é inmediatamente se empezaron á hacer diligencias para buscar una aya francesa.

Mistres Barlow, viéndose dispensada de sus servicios, que habian cesado de ser útiles, no tuvo razon alguna para rehusar las ofertas de Mr. Mansel, que deseaba vivamente llevarla consigo al país de Gales. Consintió en señalar el dia para

el matrimonio, que se celebró en la parroquia, y Mr. Melmoth, que sirvió de padrino, dió con este motivo un elegante convite.

Hasta el momento de su partida empleó Mistres Mansel toda su atencion en repetir á su querida discípula las instrucciones que su corazon la dictaba. Esta separacion, que costó mucha tristeza á esta última, fue la primera pesadumbre verdadera que tuvo en su vida: ella amaba y era amada con una terneza á prueba del tiempo y de las circunstancias, pues se fundaba en una estimacion recíproca, y en los principios que la una debia á la otra. El amor verdaderamente maternal que habia presidido á las lecciones de la aya habia sido siempre correspondido por el cariño, atenciones, aplicacion y docilidad propias de una hija: y ésta no habia tenido ninguna dificultad ni repugnancia en cumplir con todas las tareas que la imponian, estando bien

convencida de que se dirigian á su provecho.

Luego que la aya vió que se aumentaba la familia de los bienhechores de su discípula conoció que llegaba el fin, ó por lo menos la disminucion, de su favor; y así habia trabajado en fortificar su alma contra cuanto pudiese suceder, y en armarla de paciencia. La habia exhortado á perseverar en la inocencia y pureza de costumbres. Al presente se hallaba en vísperas de separarse de ella, y dejarla en una situacion, que si bien la parecia peligrosa, al fin era falible por su naturaleza, pues no tenia mas que sospechas, que podian ser falsas, y en este caso hacia una injuria al Coronel; pero sin embargo su cariño á Ana la hacia tímida. Hasta el momento de su partida no conoció todo lo que la amaba, y cuán necesaria era su compañía para su felicidad. Hubiera querido quitársela á Madama Melmoth; pero sabia que este proyecto si

le hubiese insinuado hubiera sido mal recibido, y su corazon sensible y agradecido era incapaz de ofender á las personas á quienes debia obligaciones. Todo lo que podia hacer era reforzar sus advertencias, y aquí las lágrimas acompañaron á las lecciones. La instó para que mantuviese con ella una correspondencia exacta y sin reserva; y con una expresion en que se veía brillar la verdad y el cariño la dijo que siempre hallaria un asilo en su casa; y aun la hizo prometer que en el caso que cualquier suceso, ya por necesidad, ó ya por eleccion, la hiciese salir de Lodge, en lugar de regresar á casa de Dalton, tomaria el camino de Bristol, é iria á reunirse con ella. Dijo que Mr. Dalton tenia mucha familia: que tal vez podria mirar como una carga los favores que la hiciese, cuando por el contrario ella y Mr. Mansel, si Ana queria favorecerlos con su compañía, los añadiria de tal modo la felicidad, que ellos la

quedarian realmente agradecidos. Ana, bañada en llanto, la prometió observar con la mayor atencion todo lo que se la prescribia, y conservar con todo cariño sus estimables instrucciones.

La despedida fue muy tierna, y las lágrimas que la acompañaron obligaron á que las derramasen tambien todos los de la casa. Ana siguió con la vista la silla de posta mientras que pudo divisarla, y luego que ya no pudo verla cayó desmayada en los brazos de una de las criadas, que así como todos los ayudas de cámara la habian seguido hasta la puerta, pidiendo á Dios colmase de bendiciones á aquella muger, que mientras permanecio en la casa se habia hecho amar de todos, al mismo tiempo que habia grangeado el respeto general su exactitud candor y humanidad.

CAPÍTULO XIV.

La contestacion.

Las diligencias de Madama Melmoth para buscar una aya francesa tuvieron mas pronto éxito de lo que se habia imaginado, pues dos dias antes del viage de Mistres Mansel ya la habia propuesto una cierta persona, á quien la casualidad habia llevado á doce millas de su morada.

Una dama de cualidad y de la mas alta clase se hallaba en aquella ocasion de visita en casa de una antigua amiga, y en su compañía estaba una camarera francesa, que habiendo vivido mucho tiempo con Milady, pudo instruirse de ciertas anécdotas, sin duda inocentes, pero capaces de darla, segun ella decia, algunos derechos á tanta familiaridad, que trataba como una amiga á su ama, la cual por su parte no se creía con derecho de alejarla de sí, ni

despedirla, aunque con todo su corazon hubiera deseado hacer ambas cosas. Es probable que la Madamisela, como se la llamaba, no careciese de aquella especie de malicia que muchas gentes quieren honrar con el nombre de talento, y que conociese que era mas temida que amada, por lo cual quiso aprovecharse de aquella ocasion para acomodarse en una buena casa antes que su ama, que no hacia un gran caso de su carácter, y que comenzaba á disgustarse con su insolencia, tomase la determinacion de despedirla. Fuesen cuales fuesen los motivos ella pidió con vivas instancias á Lady Waldron una recomendacion para Madama Melmoth, alegando su falta de salud, como la única razon que podia resolverla á separarse de una tan buena y tan apreciable ama; y como los aires y la vida de Londres la eran perjudiciales, esperaba que el campo la seria mas favorable, añadiendo que en todas partes nunca olvida-

ria su amor y veneracion para con su querida Milady, quien por su parte declaró que nada en la tierra hubiera podido resolverla á separarse de tan excelente criada; pero lo mucho que la queria y se interesaba en su salud la imponian este sacrificio, que la costaba mucho trabajo. Así Madamisela salió para Lodge en el coche del Lord Bury, y con el villete que sigue:

"Lady Waldron ofrece sus respetos á »Madama Melmoth, y ciertamente lo ha»ria en persona si su enfermedad de ner»vios no la obligase á permanecer en ca»sa. Habiendo sabido que Madama Mel»moth necesita de una aya para sus ni»ñas, se toma la libertad de recomendar»lá á Madamisela Frajan, como la per»sona mas propia para este cargo, y mas »digna de su confianza. Milady Waldron »sale por fiadora de su carácter y habi»lidades."

Cuando llegó este importante mensa-

ge se hallaban en el salon tomando el té el Coronel Gorget y sus amigos.

"¡Cielos, exclamó el Coronel, la di»vina Lady Waldron se halla en estas in»mediaciones, y yo no estoy á sus pies! »Hace algunos años que se hubiera dado »por muy ofendida de este descuido. Pero »veamos lo que dice el villete... ¡Ah, ah! »yo conozco su bella y encantadora mano »tan bien como su estilo." — "Uno y otro »puede ser muy bien, dijo Mr. Melmoth; »pero en conciencia, añadió dirigiéndose »á su esposa, yo no puedo mirar la reco»mendacion de Milady Waldron como »digna de influir en la eleccion de la per»sona de que necesitamos." — "Vos me »admirais, Mr. Melmoth, replicó inme»diatamente y con mucha viveza el Coro»nel. ¿Será que realmente ignoreis los »respetos que se deben a las gentes de »cualidad para pensar en ciertas anecdo»tillas galantes de su vida, y para creer »que haya alguno que quiera ó pueda ha-

»cer alguna objecion contra sus recomen-
»daciones? Madama Melmoth (continuó
»él), es preciso ver la muger que os
»envia."

Mr. Melmoth deseaba negarle este gusto; pero era tal el desórden de sus negocios, y tan grandes sus esperanzas por parte de su generoso amigo, que temiendo disgustarle, y obligado á obrar contra su juicio, que en todo tiempo era excelente, se contentó con ser testigo de cuanto pasaba con un silencio desaprobativo, mientras que Madamisela fue presentada, examinada, admitida, y enviada con la respuesta siguiente:

"El Coronel Gorget presenta sus res-
»petos á Milady Waldron, y la suplica
»reciba mil expresiones de la gratitud de
»Mr. y Madama Melmoth, que se juzgan
»sumamente dichosos por tener en su ca-
»sa á una persona que ha tenido la ven-
»taja de servir á la preciosa Milady Wal-
»dron. El Coronel tendrá el honor de ir

»en persona á ofrecer sus respetos á Mi-»lady y al Lord Bury inmediatamente que »tengan la bondad de permitírselo."

Se podria preguntar el motivo por qué Madama Melmoth no contestó por su mano á Milady. Ya he dicho á mis lectores que el Coronel, segun sus relaciones, estaba ligado con las gentes de la más alta clase, y con las mugeres mas hermosas del reino; pero yo no he garantido la certeza de esta asercion. Es verdad que á excepcion de los Pares arruinados que tenian la bondad de pedirle dinero prestado, como ya antes he observado, habia pocas familias nobles de quienes fuese conocido y estimado. En cuanto á Lady Waldron jamás se habian visto sino en público. Las amistades de los grandes era su ambicion; y careciendo de la modesta desconfianza que obliga al mérito á estar retirado, y que cuando se presenta le impide por lo comun desplegar sus talentos y sus derechos á la proteccion, se apro-

ximaba á agarrar con su acostumbrada audacia toda ocasion de presentarse él mismo. Así no pidió parecer á sus amigos para contestar al villete: conocia demasiado la superioridad de luces de Mr. Melmoth, y temia descubrirle algo por donde conociese su nulidad y sus artificios. En cuanto á lo que respecta á la honradez y á la política se dispensaba llanamente de una y otra. ¿Por ventura no era rico y sus amigos demasiado pobres para atreverse á disgustar á un hombre que por su complacencia pasiva podia convertir en un amigo? Ciertamente Mr. Melmoth estaba sumamente picado, y solo despues que su esposa le hizo repetidas observaciones sobre que en su situacion debian disimular muchas cosas, fue cuando él recobró su buen humor.

Al dia siguiente vino á casa la aya francesa, y en todos los cuartos hubo una total mudanza. Desaparecio la pequeña biblioteca donde Ana habia adquirido sus

ideas, pues Madamisela quiso absolutamente tener un cuarto separado, y no habia otro que darla. Nuestra heroina no tenia motivo para estar contenta, y así se acogió al cuarto de Elisa llorando con ella, y bien pronto tuvo razones poderosas para echar menos la amiga que habia perdido. Hasta entonces cada hora del dia habia tenido su ocupacion señalada, ya para la instruccion, ya para el recreo; y esto habia contribuido al mismo tiempo á su salud y á su perfeccion. Las obras destinadas á las labores de aguja fueron reemplazadas por vagatelas inútiles, y acaso tambien por la ociosidad. Las mas deliciosas que llenaba la lectura de los mejores autores ingleses, por lo comun bajo la direccion de Mr. Melmoth, se desperdiciaron en el estudio vago y de rutina de la lengua francesa, que Ana no comprendia, y de la que se disgustó por el modo con que se la enseñaban. Aprendiendo á mirar con desprecio á su aya,

no podia aprovecharse de sus lecciones, y aquella muger ignorante, altiva y mal educada, mandaba con insolencia á las personas, que no estando acostumbradas á semejantes modales, se desdeñaban de obedecerla; de modo que comenzó su carrera en Lodge excitando el ódio y el desprecio de sus habitantes. El Coronel era el único que parecia estar encantado de ella, pues en cuanto á las niñas basta decir que gritaban de temor cuando entraba en su cuarto.

Esta muger respetable, de cuyo carácter salió por fiadora una gran dama, estaba en los treinta años de su edad: habia sido hermosa: era poco modesta en su porte, y libre en sus palabras: ignoraba las finuras de su propio idioma; y siendo demasiado superficial para dedicarse á aprender la lengua del país, en que habia juzgado oportuno establecerse, su lenguage era una mezcla de francés vulgar y de malísimo inglés. Se pintaba mu-

cho; amaba la galantería, y aborrecia el trabajo. Tal era la aya recibida bajo los auspicios del Coronel Gorget para reemplazar en Lodge á Mistres Barlow.

CAPÍTULO XV.

Anécdotas de familia.

El galante Coronel se hallaba como en su centro esperando el convite de Milady Waldron, divirtiéndose con la francesa, sintiendo á cada instante aumentarse sus deseos por la posesion de Ana, y lisonjeándose de ver llegar bien pronto el momento que la entregaria á sus transportes. No se habia propuesto pasar sino dos dias en Lodge, y hacia ya algunos meses que estaba allí sin hablar de su viage.

Madamas Ashby y Mandeville, hermanas de Mr. Melmoth, aguardaban con impaciencia que las hiciese el honor de visitarlas; y sumamente celosas de la pre-

ferencia que daba á su hermano, se arrepentian ya de haber roto la amistad con su cuñada, porque solo por esta causa se hallaban privadas de ir á presentarse al Coronel, y hacer la corte á sus riquezas. Cada dia le enviaban fastidiosos convites, á los cuales hasta entonces no se habia determinado á contestar antes de haber presentado sus respetos á Lady Waldron, hecho la conquista de Madamisela, y puesto en su poder á la bella Ana. Consideró sin embargo que la distancia no era grande, y podia hacer una corta visita á aquellas damas, sin perjudicar á sus interesantes proyectos.

Habia notado como una cosa muy singular que ninguna de las hermanas de Mr. Melmoth hubiese venido á cumplimentarle: sus huespedes ignoraban tanto como él el motivo de esta falta; supuesto que habia tan poco de ceremonia como de buen natural por parte de aquellas damas. Si por casualidad se encontraban en

alguna casa habia tal desprecio en unos, y tal indiferencia en otros, que no habia apariencias de que se viniese á una reconciliacion, que ninguno parecia desear.

Cuando Mr. Melmoth fue preguntado por su amigo sobre este punto, no pudo hablar de él sin algun resentimiento, nacido del cariño que tenia á su familia, y del capricho de sus hermanas, á quienes estaba cierto de que no habia dado motivo alguno. El Coronel manifestó enojarse y sorprenderse de la impolítica con que trataban á su amiga Madama Melmoth, y supuso que esto podia provenir de que Mr. Melmoth cuando se casó prefirió noblemente su felicidad á las riquezas. La dama se sonrojó á vista de este cumplimiento, que la mortificaba mas que la adulaba, y respondió friamente que si esta fuese la causa, ellas se la hubieran manifestado poco despues del matrimonio; pero que era al contrario, pues hasta algunos años siempre habia reinado la me-

jor armonía en la familia. Así su actual conducta sorprendió mucho mas al Coronel: dijo que no encontraba modo en explicar el enigma; que una de aquellas mañanas iria á casa de Madama Ashby y descubriria los motivos; y declaró que si las hermanas no se disculpaban, ó daban los pasos convenientes para la reconciliacion, desde luego las excluiria de su favor y de su amistad.

Mr. y Madama Melmoth le hubieran dispensado con gusto de tomarse este trabajo, pues no echaban menos la sociedad de aquellas parientas, en las que jamás habian encontrado cariño. Sin embargo, el candor y la honradez aparente del pretexto pedian que se le diesen gracias al Coronel; y así no pudieron dispensarse de hacerlo, aunque de ningun modo solicitaron su oficiosa interposicion en un punto que las era muy indiferente.

Á la mañana temprano marchó un criado del Coronel á prevenir á aquellas

damas que su amo las haria el honor de ir á comer aquel dia con ellas. En efecto, estas mostraron el mayor regocijo á la llegada de su querido y honorable amigo; pintaron el desconsuelo con que habian sabido que estaba tan cerca de ellas hacia ya tanto tiempo sin haber podido ir á ofrecerle sus respetos, y que Carolina Ashby no habia estado poco mortificada en ver que sus primas eran mas dichosas que ella. El Coronel por su parte fue todo afecto y todo político: dijo que tambien habia padecido muchísimo en verse privado de la felicidad que gozaba en aquel momento: que estaba encantado de las dos hermanas, admirado de Mis Carolina; y á pesar de lo que he dicho sobre la duplicidad de su carácter, digo ahora que en sus expresiones de estimacion y amistad habia la misma sinceridad que en las de las damas á quienes se dirigian.

Despues de la comida Mis Ashby fue llamada para ponerse á su instrumento.

Era ésta una jóven de diez y seis años, alta y de una figura ordinaria, el ídolo de su madre, que aprobaba todas sus acciones, y que se ocupaba tan exclusivamente y con tanta detencion en examinar cada una de sus perfecciones, cuando queria hacerlas valer, que fatigaba á los oyentes aun de mayor paciencia. Ven acá, Carolina, la dijo: haz que el Coronel te oiga mi cancion favorita; despues tocarás tu leccion nueva, y luego el rondó. Carolina, con un aire de estar contenta de sí misma, y con toda seguridad, obedeció á su madre; pero como la faltaba voz, gusto y discernimiento, cantó, ó mas bien gritó, atrevidamente todo lo que se la mandó; y su ciega madre no aguardaba los elogios, pues se anticipaba á darlos por sí misma, sin imaginar que en vez de agradar fastidiaba soberanamente al huésped, á quien queria encantar.

El contraste que formaban la persona

y modales de la rica Carolina con los de la pobre Ana era tan claro, que no podia menos de aumentar grados á la estimacion que se hacia de esta última. El Coronel, fastidiado ya de Carolina, buscó modo de traer la conversacion al punto de la tibieza que existia entre las familias; pero Mis Ashby aun tenia alguna cosa que cantar. En fin, despues de haberse meneado mucho en su silla, y haber manifestado con su inquietud que estaba dando al diablo la locuacidad de la madre y la música de su insoportable hija, no pudiendo ya contenerse, tomó el partido de interrumpir un hermoso trozo de harmonía, para pedir una hora de conversacion séria. Se dispusieron á complacerle; pero se mandó á Mis que se mantuviese en su asiento, pues se creía que el Coronel gustaria de oirla otra vez antes de marcharse.

Entonces éste, tomando el tono del mas vivo interés, preguntó la causa de

la clara desunion que veía con disgusto reinaba en una familia tan respetable.

Una ronrisa general se desplegó en el rostro de todas las damas, y afectaron una gran reserva y mucha repugnancia en hablar de este asunto. Sin embargo, despues de muchas expresiones vagas, dichas así de intento, y sobre todo despues de haber protestado cuán sensible las era decir cosas que pudiesen disminuir su estimacion y amistad para con su hermano, tomó la palabra Madama Ashby.

Comenzó asegurando que la habia servido de grande mortificacion ver á su hermano, el único varon de la familia, poseedor de una herencia considerable y sin cargas, casarse con una muger sin nobleza ni dote, é hija de una gente de dudoso carácter, segun ella suponia que lo sabia ya el mismo que la escuchaba.

El Coronel inclinó la cabeza como para decir que sí. Sin embargo, prosiguió Madama Ashby: como la cosa estaba he-

cha, y no quedaba remedio, pensamos que era conveniente vivir amigablemente con ellos; pero cuando á la faz de todo el condado se la ha visto traer descaradamente á su hija natural, vestirla con un lujo superior al que nosotras damos á nuestras propias hijas, y mi hermano sufrirlo y disipar la herencia de nuestro padre en favor de una hija ilegítima, esto ya es demasiado, y el honor de nuestra familia y nuestros sentimientos particulares nos han impedido toda comunicacion con ellos.

"¿Qué decis, Madama? exclamó el „Coronel con la mayor admiracion. Á „ver.... tened la bondad de repetirlo.... „¡su hija natural!

„Sí, respondió Madama Ashby, esa „Ana, esa huerfanita es hija de Madama „Melmoth, que la hizo venir de Londres „con una antigua criada de la casa de „nuestro padre, la que la recibió de ma„nos de los que la criaron, y la dijeron

»que Madama Melmoth habia por fin con»seguido de su esposo el permiso de lle»varse consigo aquella niña. Todos los »antiguos criados de la casa, que casi »todos habian nacido en ella, fueron des»pedidos entonces por haber manifestado »su admiracion á vista de este escándalo. »Ahora ya este no es un secreto; todo el »país está informado, y ella misma no »puede ignorar que su infamia se ha des»cubierto; pero no es de extrañar que se »esfuerce á ocultarla de vos."

Todo esto era en efecto nuevo para el Coronel, sin embargo que no creyó ni una palabra, pues Madama Melmoth á su llegada á Lodge le habia contado de un modo tan natural la casualidad á que debia el encuentro de aquella huerfanita, que protegia, diciéndole tambien el nombre y casa de las personas de quienes la habia recibido, que esta verdad era para él hasta una evidencia. Por otra parte Mr. Melmoth, por mas que quisiese decir la

dama Plunket, tenia demasiada prudencia, honor y juicio para sufrir semejante escándalo, y era tan fácil subir hasta el principio de esta historia, que no dudó que Madama Melmoth estaba inocente. Él tenia bastante ciencia de mundo para conocer que esta era una calumnia, nacida primeramente del espíritu de curiosidad, y adoptada despues por la malicia; pero nada de esto era de su inspeccion, pues le interesaba mas el examinar si le seria posible hacer servir esta fábula para el éxito de su empresa. ¿Siéndole para ello de la mayor importancia el favor de Madama Melmoth, no podia hacerse un mérito con ella justificándola de tan injustas sospechas? ¿Queria mejor reservar para otra ocasion este acto de justicia? ¿No se podria sacar de todo esto un recurso para afligir á Madama, alarmarla, y hacer una ocasion favorable, de que se aprovecharia, para obligarla á separar de su lado la causa inocente de aquel disgusto?

En todo caso esta historia podia servirle, segun las circunstancias y la necesidad, de prueba de zelo y adhesion por su parte, ó de pretexto de querella, si le acomodaba excitarla, á fin de proporcionarse una escusa legítima para romper con los Melmoths inmediatamente que no le fuese necesario mostrar bastante parcialidad para dotar á sus hijas. Con el objeto de ganar tiempo para ver el peso de estas diferentes alternativas, resolvió callar, é ir con la corriente.

Despues de algunos momentos de profundo silencio, durante el cual, observado atentamente por las damas, él rumió el pro y el contra, levantó los ojos al cielo, suspiró, y en seguida los fijo en tierra sin haber articulado ni una sola palabra.

Segunda pausa terminada por otro suspiro despertó la atencion de los presentes, y la preparó á conformarse con la sabiduría de su opinion, lo que las

damas no hubieran dejado de hacer si, como esperaban, hubiese el Coronel tomado la defensa de su cuñada, pues entonces mas bien que arriesgarse á contradecirle, hubieran abandonado su propio dictámen, y toda su prevencion y su zelo por el honor de su familia.

Pero el Coronel no las exigió tanto, y se contentó con decirlas gravemente y aparentando turbacion: "siempre que la »justicia lo permite debemos, queridas »señoras, tomar el partido de la modera»cion; y así creamos que estais mal in»formadas."

Animadas mas de lo que esperaban, le aseguraron que esto era imposible, y que se hallaban por desgracia demasiado ciertas de la infamia de su cuñada. "En »ese caso, dijo el indulgente y bondado»so Gorget, hagamos como que no lo sa»bemos; y pues que lo sabemos, espere»mos que la pobre señora habrá recono»cido su falta, y por compasion á los

„hijos que tiene de vuestro hermano de-
„mos con nuestra conducta un ejemplo de
„misericordia y caridad al mundo."

Si mis lectores están acostumbrados á hablar con personas como el Coronel Gorget, de los que hay demasiados en el mundo, sabrán que hay dos modos de reforzar y de combatir un argumento, y que las mismas palabras, repetidas literalmente, pueden servir para estos opuestos fines. El que nuestro Coronel se proponia hablando de este modo era presentarse bajo el doble aspecto de reconciliador de la familia, y amigo de Madama Melmoth; pero el aire que daba á sus palabras significaba claramente que no tenia ganas de salir con su empresa.

Estaba perfectamente libre del temor de que los habitantes de Lodge penetrasen la causa secreta de su larga detencion con ellos. Madama Melmoth era una buena muger, de un corazon franco, y de una alma incapaz de una sospecha de esta

clase. Toda su idea era hacer la corte á un hombre sumamente rico en favor de sus hijas. En cuanto á su marido cada vez que él podia encerrarse en su gabinete, y entregarse á sus sabias lecturas, se creía transportado al tercer cielo, donde perdia de vista cuanto pasaba en la tierra. La aya francesa era del gusto del Coronel: alegre sobremanera de ciertas tentativas que él habia hecho, concibió en su cabeza un plan regular de defensa y de capitulacion, y ya su imaginacion la figuraba el dia que se veria paseando en su brillante coche enmedio del barrio de San James, y no cediendo el paso ni á la misma Lady Waldron.

Ana, el tesoro á quien se dirigian tantos proyectos, inocente sin inquietud ni temor, se hallaba enteramene ocupada en un nuevo adorno que iba á concluir para su bienhechora, ó hacia tocar á las niñas, ó se divertia en su clave, y ponia su felicidad en que Mr. Melmoth

la llamase á su biblioteca, ó en escribir á Mistres Mansel, á quien no dejaba de participar cuanto la sucedia. No estaba pues en los intereses de Gorget añadir otra persona á esta reunion amable, sencilla y sin desconfianza.

Madama Ashby, viuda coqueta, Madada Mandeville una santurrona y Carolina Ashby una curiosilla impertinente, eran personas á quienes no intentaba proporcionar el camino de examinar sus acciones. No le convenia de ningun modo proporcionar una reconciliacion en la familia, aunque juzgaba á propósito el aparentar que lo solicitaba. Cuando se separó de aquellas señoras las aseguró que lo hacia con mucho sentimiento, y que si bien deseaba verlas en casa de Mr. Melmoth, confesaba que aquel era un punto delicado, sobre el cual nada podia determinar antes de haber reflexionado: que en el estado actual de las cosas le era imposible decidir si era mas favorable se-

güir en la reserva, ó separarse de ella á favor de su hermano; pero que reflexionaba sobre ello, y las diria francamente su parecer cuando tuviese el honor de visitar á Madama Mandeville, cosa que se prometia hacer la semana inmediata.

Á su regreso á Lodge se quejó del carácter implacable de las damas que acababa de visitar; hizo de un modo indirecto, pero diestro, la comparacion de la dulzura y amabilidad de sus amigos, con la vehemencia y vanidad de las dos hermanas; y en consecuencia de sus observaciones poco favorables se prometió no volver á partir con ellas el tiempo, sino permanecer constantemente en Lodge, mientras se detuviese en el país.

No hay necesidad de decir que Mr. y Madama Melmoth quedaban muy lisonjeados con la preferencia, y no se creyeron menos honrados que obligados por ella. Ambos tenian sensibilidad y probidad, y si estaban algo embrollados sus

negocios era por un efecto de la locura de su siglo, que habia hallado alguna entrada en sus corazones, pero nada de vicios, pues á estos eran absolutamente extraños.

CAPÍTULO XVI.

Los éxtasis amorosos.

Habiendo el Coronel Gorget concluido sus disposiciones comenzó sériamente sus ataques. Ya he informado á mis lectores que Mistres Barlow, despues que se habian despedido los maestros, habia consagrado una hora todas las mañanas á hacer repetir á Ana sus lecciones. La interrupcion que habia ocasionado la aya no la habia hecho perder esta costumbre, variando solamente el lugar de sus estudios. En el fondo del jardin habia un templete octogono, que en otro tiempo habia servido para academias de música, y donde estaba un viejo clave, y allí es donde

Mistres Mansel habia establecido su pieza de estudio despues que el Coronel la habia sorprendido en la sala, y Ana para observar los avisos de su querida aya continuaba visitando el templete todas las mañanas. Un criado antiguo del Coronel, tan astuto como su amo, no tardó en informarse de esta circunstancia, y aquel el mismo dia que recibió el aviso salió por la mañana pretextando iba á tomar el fresco en el jardin, y fue á sorprenderla cuando ella estaba tocando una sonata con tal atencion, que no le vió llegar: así él tuvo mucho espacio para contemplar y admirar aquella amable criatura, que era el emblema de la juventud, la inocencia y la belleza. Pero sus extremos amorosos no le permitieron gozar por mucho tiempo aquel espectáculo en silencio: Ana al principio quedó sorprendida y confusa: el Coronel adornó sus modales con toda la dulzura, política y respeto posibles: la pidió mil perdones por

haber venido á incomodarla: la suplicó que no interrumpiese su sonata: juró que se marcharia inmediatamente si ella lo exigiese; pero la aseguró al mismo tiempo que le haria un gran favor en cantar alguna cosa.

Esta súplica era un precepto para el modo de pensar de Ana, que sabia el empeño de Madama Melmoth en complacer al Coronel, y como por otra parte no se figuraba ningun peligro, y no tenia otro inconveniente que el que resultaba de su modesta desconfianza en su talento, cantó acompañándose con el clave.

La mañana era una de las mas serenas del mes de Agosto: ni siquiera el mas leve viento interrumpia la melodía, y los harmoniosos acentos de aquella voz eran repetidos por el eco en una gruta inmediata. Ana admiró, encantó, enageno al Coronel con la aria *la bella aurora* de la ópera de Artagerges. Otra y otra cancion fueron pedidas y otorgadas, cuando Ana

hizo una pronta transicion de la arieta de Sestini *Non dubita* &c. á la elegía de Lenley, que empieza:

Canto los bellos dias que pasaron.

El Coronel no pudo reprimir mas tiempo los extremos de una pasion que en secreto se lisonjeaba que nadie podia impedirle satisfacer: se levanta precipitadamente: ásela de un brazo, cuando la repentina aparicion de Madamisela Frajan le deja inmóvil, y da lugar á que Ana, desprendiéndose de él, se escape del templete á todo correr, yendo tremula á refugiarse al cuarto de las niñas, donde cayó desmayada.

La escena del Coronel y de Madamisela Frajan pedia el pincel de Callot. Ella se habia levantado mas temprano de lo que acostumbraba por un efecto de sus agradables ideas. El galante Coronel habia aprovechado todas las ocasiones de decirla que sus gracias eran las que le dete-

nian en aquella casa, jurando que la amaba con verdadera pasion; y que la vida seria una muerte sin su adorable Frajan; y añadia á estos cuantas brillantes lisonjas podia decir al paso cuando la encontraba. Ella, alucinada con este homenage hecho á sus atractivos, que á la verdad eran algunos, estaba tan contenta, que la noche anterior era ya muy tarde cuando pudo encontrar el sueño; y así estos pensamientos se repitieron por la mañana, y para entregarse mas libremente á la encantadora perspectiva de su próxima felicidad bajó al jardin, y se dirigió al templete solitario, deliberando sériamente si mediante una diestra reserva lograria empeñar á aquel viejo loco á que la diese la mano de esposo. Recordaba el gran número de solteras de mucho menos mérito que habian hecho fortunas semejantes: bien es verdad que reflexionando sobre este proyecto encontraba una dificultad, y era que estaba casada; pero

esto no era para ella un obstáculo tan grande que impidiese las otras miras que tambien tenia, pues Mr. Frajan, su marido, tenia el honor de ser Guardia de Corps y noble; pero era demasiado atento para ser regañon, y demasiado pobre para no dejarse manejar segun se quisiese. Tenia la desgracia de no estar en estado de mantener á Madama conforme á la elevacion de su alma, y tenia tambien la felicidad de ser demasiado filósofo para afligirse por ello, ó incomodarse de que otro se encargase de este cuidado. De cualquier modo que se arreglasen las cosas, ella conocia que siempre se veria obligada á vivir con el odioso viejo; pero en calidad de querida tendria indudablemente el derecho á una bolsa separada, y asimismo á distintos placeres. En cuanto al amor, es verdaderamente raro que en semejante situacion tenga ni la mas pequeña parte.

Estas consideraciones, tomando cuer-

po en una imaginacion activa, figúrese cuál seria la consternacion de Madamisela viendo al hombre que estaba muerto por ella, y á quien ya miraba como su decidido esclavo, en aquel ademan con una niña á quien ella despreciaba. La rabia ató su lengua, y permaneció inmóvil así como el Coronel, que en fuerza de su confusion experimentaba iguales efectos; pero la rabia, en el corazon de una francesa corroborada por la extincion total de sus esperanzas, no fue suficiente para reprimir la feliz alegría que forma el carácter de la nacion: y así se la excitó la risa de un modo irresistible á vista de la rareza del objeto que se la presentaba delante.

La figura del Coronel era verdaderamente cómica. Imagínense mis lectores un hombre desordenado; los ojos brillantes todavía por un resto de su lascivo fuego; avergonzado por ver descubierta su intencion; hechas girones, y cayendo so-

bre sus flacos puños sus preciosas vueltas de encaje; el contraste que hacia con el color de su cutis la blancura de los polvos que habian caido sobre su rostro, y cuyo color verdusco hacia el matiz mas chocante; su cabeza, sobre la cual el tiempo habia hecho considerables estragos, medio despojada de su peluca, conservando sobre la frente algunos pelochones que el arte de su peluquero interpolaba todas las mañanas con los del postizo despues de haber ocultado antes su color natural con un plaston de polvos y pomada. Pregunto ahora yo, ¿la gravedad francesa podria resistir la vista de este cuadro? "¡Ay Dios mio! exclamó ella: "¡qué graciosa figura! Vaya, ¿qué queriais hacer con esa niña?" y soltando inmediatamente la carcajada, cogió la peluca, y le suplicó la diese licencia para ponérsela.

Las furibundas miradas del Coronel advirtieron á Madamisela que habia inten-

tado cometer un yerro considerable. Su papel en aquel momento debia ser de una muger furiosa á vista de tal escena; pero por desgracia ella puso al Coronel en términos de hacer otro descubrimiento. Su exclamacion, su risa y sus chanzas picantes hablaban al Coronel en un lenguage, que, á pesar de su vanidad, no pudo menos de entender; pues todo le decia que la conquista que habia creido hacer no turbaba la paz de la francesa mas que lo que ésta turbaba la suya. Ella en efecto nunca le habia inspirado el menor interés, y si acaso le hubiese, estas señales de desprecio bastaban á destruirle, y aun le hubieran hecho producirse de un modo ultrajante, si no se hubiese visto detenido por su natural serenidad, sin embargo de que ésta jamás le habia faltado tanto como en aquel momento; pero conoció que estaba en manos de aquella muger el servirle ó perjudicarle en sus vastos designios; y así aunque casi esta-

ba tentado á injuriarla y golpearla, empleó todas sus fuerzas en contenerla.

Maldijo su insensata precipitacion, que habia asustado á la niña, excitado sus gritos, y llamado (á su parecer) el socorro que habia llegado. Su primer designio habia sido tratarla con circunspeccion, atacarla con el respeto, insinuarse en su confianza, excitar su reconocimiento, y no apresurarse á alarmar la virtud inocente: esta escala, por donde una pureza sin mancha baja hasta el seno del vicio, tiene unos escalones insensibles y lentos, y de este arte se habia valido mas de una vez para triunfar de corazones inocentes. El veterano, aguerrido en la iniquidad, estaba bien instruido de todos los artificios que conducian á sus fines, y no se perdonaba el haberse dejado arrebatar de su pasion, y haber despreciado las precauciones ordinarias.

La niña podia estar en aquel momento contando á Madama Melmoth el suceso.

Su elocüencia sencilla y penetrante podia excitar el resentimiento de Mr. Melmoth, cuya amistad y hospitalidad habia vulnerado. Si éste no preferia el romper con un amigo tan importante como él, era posible que hiciese desaparecer á Ana, y la ocultase para siempre de su vista. No podia sufrir esta última idea, no tenia un instante que perder; y el abrir los brazos al enemigo, que no podia arruinar, habia sido el sistema constante de toda su vida. Pero no habia estado con mucha frecuencia en una situacion semejante á la que se hallaba con una muger, con quien tenia precision de aparentar cariño, y que despues de haber recibido de él todos los testimonios del amor mas fino, habia descubierto en un aciago momento que se burlaba de ella; y por mas dificil que fuese perdonarla su insolente exclamacion y despreciadoras carcajadas, le era absolutamente necesario fingir que todo lo olvidaba.

Yendo en consecuencia de esto derechamente á su fin, cogió la mano de la aya, que juzgando aquel movimiento por un paso preliminar á una paz amorosa, iba ella á retirarla con todo el aire mas triste y mas sentimental que sabia fingir; pero la interesante languidez de sus ojos se cambió en sorpresa oyendo lo que quiso decirla. No la pidió perdon; no la hizo ninguna tierna protesta; no la suplicó que apaciguase su ira, ni la prometió fidelidad para en adelante: no la hizo, en fin, sino un sacrificio, que no podia ser mal recibido, cual fue el de un bolsillo lleno que puso en aquella mano que ella iba á retirar, y que detuvo para recibirle. Yo ignoro qué otro argumento mas eficaz pudo emplear el Coronel; pero lo cierto es que se separaron perfectamente reconciliados.

La situacion en que he dejado á mi heroina habia llamado la atencion y cuidado de todas las criadas. Madama Mel-

moth, informada de su indisposicion, habia corrido á verla; é inmediatamente que se la pudo hacer volver en sí manifestó mucha priesa y curiosidad en saber el motivo de una agitacion tan violenta. La delicadeza de Ana, su natural modestia y la inocencia de su corazon ataron su lengua, y solo la memoria del insulto del Coronel la llenaba de confusion, avergonzándose de descubrir aun á la misma Madama Melmoth el lance á que habia estado expuesta, y por quién. Su bienhechora, viendo que su indisposicion se aumentaba cuando se queria hacerla hablar, la dejó con las expresiones de la amistad mas tierna, y bajo al salon, donde estaba aguardando el desayuno.

El Coronel entró cuando ella estaba contando á su marido la repentina indisposicion de Ana, lo cual escuchó con una compasion afectada, espiando con atencion si se habia traslucido alguna co-

sa de la escena del templete; pero viendo con mucho gusto que de esto no se hablaba una palabra, quedó en libertad de mostrar á favor de la pobre niña todo el interés que juzgó conveniente.

La indisposicion de Ana la sirvió de pretexto para no bajar al salon con las niñas á los postres de la comida, y era un pretexto efectivo, pues aun seguia mala: mas aunque no se atrevió á confiar á Madama Melmoth el ultraje que habia recibido, fue menos reservada con Mistres Mansel, á quien escribió una exacta relacion de cuanto habia pasado, pidiéndola consejo acerca de la conducta que debia tener con su bienhechora, á quien no podia resolverse á participar el abominable proyecto de un hombre para con quien mostraba tantas atenciones. Sin embargo, no estaba enteramente satisfecha de su silencio con una dama generosa, á quien nada habia reservado; y como la Frajan hubiese en una ocasion llegado á

quebrantar todas las leyes de la honradez abriendo una carta de Mistres Mansel á nuestra heroina, tomó la precaucion de escribir á su amiga que la dirigiese las contestaciones con el sobre á Jenny Stedman, que era la criada destinada particularmente al cuarto de las niñas.

CAPÍTULO XVII.

El fracaso.

Nuestra heroina mientras que pudo no se separó de las niñas, y la aya parecio tener igual deseo de evitar el verse. No dijo una palabra del Coronel, ni nada que pudiese tener relacion con la escena del templete; pero pocos dias despues, estando ya Ana restablecida, se hallaba reflexionando, como la sucedia muchas veces, acerca de la felicidad y la paz que disfrutaba con su anterior directora, cuando Madamisela, que despreciaba altamente á aquella *buena muger*

(nombre que daba á Mistres Mansel), se tomó la libertad de hacer algunas reflexiones malignas sobre el modo de educar las niñas. Ana, resentida, contestó con viveza, y quizás con demasiado calor, diciendo que las señoritas Melmoth tendrian razon de sentir toda su vida el haber perdido una aya, que en los ocho años que habia estado en la casa siempre habia dado ejemplo de las virtudes que enseñaba. Esta respuesta, que llevaba algunas señales de énfasis en ciertas partes del elogio, irritó á Madamisela, ó por mejor decir á Madama Frajan, pues estando ya casada, como he dicho, no debe honrársela con aquel título; y como Ana antes moriria que dejar de defender á su buena amiga, la respondió con igual tono. La aya, que no tenia mas paciencia que prudencia, entró en tal furor, que nuestra heroina no evitó un bofeton sino saliendo precipitadamente del cuarto.

Madama Frajan, desesperada por no

haberse vengado, corrió al aposento de Madama Melmoth; se quejó altamente de la insolencia de Ana; dijo que hasta entonces habia tenido el honor de servir á señoras de la primera clase, que jamás la habian tratado con la libertad que aquella indiscreta muchacha, y declaró que no permaneceria en su compañía, pidiendo positivamente que se hiciese salir de casa á una de las dos.

Quedó Madama Melmoth indecisa al oír esta propuesta, hecha en un tono y de un modo que no podia aprobar: amaba á Ana; era esta la vez primera que de ella la habian dado queja, y dudaba mucho de que fuese cierta la violencia de que se acusaba á una niña que siempre se habia distinguido por su moderacion. Dilatando pues el sentenciar en favor ni en contra, hizo venir á Ana, y no se sorprendió poco cuando en lugar de aquella dulce y amable niña, que jamás habia ofendido á nadie, vio una pequeña amazona

cediendo á su pasion, inflamada de cólera, y encarnada como un carmin. Comenzó por reprenderla seriamente por haber faltado al respeto á su aya; pero esta reprension, que ella creía no merecer, la irritó mas: sus lagrimas y su furor no la permitieron hablar, y así la mandó con aspereza que se retirase.

Ana, sintiendo en el fondo de su corazon el haber ofendido por la primera vez á su bienhechora, pidió una hora despues licencia para hablarla; pero Madama estaba demasiado irritada, y se la negó. Por desgracia para ella Mr. Melmoth habia ido á las juntas del condado, que por lo comun le detenian tres dias ausente, y el Coronel, habiendo en fin recibido el convite deseado, estaba en casa de Lady Waldron.

Milady quedó tan complacida de la compañía de este amable personage, que obtuvo de él se quedase á hacerla la partida despues de comer: le desembarazó

del peso de cien guineas, que pagó con tanta política como buen humor, aunque por entonces se separó de una de las reglas de su conducta, y que yo debo confesar que ciertas distracciones de la dama, que confundian algunas veces su estravío y su juego, hubieran podido dejar algunas impresiones sobre otro cualquier rostro que el del Coronel. Pero él habia comido con Lord Bury y Lady Waldron, y no estaba en su carácter el manifestar descontento en tan buena compañía. Por otra parte Milady le habia prometido asistir á una fiesta que él proponia dar á su regreso á Londres, y una circunstancia tan favorable á su vanidad no podia tener sino un buen influjo sobre su humor. Con efecto, fue sumamente placentero á casa Mr. Melmoth, y todavía le duraba la alegría á la mañana siguiente, cuando al desayuno le contó Madama la querella que se habia movido entre Ana y la Frajan, y su sorpresa por el estado en que

habia visto á su protegida.

Madama Melmoth no conocia el artificio: tenia un corazon franco y un natural excelente; pero tan docil y tan bien prevenida á favor de Mr. Gorget, que creía ver en todos sus discursos el símbolo de la sabiduría y de la justicia. Mr. Melmoth, cuyo honor y probidad imponian respeto aun á él mismo, se hallaba ausente, y la Frajan estaba pronta á auxiliarle en todos los planes de iniquidad. El momento era favorable: nunca podia presentarse otro mas oportuno para colmar sus deseos, y era preciso aprovecharle.

Sonrióse el Coronel, pero su sonrisa no fue de aprobacion, ni tampoco de descontento, ni menos podia decirse que fue de placer: sabia sonreirse, ponerse sério y volverse á sonreir, pues tenia el arte de hacer decir á su cara lo que la boca podia desmentir con todo honor en caso de necesidad. Esta sonrisa hizo que Madama se pusiese colorada, y él la ha-

bló en estos términos. "¿Pues qué, señora,
»es hoy cuando empezais á saber las malas
»disposiciones de esa jóven?" Continuó
elogiando á Madama, cuyo buen corazon
la habia arrastrado, tal vez con algo de
imprudencia, al acto mas meritorio de su
vida justificado á la faz de todos los corazones sensibles por la situacion de Ana,
y por la primer esterilidad de aquel matrimonio, y dijo que esta era en efecto
una excelente escusa para una cosa que
ella al principio juzgó que debia hacerla
honor.

Una nueva sonrisa le impidió añadir
una palabra mas al elogio de la caridad.

El obstinado silencio de su huésped
durante todo el desayuno, y hasta que se
retiraron los criados, sumergió á Madama en una agitacion indecible; pero el
buen Coronel estaba allí para explicársela: conocia su orígen, pues él la habia
producido, y conocia tambien los medios
de hacerla recaer en su provecho.

Uno ú dos paseos que dió por la sala hicieron tomar á su rostro el aire mas grave, impotente y reflexivo, y volviéndose á Madama la preguntó que le dijese por su honor cuánto tiempo habia que conocia á aquella muchacha.

Madama, por mas que se admirase de la pregunta y del tono solemne que la acompañó, nada pudo añadir á lo que antes le habia dicho, pues su relacion habia sido exactísima.

Esta respuesta, que ya él esperaba, le hizo guardar otro rato de silencio, el que rompió para informarla sin ceremonia de las razones que alegaban sus cuñadas para no tratarla, y añadió que era una cosa generalmente creida en todo el país que aquella niña era su hija natural: que el orgullo de la tal criatura confirmaba esta opinion general, y que el temor de disgustarla, y en fin, el uso, habian sido las causas de que ella fuese la última que supiese lo que se decia y creía

acerca de su conducta.

Todos mis esfuerzos serian ineficaces si quisiese describir con exactitud el dolor y admiracion de Madama á este terrible é inesperado golpe. Yo suplico á mis lectores que se encarguen de pintársele á sí propios, poniéndose en el lugar de aquella señora, la cual con mucho trabajo pudo conservar sus fuerzas y conocimiento auxiliada de los espíritus que la sirvieron sus criadas. Se tuvo que cortar el cordon de su ropaje, y despues de haberse aliviado mediante un copioso llanto, su primer movimiento fue el enviar un expreso á Mr. Melmoth.

No era esto lo que queria nuestro digno Coronel: no gustaba de disputas con hombres ilustrados; y así se tomó la libertad de dar en secreto órdenes contrarias á las de Madama: en seguida la suplicó que se retirase á su cuarto, y se tranquilizase, pidiéndola igualmente el favor de otra conferencia luego

que estuviese sosegada.

Al momento que Ana supo que su bienhechora estaba indispuesta acudió llorando, y no se apartó de ella sin pensar que el Coronel estaba presente. Acompañó á Madama á su cuarto, y la manifestó tal cariño y zelo, derramando tan abundantes lágrimas, que la buena señora no pudo conservar ningun resentimiento contra ella, aunque acababa de saber que los motivos de su amistad eran tan siniestramente interpretados. Las vivas sensaciones de nuestra heroina no se escaparon al Coronel, quien temió su influjo sobre el sensible corazon de Madama. No queria dejarlas juntas por mucho tiempo; y así inmediatamente que la decencia lo permitió pidió permiso para entrar en el cuarto. La señora dió un estrecho abrazo á Ana, la dijo que se retirase, y entró el Coronel.

Empezó con invectivas propias del objeto contra la malicia de los hombres, y dijo que merecian desaparecer de la faz

de la tierra cuantos se atreven á convertir en una accion infame un acto tan meritorio de caridad. La dama, ultrajada con una maniobra tan sensible, declaró que jamás se deshonraria á sí propia intentando justificar su inocencia, pues estaba segura de que se presentaria con todo su brillo, y que sus calumniadores serian confundidos.

Él la dejó hablar hasta que sus lágrimas la interrumpieron, y aun la consolaron: entonces, para entrar en materia, principió dando las mayores seguridades de su amistad, su respeto, y la íntima conviccion de que era tan inocente como amable, y en seguida la hizo observar que el escándalo se excitaba mas fácilmente que se borraba, y que aun se le refutaba todavía con mayor facilidad que hacerle callar; y así pensaba que mientras la huerfanita permaneciese bajo su proteccion, siempre se recordarian todos de lo que una vez habian creido.

"Pero Mr., interrumpió vivamente »Madama, ¿qué será de esta pobre ni-»ña? — ¿Y qué será de ella, respondió »él gravemente, si la conservais á vues-»tro lado? Vos conoceis el estado de vues-»tros negocios: considerad si vuestro cau-»dal os pone en estado de hacer la fortu-»na á una jóven que habeis educado de »un modo tan superior á su clase: y »cuando vuestro caudal lo permitiese, »¿podriais, ó deberiais consentir en im-»poner esta carga pesada sobre la familia »de vuestro marido, y sufrir que una de-»bilidad á favor de esa niña extraña en-»tretenga y fortifique los odiosos rumores »que ya han circulado? Vamos, vamos, »Madama Melmoth, vos me perdonareis, »si por lo que me intereso á favor de vos »y de vuestras hijas, y aun me atrevo á »añadir, sin que esto sea desestimar vues-»tra familia, por lo interesado que estoy »en la que habeis entrado, os exhorto á »abrazar el único partido que os queda

„para justificaros á los ojos del mundo. „Por mi parte os aseguro, que aun cuando no soy de vuestra misma sangre, me „considero como aliado al honor de la casa „de Melmoth, y digo que absolutamente „es preciso que os separeis de esa jóven."

"¡Ah! exclamó llorando Madama Mel-„moth: es la mejor criatura del mundo: „¿qué será de ella? ¡Pobre y encantadora „niña! mi corazon se despedaza. — ¡Oh! „respondió el Coronel, ella estará muy „bien. El escribano, de cuyo poder la „sacasteis, la proveerá de lo necesario, y „la colocará en casa de alguna señora, „donde estará en el lugar que debe."

En fin, ya fuese dándola á entender que le desagradaria para siempre si no seguia su consejo, ya asegurándola sobre su honor que Ana se habia hecho indigna de su cariño por su conducta con la amable Frajan, que ciertamente habia sido tratada con estimacion por las personas del primer órden, logró que el corazon

mas humano se hiciese reo de una crueldad deliberada, despidiendo sin ningun motivo real, y privando de su favor y proteccion á una amable é inocente jóven, que primero habia adoptado como hija; y todo esto sin informarse de que otra alguna persona quisiese recibirla.

Deseoso de dar la última mano á la ejecucion de su proyecto, y evitar los obstáculos que podian producir las dilaciones, añadió el astuto Coronel que el coche de Londres debia pasar precisamente la mañana inmediata, y dijo á Madama: — Hacedme el gusto de serviros de toda vuestra resolucion: haced el sacrificio entero de vuestra humanidad, y no la volvais á ver, si es que apreciais algo vuestro sosiego y mi amistad.

Entonces la presentó un villete de veinte libras esterlinas para que le diese á Ana, y sacando otro de cien libras dijo: — Me parece que aun no he hecho ningun regalo á mi Elisa: tened la bon-

dad de ofrecerla éste en mi nombre. »

La exactitud, la prudencia y el irresistible interés personal quitaron á Madama toda facultad de replicar, y vencieron sus escrúpulos. Frajan fue llamada, y se la dió la órden de que hiciese marchar á Ana al otro dia en el coche de Londres.

CAPÍTULO XVIII.

El encuentro.

Con un aire de triunfo y satisfaccion fue como la Frajan corrió á ejecutar sus órdenes. — No puede ser eso, dijo Ana, quedándose como una estátua; pues no está en la naturaleza de mi bienhechora el proceder con tanta crueldad. ¡Cómo! ¿Despedirme de su casa, sin permitir que esta pobre niña, que tantas y tantas veces ha estrechado contra su pecho, bese su mano, la dé gracias por todas sus bondades, y la manifieste sus deseos por todos sus beneficios? No: sin duda, Ma-

damisela, que os chanceais, divirtiéndoos á costa de mis desgracias.

La insensible aya la aseguró de la verdad de su comision, y la advirtió como amiga que se resignase y arreglase su maleta; y que pues habia de irse, lo hiciese de buena voluntad, para evitar las malignas reflexiones de los criados. ¡Ah! respondió Ana, ¿cuál seria el alma que pudiese estar tranquila para ocuparse en este momento en cosas tan triviales? ¡Ay Dios! la única que me ocupa es el dolor de no volver á ver á mi querida Madama Melmoth, separarme de Elisa, y no poder oir de boca del digno Mr. Melmoth las lecciones prudentes que se dignaria darme, y manifestar mi gratitud por las recibidas. ¡Ay! yo siempre esperaba salir de esta casa, pero no tan pronto, y de un modo tan doloroso. — Ni yo tampoco lo esperaba, dijo la francesa; pero yo os aseguro que si pensais interesar el corazon de Madama, allí está el Coro-

nel, que sabrá evitarlo.

"De ese modo, replicó Ana con ve»hemencia; á sus esfuerzos y á los vues»tros es á lo que debo la pérdida de las »bondades de mi bienhechora. Yo no os »encargaré de ningun recado para ella; »pero decid á vuestro asociado que es ver»gonzoso y horrible para un hombre de »su edad perseguir á una jóven, que en »lo mismo en que la ha ofendido tiene »uno de los títulos mas poderosos para »ser favorecida por el cielo. Mi sentimien»to al dejar esta casa no recae sobre mi »interés personal; solo nace de mi cariño »y gratitud para con sus amos. Lugares »tan queridos á mi memoria, exclamó »mirando tristemente al rededor de sí, »vosotros siempre habeis sido el asilo de »la paz, la alegría, la concordia, la sa»biduría y la virtud; pero hoy.... (lan»zando una mirada de desprecio á la »Frajan) vos estais aquí, Madamise»la, y tambien el Coronel Gorget: es

»inútil que diga mas."

No se puede suponer que la Frajan, que tan poca paciencia tenia, sufriese estas palabras sin replicar; y en efecto lo hizo con toda la acritud y malicia ultrajadora que pudo hacerlo; y es menester convenir que diciendo esto digo bastante. Ana, toda entregada á su dolor, no hizo caso: reunió sus vagatelas, como la Frajan las habia llamado, no impropiamente, porque su equipage se habia disminuido en tales términos, y el dinero andaba tan escaso en Lodge, que en los tres ó cuatro últimos años se habia visto en la precision de deshacer unos vestidos para reformar otros, desvaratando muchas veces dos y aun mas para tener uno que poder ponerse, y ninguno de los descompuestos habian sido reemplazados. Aunque su presencia era á propósito para anunciar una jóven distinguida, sus ropas de ningun modo eran una recomendacion para la primera vista; pero por malas

que fuesen, y en la mayor parte tan poco preciosas como poco útiles, las reunió todas en una cajita que la habia dejado Mistres Mansel, y en una maleta todavía mas pequeña.

Hecho esto renovó sus tentativas por si lograba ver á su bienhechora, y despues de largas y vivas instancias obtuvo de un criado que pidiese para ella un momento de audiencia despues del té. Mas como el Coronel, que no se apartó un instante de Madama en todo el dia, estaba presente, respondió por sí mismo negando esta súplica inmediatamente que fue presentada. Tampoco se la permitió despedirse de las niñas, porque Madamisela nada aborrecia tanto como oir lamentos y ver lágrimas fingidas.

Esta circunstancia, imaginada como un acto de crueldad y de mortificacion, fue de humanidad respecto á Ana, porque ésta amaba tan tiernamente á Elisa, que el dolor de separarse de ella hubiera

despedazado su corazon, sin producir otro efecto que el debilitarla para el viage que iba á emprender.

Una revolucion tan repentina no podia menos de sorprender á toda la casa; pero como todos los criados, excepto los que estaban mas interesados por el honor de la casa, habian oido, y creían como verdad lo que generalmente se decia por fuera acerca de la consanguinidad de nuestra heroina con Madama Melmoth, cuando el viejo, criado del Coronel, por órden de su amo instruyó á los criados de casa de la injuria hecha á su maestra, y los declaró que la despedida de aquella jóven era la acta de justificacion del carácter de Madama, no se admiraron tanto, sin embargo de que la compadecieron, sintiendo su marcha, y la acompañaron á su partida, deseándola salud y fortuna. Jenny, la criada de las niñas, que la habia servido desde que llegó á Lodge, lloraba á gritos, y se comprometió á en-

viarla fielmente las cartas de Mistres Mansel inmediatamente que llegasen. Si Ana hubiese tenido la libertad de escoger, su inclinacion la hubiera hecho tomar el camino del país de Gales, segun habia ofrecido; pero la órden de Madama Melmoth era que fuese á Londres en casa de Mr. Dalton: jamás habia desobedecido ella, y no quiso hacerlo entonces por la vez primera.

Á las cuatro de la mañana el coche de Londres se paró á la puerta, segun la órden dada la víspera. Madama Melmoth, no estando entónces con la sujecion que la imponia su artificioso huésped, saltó de su lecho y fue á la ventana, y separó las cortinas para ver por última vez á su muy amada. La vió andando despacio, tristemente seguida de todas las criadas de la casa, y algunos de los criados, que lloraban amargamente como ella. Cuando llegó al coche *se volvió hacia ellos con un dolor silencioso*, pero interesante y lleno

de expresion; abrazó á las criadas, saludó á los hombres, y dando á todos gracias por los buenos deseos que la manifestaban, entró suspirando en el coche.

El enternecimiento de Madama fue tan grande á vista de este espectáculo que se la renovó todo el cariño que tenia para con su hija adoptiva; y no pudiendo resolverse á separarse de ella, corrió á tocar la campanilla para mandar que se detuviese. Kitty, que con sus compañeras estaba entonces á la puerta, no pudo oirla, y como el coche iba muy ligero estaba ya bien lejos cuando ella pudo ir á ver á su ama, á quien encontró en tal estado que no pudo bajar al desayuno.

No era ella la única persona á quien el deseo de ver á nuestra heroina por la última vez habia quitado el sueño. Madama Frajan estaba demasiado satisfecha de este suceso para privar á sus ojos de un espectáculo tan agradable. Tenia mu-

chas razones para desear este pronto viage; pues en primer lugar habia juzgado conveniente el disminuir hasta diez guineas las veinte que la habian dado para Ana, poniendo las restantes en su bolsillo: pero aunque estaba segura de su propia discrecion, no lo estaba tanto de la de aquella á quien se las habia robado, y siempre tuvo temor de ser descubierta hasta el momento en que la vió fuera ya de su alcance; y entonces se volvió á la cama, donde durmió tranquilamente hasta las diez segun su costumbre.

En cuanto al Coronel Gorget debemos conocerle, y creer que la curiosidad misma turbó su reposo. Habia velado toda la noche esperando con ansia la hora favorable que alejando á Ana de Lodge, debia acercarla á la habitacion que la preparaba. Así, no fue sin una viva emocion, pero muy diferente de la que los otros sentian, como él contempló por su parte todas sus aptitudes encantadoras cuando

la despedida. Su corazon estaba henchido de placer; y en el momento en que partió el coche, se creyó enteramente dichoso.

Las abundantes lágrimas que vertian los ojos de nuestra jóven viajanta la impidieron por de pronto hacerse cargo de sus compañeros de viage. Eran éstos un arrendador ya anciano y su hija que volvian de visitar unos parientes que tenian treinta leguas mas allá de Lodge, y regresaban á Eptom donde residian, y con ellos tambien venia Mistris Plunket. Esta era ya algo mas vieja, mas gorda y mas acaudalada que cuando hizo aquel mismo viage con nuestra heroina; pero habia conservado toda su malicia y curiosidad. Parecia que la ruina del caballero Melmoth la habia dado mas ánimo; y asi apenas se vieron lejos de la casa cuando se puso á hablar de la familia con el mayor ultraje, haciendo ciertas reflexiones sobre la da-

ma, á quien se alegraba ver restituida á su primera pobreza. Estos discursos causaron al principio mucha admiracion á Ana; pero luego que vió que directamente se encaminaban á ella, aunque venian de la boca de una muger que en su primer viage la habia hecho una impresion tan profunda que no pudo borrarsela, produjeron en su espíritu un efecto del todo diferente al que la Plunket aguardaba. En lugar de mortificarla excitaron su pundonor, del qual tenia una muy buena dosis; y así provocada por insultos que no merecia, no sufrió que su timidez hiciese triunfar á su imprudente compañera de viage. La rara belleza, la dulzura y política de sus modales hicieron que el viejo arrendador y su hija se hiciesen de su bando, y la animasen con sus atenciones, y al contrario trataron con indiferencia y desprecio á la maliciosa tendera.

Mistres Plunket, rabiosa por ello se

puso á felicitar irónicamente á Madama Melmoth por haber adquirido una amiga que hablase á su favor; y añadió: "todos saben que la visita del Coronel Gorget á Madama Ashby la hará salir de Lodge inmediatamente que pueda; y es bien extraño que haya podido vivir tanto tiempo con gentes que solo Dios puede sufrirlas, porque S. M. lo sufre todo. ¡Oh! si el difunto Melmoth padre pudiese ver lo que pasa en Lodge, á buen seguro que no se hallaria tranquilo en su sepulcro. ¡Pobre hombre! no pensaba que su caudal seria disipado por Madama y sus bastardos."

Todo lo que Ana pudo comprehender de esta arenga fue que el Coronel Gorget era su enemigo, y que la señora Plunket no podia tener otra amiga que ella misma; pero como aborrecia de todo corazon al primero, y se hallaba muy dispuesta á despreciar la segunda, no hizo atencion alguna en lo que dijo.

Llegaron sin ningun accidente hasta el fin de la segunda jornada, y alli supo con disgusto que sus buenos compañeros, esto es, el arrendador y su hija, se separarian de ella la mañana siguiente, y que no tendria mas sociedad que con la Plunket. Su insufrible disgusto para con esta muger la incomodaba solo en pensar que habia de ir con ella; la hija del arrendador lo observó, y con tanta viveza como naturalidad la suplicó que fuese con ellos á Kentbridge, donde los esperaba su caballo y su calesa, que los conducirian á Eptom, desde donde todos los dias salen carruages para Londres.

Ana hacia vanos esfuerzos para vencer la repugnancia que sentia; pero cuanto mas pensaba en ello mas se entristecia en verse obligada á viajar sola con la desagradable tendera; y despues acordándose de que Mr. Dalton no estaba prevenido de su llegada, aceptó la oferta que se la hizo: y habiendo alquilado un hombre

para que llevase su equipage, acompañó á sus honrados amigos á Kentbridge, y llegó con ellos á Eptom á comer.

El arrendador era viudo y no pobre, la hija gobernaba la casa, y ambos eran buenos, laboriosos y atentos. Cuanto mas conocieron á su huéspeda mas los agradó, y desearon que pues sus amigos no la aguardaban pasase algunos dias con ellos.

La franqueza, amistad, inocencia y sencillez de estos honrados labradores estaban muy de acuerdo con sus sentimientos para que dejasen de interesarla, y así condescendió con su convite, escribiendo á Mr. Dalton para notificarle su salida de Lodge, y del parage en que se hallaba, reservando el informarle de viva voz, lo que seria muy pronto, acerca de varios por menores que no tenia tiempo de escribirle.

Este incidente puede ser mirado como uno de aquellos de que á veces depende la felicidad ó infelicidad de toda la

vida, y que nacen frecuentemente de un orígen secreto y desconocido, pero eficaz. El fue para nuestra heroina una verdadera disposicion de la divina Providencia, que como creemos velaba sobre su inocencia: disposicion que no podia haber sido prevista ni concertada, y que la salvó el honor ó la vida.

El lector sospechará sin duda que alguna cosa mas que el honor de la familia de Melmoth era el que obligaba al Coronel á acelerar tanto la despedida de Ana. Sin duda supondrá tambien que el tal Coronel se prometia algunas ventajas de la pobreza á que se veria expuesta faltándola la proteccion de Madama; pero él habia hecho mas que esto, pues habia tomado medidas, segun las cuales se prometia ponerla en el caso de recompensar esta pérdida siendo su protector él mismo. Estaba tambien certísimo de que ni su propio carácter, ni su familia, ni su honor, si es que le tenia, se verian compro-

metidos. Habia escrito algunos dias antes á una de aquellas viles mugeres que trafican con la virtud y belleza de su sexo, y la habia preparado á sorprender, y tener en su casa á la pobre niña, que sin sospepecha alguna se acercaba á Londres. En el momento en que él estuvo cierto de su partida despachó en posta á su criado de confianza para mandarla que con un coche de alquiler fuese á encontrar la diligencia á Hydeparck, donde se detendria; y que alli dijese que Mr. Dalton estaba ausente, su muger enferma, y que la habian enviado para que la condujese á su casa en virtud de una carta que le habia escrito Madama Melmoth.

Este plan seguramente hubiera producido su efecto, á no haber sido por el incidente mencionado; pues Ana, que no conocia el mundo, ni ninguna especie de fraude, hubiera infaliblemente caido en la red. Cuando la diligencia llegó al parage señalado fue detenida, y se pregun-

tó por Ana. Felizmente la señora Plunket estaba demasiado irritada de la arrogancia de aquella muchacha para responder á ninguna pregunta acerca de ella: así dijo que nada sabia, y no hubo quien la hiciese añadir una palabra. Se dirigieron pues al cochero, quien dijo francamente lo que sabia, que era nada; pues dijo que habia dejado tres pasageros en Brentford, pero que ignoraba quiénes eran y á dónde iban: solo añadió que se habian separado de la diligencia antes de la última casa donde mudó caballos.

Walter, este era el nombre del criado, estaba en acecho algo apartado, se le llamó, y fue consultado por la muger encargada del negocio. El estaba cierto de que nadie habia salido de Lodge con Ana, á quien habia visto tomar el coche; pero como tambien sabia cuanto se interesaba su amo en el complimiento de sus designios, convino con su asociada en ir á Bremford, examinaron inutilmente

cuantos carruages habian tomado aquel camino, y no hallando luz alguna, la muger se volvió á Londres, y Walter, despues de haber hecho otras vanas pesquisas, tomó el partido de ir á llevar estas malas noticias á su amo, que con impaciencia y confianza aguardaba las de su buen éxito.

CAPITULO XIX.

La reprimenda.

El Coronel Gorget, por mas triste é insípida que le pareciese la casa de Lodge despues que Ana faltaba de ella, afectó estar de bellísimo humor, y mostró una alegría igual á la tristeza de Madama, la que indispuesta y descontenta consigo misma, vertia cada instante lágrimas involuntariamente, y apenas bastaban todos los esfuerzos de su amigo para que no se desmayase. Él espiaba cada una de sus palabras y de sus miradas, y no ha-

bia cosa que igualase al ardor de la amistad y estimacion que la manifestaba. Jugaba con Elisa, acariciaba á la niña mas pequeña, y al mismo tiempo era todo su estudio é interés distraer de este modo las melancólicas reflexiones de Madama. No podia hallar ningun pretesto para ausentarse entonces de aquella casa, sin embargo de que su designio era el de no permanecer en ella sino hasta el momento en que llegase su agente: mas una circunstancia, que no preveía, le proporcionó la ocasion de variar esta última parte de su plan.

Mr. Melmoth volvió de su viage, y fue obsequiosamente recibido por su buen amigo el buen Coronel, cuyas atenciones, que le parecieron mas señaladas, le fueron tanto mas agradables cuanto en las juntas habia encontrado un hombre que tenia una fuerte hipoteca sobre sus bienes, y se habia dejado decir ciertas palabras, que le hacian sospechar que tal

vez pasaria á diligencias que le desagradasen. Estaba absolutamente dispuesto á abrir su corazon á su buen amigo, no dudando que se alegraria de hallar una ocasion de darle pruebas de la buena voluntad que siempre le estaba ponderando, y que así le prestaria lo que necesitaba, tomando él por sí mismo aquella hipoteca.

Apenas llegó este tierno padre llamó á sus hijas para darlas un abrazo; y sacando de su bolsillo un bonito dibujo, las dijo que Mistres Las-Mayor, una dama que vivia en el pueblo principal del condado, deseaba que Ana la sacase una copia. ¡Ay de mí! respondió Madama llorando amargamente; ya no está aquí... ha marchado... yo la he despedido.

Mr. Melmoth con la mayor admiracion pidió la explicacion de estas palabras; y entonces el Coronel, porque la señora estaba incapaz de hacerlo, le contó toda la historia. El generoso corazon de Mr. Melmoth, léjos de conformarse con

la opinion del Coronel, rechazó las prevenciones que conoció queria inspirarle, reprendió á su esposa porque á un mismo tiempo habia manifestado poco juicio y sensibilidad en separarse de la amable Orfelina, que ellos habian educado con un amor y un esmero que estaba ampliamente pagado con sus amables cualidades. Dijo que habia mucho tiempo sabia la historia que el Coronel acababa de contarle con tanto énfasis, pues se la habian referido pocos dias despues que fue inventada; pero demasiado hombre de bien para castigar en la inocente la falta del culpable, se habia contentado con convencer de la absurdidad y falsedad de este rumor á aquellas personas, cuya opinion estimaba. Que nunca habia imaginado como su digno amigo que la separacion de una pobre huérfana pudiese servir de justificacion al cáracter de su esposa, y que estando perfectamente tranquilo en este punto, no habia queri-

do turbar la paz de Madama, informándola de los errores agenos. En cuanto á la querella con la francesa, confesó que tenia la peor opinion de aquella muger, de sus talentos, conducta y principios. En fin, Madama Melmoth jamás habia visto á su marido tan descontento con ella, y para disculparse apeló al consejo del Coronel y á la asistencia que él la habia dado. Éste emprendió demostrarle que ambos habian procedido del modo mas razonable; pero sus argumentos, que para Madama habian parecido sin réplica, fueron á los ojos de su marido tan falsos como ridículos. Juró que nunca perdonaria este acto de inhumanidad, y criticó con alguna viveza á su huésped por haber aconsejado un paso, que á juicio de toda alma sensible seria un reproche eterno sobre su corazon.

Esta era una especie de libertad que no podia menos de desagradar al Coronel; pero sabia cambiarlo todo á favor de sus

miras: y así conoció inmediatamente que un rompimiento con Mr. Melmoth en aquel período era lo mejor que podia sucederle, y empezó á justificarse con una altivez y unas expresiones que sabia debian agriar el asunto en vez de dulcificarle. Su designio era poner las cosas en peor estado, y lo consiguió completamente. Mr. Melmoth lleno del resentimiento involuntario que producia su generosidad, y de compasion tambien para con su interesante huérfana, olvidó sus bienes hipotecados, su pobreza y sus esperanzas, y aun tuvo la imprudencia de tomar las cosas desde mas largo, y recordar algunos incidentes de la vida del gran hombre, que como él las habia condenado á eterno olvido, no podia perdonar á quien se las recordaba. Inmediatamente pidió sus caballos, y aunque eran las diez de la noche; despues de haber recompensado liberalmente á los criados de las incomodidades que habia causado á sus amos, partió para ir á ca-

sa de Madama Ashby, dejando á sus huéspedes por la primera vez de su vida disgustados y descontentos el uno con el otro.

Por la mañana las lágrimas y expresiones de Madama obligaron á su marido á pensar mas á sangre fria; y aunque siguió compadeciendo la suerte de Ana, comenzó á conocer la imprudencia de su conducta con un hombre tan poderoso, y á quien se veía en tanta precision de tener contento. Su muger por su lado se quejaba con un poco de acritud de un fracaso, que tal vez los habia privado de las ventajas y esperanzas que su viva imaginacion les habia ofrecido ya como realizadas, y no pudo dejar de echar alguna invectiva contra tanto ardor excitado á favor de una persona que no tenia nada con ellos, y con perjuicio, ó acaso con ruina de sus propios hijos. Él conoció la triste consecuencia de este argumento, aunque se creyó plenamente justificado sobre esta parte de su conducta,

que le habia atraido el descontento del Coronel. Por condescender con los deseos de su esposa fue á casa de Madama Ashby, determinado á hacer las sumisiones que le prescribia su estado, y no su corazon; pero sus esfuerzos para reconciliarse fueron inútiles. El maquiavelo, con quien hablaba, se alegraba de verse fuera de Lodge, creyéndose muy dichoso de haber hallado en la honradez del corazon de Mr. Melmoth una excusa que le justificase de haber quebrado con gentes, que edificando castillos en el aire sobre tan débiles cimientos como eran sus promesas, habian tenido la indiscrecion de acusarle de ingratitud y de injusticia, sin ver la prodigiosa distancia que habia entre sus palabras y sus acciones. Aun se negó á ver á Mr. Melmoth. Madama Ashby, justificada en su enojo, y libre de manifestar toda su malicia contra su cuñada, no dejo de hacer su corte al Coronel á expensas de sus parientes. El escándalo

recobró su fuerza. Se dijo que Madama Melmoth habia perdido la gracia de su familia por la bastarda que se habia atrevido á tener á su lado. Al mismo tiempo el acreedor instaba por su dinero, ó amenazaba vender la hipoteca: los demas acreedores se hicieron insufribles, y Mr. Melmoth, atormentado por la necesidad, escribió varias veces al insensible Coronel, quien siempre le devolvió sus cartas sin abrirlas.

No es de extrañar que en una situacion tan apurada se borrasen insensiblemente todas las memorias de Ana. No le quedaba otra alternativa que abandonar sus bienes y su persona á los acreedores, ó salir del reino; lo que hizo precipitadamente despues de haber despedido á la francesa con todo el desprecio que merecia.

Mientras que esto pasaba en Lodge el Coronel esperaba con la mayor impaciencia el regreso de su criado. La pérdida de

sus esperanzas, y los tormentos que ella le causó, comenzaron el castigo debido á su hipocresía en el instante que se prometia el entero cumplimiento de sus deseos. Habia andado tan escrupuloso en atar hasta los mas pequeños cabos que pudiesen hacer prosperar sus planes, que no tenia duda del éxito, y apénas podia creer la relacion de Walter, y las protestas de zelo y fidelidad con que su compañera y él habian ejecutado sus órdenes.

Despues de un millon de preguntas, y otras tantas maldiciones tras cada respuesta, pretestó negocios indispensables: hizo una tierna despedida de Madama Ashby y de Mis Carolina: las aseguró de una amistad eterna en alta voz, mientras que por lo bajo hacia juramento de no volverlas á ver, y tomó el camino de Londres, apeándose en cada venta, donde la diligencia se habia parado, para volver á hallar las huellas de su objeto querido; pero en todas partes halló con-

firmada la relacion de Walter hasta Brentford, donde perdió enteramente de vista el camino de Ana.

Sin embargo, no pudiendo renunciar enteramente á sus esperanzas cuando se creía tan cerca de realizarlas, puso un espia cerca de la casa de Dalton; y como Ana no se hallaba en ella, resolvió dar por sí mismo los pasos, y contando con la verdad de la relacion de Madama Melmot, se presentó atrevidamente en casa del escribano, aparentando tener alguna idea de los parientes de la niña.

Nada de cuanto el pobre Coronel intentaba para la ruina de Ana le salió con bien; pues el mismo pretesto que habia tomado para proporcionarse alguna luz, era precisamente el menos á propósito para comunicársela.

No habia cosa en el mundo que Dalton temiese mas que el descubrimiento de la familia de Ana, porque se hubiera visto obligado á una restitucion, que cada

dia tenia menos ganas de hacer. Ya estaba muy incomodado con la carta que acababa de recibir de su pupila con la fecha de Epson, pues se habia lisonjeado de que para siempre se veria dispensado de hacer otro gasto con ella; pero esta mortificacion era nada en comparacion de la que él temblaba mas. Una averiguacion que él creía hecha por parte de un pariente, que sin duda se habria dirigido primeramente á Lodge, era objeto de mucha inquietud; y así creyó que lo mejor que tenia que hacer era que ella permaneciese donde estaba, ó se fuese tan lejos, que nunca volviese á oir hablar de tal criatura.

Con esta idea negó positivamente conocer á ninguna persona de aquel nombre, é insistió de un modo en la apariencia tan ingenuo y sencillo en esta negativa, que el Coronel comenzó á dudar de su propio juicio, y á creer que la niña en efecto podria pertenecer, segun

se decia, á Madama Melmoth. Despues de haber continuado por algun tiempo sus vanas pesquisas en las inmediaciones, infirió que Ana debia haber sido enviada secretamente por su madre á algun parage lejano, donde estuviese á cubierto de toda averiguacion.

CAPÍTULO XX.

Otro viage.

Por este tiempo dos hijas de Dalton estaban con las viruelas, y este accidente favoreció particularmente su designio de mantener lejos á Ana, que aun no las habia pasado. Se dió priesa á responderla para informarla de la situacion de su familia, y recomendarla que subsistiese algun tiempo en Epson, añadiendo generosamente para mas obligarla, que cuando ella hubiese de venir, él iria á buscarla, y á pagar sus gastos.

Tres dias despues llegó bajo su cu-

bierta una carta de Mistres Mansel para Ana, enviada por su fiel Jenny. Las almas culpables son siempre sospechosas, y cuanto pertenecia á su pupila interesaba particularmente á Dalton en aquel período. Jamás habia sido refrenado por ningun sentimiento de honradez, y en aquel momento, impelido por su curiosidad y seguridad personal, levantó diestramente la oblea, y quedó tan contento del contenido de la carta, que despues de haberla vuelto á cerrar cuidadosamente pasó en persona á Epson para entregársela á Ana.

Su sorpresa fue inexplicable cuando, habiéndole hecho entrar en una salita muy aseada, vió una jóven y encantadora criatura de una talla elegante, y cuyos modales no inspiraban menos respeto que admiracion su belleza; y que apénas le conoció vino á arrojarse á sus pies con todas las expresiones del cariño y la gratitud. Él experimentó por la primera vez una especie de sensibilidad involuntaria,

acompañada de cierto sobresalto, que se asemejaba á un remordimiento de conciencia, aunque yo no me atrevo á asegurar que esta vez proviniese realmente de tan respetable consejero; porque si en efecto provenia de este principio, desde entonces hasta el momento que escribo no creo que recibió una segunda visita de parte de su conciencia. Sin embargo, proviniese de donde quisiese; él sofocó bien pronto aquella sensacion; felicitó á Ana por sus progresos, y al mismo tiempo observó cuán feliz habia sido en verse detenida en su viage á Londres, donde las viruelas podian haber hecho grandes estragos en su hermosura. "Hubiera sido »lástima, dijo el arrendador: ¡qué bella »niña, tan buena como hermosa! Dios la »llene de bendiciones: yo estoy contentísimo con tenerla en mi casa, y se estará conmigo para siempre, si ella quiere."

Dalton conociendo con mucho gusto que el buen anciano ni pediria ninguna

recompensa, ni aun la aceptaria, se la ofreció con grandes instancias; pero aquellas buenas gentes, conducidas solamente por la amistad, lejos de querer dinero suplicaron se les dejase la huéspeda hasta que hubiese pasado el peligro de las viruelas: mas la carta de Mistres Mansel, que Dalton entregó á nuestra heroina, contenia el siguiente convite, que ella tenia mucha satisfaccion en aceptar.

"Mi querida niña:

„Vuestra última carta me deja tan „temerosa de vuestra seguridad, que no „me tranquilizaré hasta que esteis á mi „lado. Os aconsejo, mi querida Ana, que „confieis á Madama Melmoth la escanda„losa conducta del Coronel. Ella puede „tener sus razones para no romper con él; „pero estoy segura de que su amor á la pru„dencia, su delicadeza, y la amistad, que „os tiene, la obligarán á condescender con „la súplica que la dirijo con esta fecha

»para que os permita venirme á ver; pe»ro, mi querida Ana, esto es en la supo»sicion de que ningun otro insulto haya »hecho necesaria vuestra separacion, ó »que el arte de ese malvado hombre, fa»vorecido por esa maligna muger, haya »dispuesto que seais enviada á Londres. »Si cualquiera de estos casos hubiese su»cedido, Dios, en quien pongo mi con»fianza, os protegerá, y pondrá en esta»do de que os reunais conmigo. Mi que»rida amiga, ¡cuánto lo deseo, y con »qué placer he comenzado á adornar el »cuarto que os destino!

»Mr. Mansel, el mas amable de los »maridos, y el mas digno de los hombres, »ha comprado ayer un forte piano para »vos. Tiene buenas voces, y está muy »bien tratado, aunque estaba muy aban»donado en casa de la señora que le te»nia, y que estuvo mucho tiempo enfer»ma, por lo cual no pudo usarle. Los jaz»mines que crecen enfrente de vuestra ven-

»tana obscurecen un poco vuestro cuarto, »porque suben mas altos que la casa, que »es baja, así como todas las del país; »pero nosotros los enseñarémos á crecer »de un modo mas agradable para la hija »de mi corazon. ¡Cuántas veces habeis »contribuido á mi felicidad! Venid con- »migo, mi querida Ana: vuestra presen- »cia es la única cosa que falta para la »completa felicidad de vuestra apasiona- »da y verdaderamente maternal amiga

MARIA MANSEL: *en Llandore.*"

Mr. Mansel habia añadido la posdata siguiente.

"Permitidme que me reuna á Mis- »tres Mansel para suplicaros que nos fa- »vorezcais con venir á nuestro lado. Si »nuestra compañía puede seros agradable, »el coche de Brecknock sale des veces á »la semana. Yo iré á buscaros allí apenas »me designeis el dia. Yo soy &c.

DAVID MANSEL."

Mr. Dalton pintó como un mérito el consentir á lo que mas deseaba, y que hubiera solicitado por sí mismo, si hubiese advertido repugnancia. Prometió informarse en el despacho de las diligencias, y examinar los libros para avisar á Ana apénas hubiese una señora que hiciese aquel viage. El honrado arrendador insistió en que permaneciese en su casa hasta el momento de partir al país de Gales, pues su amigo no podia recibirla en la suya sin el peligro de las viruelas. Dalton se informó despues del estado del bolsillo de Mis, y se alegró viendo que no necesitaba de su auxilio. La causa de su despedida de Lodge excitó ligeramente su atencion; pero como su objeto estaba cumplido, hubiera sido nuevo para él el entremeterse en otra cosa. Regresó pues á Londres muy contento de su pupila, y resuelto á no perder un instante para desembarazarse de ella, pues se le proporcionaba la ocasion, pareciéndole que aun

la tenia demasiado cerca de su casa.

La viuda de un pobre eclesiástico que recibía la limosna anual de los fondos destinados á las de su clase, habia venido del país de Gales á Londres á fin de poner una hija en casa de una modista, y la colocó en casa de una muger, que en consideracion á los principios devotos de Dalton, cuyas lecciones frecuentaba, la recibió á razon de cinco libras esterlinas, que eran precisamente la cuarta parte de lo que la madre recibia de los fondos de los eclesiásticos. Mistres Bowen, viuda y madre de una numerosa familia, no tenia la ciencia del mundo, que la hubiera proporcionado hacer mas ventajoso ajuste; así pagó la suma, cobró su pension, y fue á tomar un asiento para volver á su país, cuando Mr. Dalton llegaba buscando una ocasion de enviar prontamente á Ana con sus amigos. Mistres Bowven, aunque vivia en la parroquia mas cercana á Llandore, distaba cinco

millas de la casa de Mr. Mansel; mas sin embargo ofreció entregarle á Ana.

La diligencia marchaba dos dias despues que Mr. Dalton regresó de su viage á Epson, y Ana recibió el alegre aviso de hallarse la víspera en Londres para aprovechar aquella ocasion. El arrendador y su hija la acompañaron en su calesa, y Mistres Dalton, cuya curiosidad se habia excitado no poco con lo que su marido la habia dicho de Ana, pasó á la posada con su hija y Mistres Bowen. Cenaron todos juntos, y pasaron la noche con tanta mayor alegría, cuanto el arrendador habia dicho que no consentiria que otro pagase el gasto. Mistres Dalton se separó por la mañana de nuestra heroina diciéndola mil finezas, y convidándola con su casa cuando se cansase de vivir en el país de Gales. Nuestras viajantas llegaron á su destino sin ningun accidente.

Mistres Bowen halló á su hijo, que

la esperaba con un caballo, y asi pidió prestada una silla en la posada, é hizo que Ana fuese á la grupa; pero como ésta era la primera vez que Ana caminaba de aquel modo, y parecia tener mucho miedo, hubo precision de ir despacio, y aunque solo estaban á diez millas de Gales, que hacen diez y ocho de Inglaterra, emplearon en ellas todo el dia. Los caminos malos y estrechos, unas veces subiendo y otras bajando casi perpendicularmente las montañas, los precipicios y la soledad general que veía al rededor de sí, y que podian hacerla creer que en aquel país no habia mas vivientes que ella y sus dos compañeros, hicieron el viage mas cansado y fastidioso. La vista no se fijaba sino en numerosos rebaños, que se veían de cuando en cuando; y á todo esto se debe añadir que Ana no entendia el lenguaje de su conductor. La noche estaba obscura y húmeda: eran las once: llovia desde las tres de la tarde: no se podia distin-

guir ningun objeto, cuando con gran satisfaccion suya vió que estaban en Llandore.

CAPÍTULO XXI.

El digno cura de una aldea del país de Gales.

La familia de Mr. Mansel estaba retirada, y él, como aquel dia era sábado, estaba en su gabinete ocupado en preparar el sermon del dia inmediato: su muger, acostumbrada á acostarse mas tarde de lo que permite el uso de aquel pacífico país, donde todo estaba en silencio mucho tiempo hacia, se preparaba á desnudarse, cuando la llamó la atencion un gran ruido que sonaba á su humilde puerta, en la que jamás se habia oido el golpe del aldabon, que hace retemblar la calle donde se halla la casa de un grande. Ella abrió su ventana, y preguntó, ¿quién esta ahí? Pero cuál fue su sorpresa y regocijo cuando oyó una vocecita muy dul-

ce y muy amada que respondió: yo soy: es Ana... ¡Es posible! Inmediatamente ella corre, chillan las cerraduras y los cerrojos, y el corazon y los brazos de Mistres Mansel se abren para recibir á su querida huéspeda. Por su primera vez, despues de su separacion, se vió Ana perfectamente feliz: se miró como en su propia casa: olvidó los malos caminos que la habian conducido á aquel cielo de la amistad. Nada hay feo, ni triste, ni estéril en el país que habita la philantropía, y reside la benevolencia.

Luego que Mistres Mansel la enseñó el cuarto que la habia destinado, tomó posesion de él con la misma vivacidad, satisfaccion y placer que si se le hubiese dado la mas indulgente de las madres. Un sueño profundo y regenerador, que no fue turbado por ninguna especie de cuidados, succedió á las fatigas del dia, y no se despertó hasta el otro dia á las doce. La buena muger que la habia conducido

y su hijo, á quienes Mistrès Mansel obligó á que pasasen allí la noche, habian regresado á su casa antes que Ana hubiese recobrado el conocimiento de su felicidad.

Las cumbres de las áridas montañas que habia atravesado, y los malos caminos que habia pasado, se le recordaron al despertar, y los jazmines de que Mistres Mansel la habia hablado la parecieron unas figuras retóricas. Preocupada con esta idea, ¿cual fué su sorpresa al acercarse á una ventana, y ver un hermoso y grande cercado con las flores que su amiga la habia descrito, y aun tambien una porcion de rosales, y un mirto que crecia al frente de su ventana? Apénas daba crédito á sus ojos, y se imaginó que la habian transportado al país de las encantadoras.

La situacion de la aldea de Llandore es bella, elegante y pintoresca. Está situada en un fértil valle que riega el rio

Tave, cuyas frecuentes, pero nunca dañosas avenidas conservan en todos lados un verde encantador á la vista, y que se hace mas hermoso por las rústicas montañas que parece formar una cadena que la cerca por ambos lados. Se ven en algunos parages ruinas antiguas, monumentos de la gloria y dignidades de los antiguos habitantes de la Cambria: en medio de un ancho cementerio verde se eleva la iglesia, y al rededor, formando un semicírculo, las casas de los habitantes, pequeñas, pero limpias y blanqueadas. Entre ellas se hallan algunas mayores, tales como la del rector, médico, abogado, fiscal del impuesto y ministro del presbiterio. El rio se divide mas abajo de la aldea, formado dos brazos, de los cuales el uno hace andar muchos molinos, y el otro ofrece á los habitantes una pura y cristalina agua. La verdura que se advierte en las huertas y jardines hace resaltar la blancura de las habitaciones,

pues allí es tan abundante y barata la cal, que la cabaña mas humilde compite en blancura con la mejor casa, que es la del rector, donde la limpieza y la comodidad estaban tan bien unidas, que hubiera sido dificil, ó por mejor decir imposible, alterar la una sin perjudicar la otra: á un lado estaba un jardin bien cuidado, al otro una huerta de todas suertes de legumbres y frutas, un poco mas lejos algunas abanzadas de buenas tierras de labor; y el valor del beneficio era de sesenta libras esterlinas.

Ya he hecho conocer á Mistres Mansel; pocas palabras bastarán para pintar su marido. Este era un hombre tan honrado como instruido, y penetrado de la moral evangélica, que enseñaba con su egemplo tanto como con su doctrina. Hacia realmente honor á sus sagradas funciones: predicaba á sus feligreses una doctrina sana, que todo el mundo podia comprender, y cuya práctica reco-

mendaba por sí mismo.

Tiernamente unido á su muger, tenia la mas alta opinion de su corazon y entendimiento. Jamás estaba contento de sí mismo sino cuando obtenia su aprobacion: él era el buen israelita, en quien no habia ningun vicio; y en fin, disfrutaba una felicidad rara, pues era un hombre de quien todos hablaban bien.

Enfrente del presbiterio, pero mas cerca de la montaña á la distancia de una milla, se veía la quinta de Llandore, antigua residencia de Sir Eduardo Edwin, entonces habitada por Mr. Herbert, que habiéndose casado con la hermana predilecta de aquel Baron, habia obtenido esta quinta á causa de su proximidad á muchas ferrerias, de que habia llegado á ser el principal propietario por su matrimonio.

La vista de este antiguo edificio, que despues de algunos siglos habia sido honrado con el nombre de castillo, la exten-

sion y frondosidad de los bosques que le rodeaban llegando hasta el rio, sobre el cual se habia construido un bello puente de piedra, añadia gracias á la encantadora perspectiva de la casa del rector.

Cuando nuestra heroina tuvo tiempo de mirar al rededor de sí, vió por todas partes un aire de contento y libertad entre los habitantes, y de aseo y felicidad en sus casas. La veneracion y atenciones que tenian para con el rector se extendian á toda la familia, y aunque Mistres Mansel ignoraba su lenguaje, les habia llegado á ser sumamente querida.

Enseñando á Ana su casa la hizo entrar en una piececita llena de medicamentos de toda especie, y la dijo: yo no soy ambiciosa de la reputacion de una Lady Bountisul; pero las buenas gentes de este país son tan ignorantes y tan pobres, que tiemblan tanto del medico como de los gastos que ocasiona, y creen que apénas se lo llama cuando ya no anda lejos la

muerte. Así estas pequeñas medicinas, ungüentos y emplastos son verdaderamente unas adquisiciones importantes para ellos, y á mí no me ocasionan sino un pequeño gasto. Vos no pensareis sin duda que yo extiendo mi caridad hasta el punto de curarlos por mi mano, ni exponerme á los peligros de un aire infestado: yo me contento con la teoría, y dejo la práctica á otros, y en general puedo decir que soy tan feliz en mis recetas, que he adquirido gran reputacion entre ellos, y tienen mucha confianza en mí. Mas soy particularmente demasiado feliz cuando á todas las satisfacciones de que gozo puedo añadir la de poseer á mi Ana; y así no quiero arriesgar alguna alteracion en mi fortuna exponiendo mi salud. El Todopoderoso ha tenido demasiada bondad para conmigo, y demasiada indulgencia en cumplir mis deseos, para que yo no piense en aprovecharme de sus beneficios dándole incesantes gracias. Al presente nada

tengo que desear, ni puedo ni debo aguardar sino pruebas, y estoy resignada á ellas.

Tales eran los sentimientos de Mistres Mansel, y tal era su práctica. Su mano y su corazon nunca dejaban de abrirse al clamor del indigente. Sus caridades, hechas con liberalidad y sensibilidad, estaban dirigidas por la prudencia. Los pobres niños y los ancianos eran los primeros objetos de sus desvelos, y preparando y haciendo en su casa muchas cosas que les eran útiles, llegaba á hacer mucho bien, gastando muy poco. Formada á su vista, instruida por su egemplo, é impregnada, por decirlo así, en sus propias ideas, el corazon de nuestra heroina palpitaba al unísono del suyo. Ana llegó á ser su limosnera: su juventud y vivacidad la hicieron aprender fácilmente su idioma, y bien pronto llegó á ser la intérprete del pobre para con su amiga. Los intervalos que las dejaban estas benéficas

ocupaciones se dedicaban al trabajo, la lectura, la música, así como en los buenos dias que ellas habian pasado en la casa de Lodge. Tampoco estaban enteramente privadas del placer de la sociedad, pues la muger del abogado, la del ministro disidente, del doctor y del oficial del impuesto, aunque no habian recibido una buena educacion para proporcionar y recibir muchos de los encantos que nacen de la comunicacion, de la política y del sentimiento, por lo menos hablaban el inglés.

Habia tambien algunas otras personas ricas que, deseosas de manifestar su adhesion y veneracion al rector, nunca se juzgaban tan contentas como cuando tenian la felicidad de hallarse en su compañía. Las jóvenes mas amables eran convidadas á acompañar á Ana, y un baile general, á que el rector asistia algunas veces, terminaba la tertulia.

Si nuestra heroina sacaba grandes ven-

tajas del cariño y proteccion de Mistres Mansel; tambien su compañía fue útil á ésta. Hasta entonces siempre que Mr. Mansel salia de casa á sus negocios se hallaba su esposa en la mayor soledad; pero al presente tenia una compañera, á quien amaba tiernamente, con la que podia hablar deliciosamente, pues sus gustos y sentimientos correspondian á los suyos, y sus amables y vivas disposiciones, exentas de ligereza, la divertian, mientras que la bondad de su corazon y la dulzura de su carácter la hacian amar de toda la aldea tanto como de ella misma.

Mistres Mansel tenia una gran porcion de ropas, que debia á la generosidad de las personas con quienes habia vivido: se creyó feliz en hacer uso de ellas en aquel momento, y trabajó por sí misma en acomodarlas á la talla de Ana, cuyo reconocimiento y placer, si consideramos el efecto que las cosas nuevas producen siempre en los jóvenes, no podia menos

de ser muy grande. Pero concediendo á la juventud y á la vanidad cuanto se las puede conceder, su satisfaccion al recibirlas no podia igualar á la de sus amigos cuando la daban estas constantes pruebas de su cariño.

Luego que Mistres Mansel hubo acabado de equiparla la preparó el conocimiento de una dama, que entonces vivia en aquel lugar retirado, y que decia ella era capaz de honrar una corte. Así pues una mañana, habiendo enviado á pedir permiso, hizo que nuestra heroina la acompañase despues de comer para ir á visitar á Madama Herbert en la quinta de Llandore, y la historia de esta familia fue la materia de su conversacion en el camino.

Mr. Herbert era un noble, cuyo nacimiento era tan antiguo como el de su muger, es decir, muy antiguo. Se habia casado cuando ella tenia diez y nueve años, y estaba en la flor de su belleza.

Era el objeto de todos los brindis en el país. Mr. Herbert era tambien un jóven agraciado, y entonces tan apasionado de Mis Marta Edwin, que se hubiera quitado la vida si ella no hubiese consentido en darle la mano. Los bienes libres de él ascendian á dos mil libras esterlinas de renta: el caudal de su muger solo era de cinco mil; pero las ferrerías que la habia dejado su abuela eran una bonita adicion á esta suma. Mr. Herbert aborrecia á Londres, y pasaba los inviernos en Bath, donde tenia una casa. En los primeros años de su matrimonio habian tenido muchos hijos; pero ya no les quedaban sino dos, un varon y una hembra. El primero, que tenia veinte y un años, acababa de concluir los estudios en Oxford, y seguia la carrera de abogado: la niña tenia diez y siete años.

Madama Herbert no era tan feliz en lo interior de su casa como debia serlo, pues su marido, el amante mas tierno y mas

constante de su muger durante los primeros años, habia algunos que estaba cansado de su felicidad. Su casa le habia parecido insípida, y sus hijos, cuyos inocentes juegos le habian servido de diversion, ya le fastidiaban. Su muger, que reunia la bondad á la hermosura, no ofrecia á sus ojos, acostumbrados á sus gracias, el encanto de la novedad. Seducido por las ilusiones del libertinage habia principiado á extraviarse en la edad en que otros hombres comunmente se recogen, y su amable y sensible esposa tenia el dolor de verse abandonada en aquel lugar de placer. Pero esta conducta de su marido le co tó cara: su caudal y su salud estaban igualmente arruinados: el descanso y los aires eran necesarios para recobrar ésta, y no tenia bastante valor para aplicarse á la economía que exigia la otra.

Habiase retirado á Llandore, pero por poco tiempo. Nadie llega á corregir-

se de las malas costumbres, sino separándose absolutamente de las sociedades que las fomentan. Mr. Herbert, que habia sido galante en el gran mundo, se dedicó á seducir la inocencia en las clases inferiores. Las criadas de la quinta triunfaron succesivamente de su ama. Cuando él algunas veces experimentaba remordimientos volvia á su obligacion, y prometia enmendarse; pero sus accesos de penitencia eran por lo comun seguidos de peores recaidas, y bien pronto desaparecieron del todo. Su muger cesó por grados de interesarle, y despues de haberla hecho sufrir por mucho tiempo, excitó su resentimiento robándola, y manteniendo públicamente una muchacha que la servia.

Mr. Herbert, preocupado con su nuevo amor, se dejó subyugar completamente por aquella jóven, con la que malgastó una gran parte de su caudal, y á éste período de mi historia la mantenia en una

bonita casa á seis millas de la quinta, sin respeto á la mas digna de las esposas, cuyo talento y belleza despreciaba. El conocimiento de su inocencia la daba fuerzas, y sostenia con tanta dignidad como firmeza las penas que interesaban á todos los corazones, excepto al de quien las producia.

Cuando Mr. Herbert tenia que ir á Londres por sus negocios Nicholl era la única que le acompañaba, y su muger y su hija no le seguian sino hasta Bath, donde pasaban seis meses del año.

Madama Herbert, obligada así á buscar en su alma los consuelos que la negaba su marido, habia pasado todo su amor á sus hijos, es decir, que adoraba á su hija, é idolatraba á su hijo. La belleza era la menor de las ventajas de Mis Patty Herbert: su corazon era bueno y sensible: veía con dolor las aflicciones de su madre, á quien amaba tiernamente, y así su estudio constante era dulcificarlas:

su carácter era la misma dulzura: tenia la inocencia de una paloma, y no habia entrado ni un átomo de vicio en la composicion de esta amable persona.

CAPÍTULO XXII.

Visitas y escenas de familia.

Fácilmente se puede juzgar cuan agradable seria para estas señoras el establecimiento de una muger sensible y bien nacida en las inmediaciones de su quinta. Madama Herbert, fastidiada de las frívolas amistades de que abunda el mundo, recibia á Mistres Mansel con distincion, y la concedia toda su amistad y confianza. Mr. Mansel no era menos estimado del marido, quien las veces que venia á la quinta jamás comia sin convidarle; pero sin embargo exigia de él que se abstuviese de predicarle; condicion que la piedad de Mr. Mansel no siempre le permitia observar, aunque veía con dis-

gusto que sus reconvenciones no hacian mella en aquel corazon tan viciado, que no se tomaba siquiera el trabajo de aparentar un poco de decoro. La vida de Mr. Herbert era tan contraria á los principios del digno ministro, que no èra preciso menos que el respeto y compasion que le inspiraba Madama para hacerle que se sentase á su mesa.

Mistres Mansel fue doblemente bien recibida en Llandore á causa de su jóven compañera, que presentó como una parientita de su marido, cuyo nombre hizo ella que tomase. Como no tenia ningun derecho natural al apellido de Dalton, que habia usado mas por necesidad que por eleccion, no tuvo reparo alguno, antes bien le cambió de buena gana con el que la ofrecia la amistad; pero, sin embargo, este cambio no se hizo hasta haber recibido el permiso de Mr. Dalton, á quien Mistres Mansel escribió para ello, y que no habia tituveado en concederlo.

Mis Cecilia, hija de Sir Eduardo Edwin, estaba entonces de visita en casa de su tia; y aunque al principio recibió mas séria que su prima á nuestra heroina, pronto hicieron amistad, y dentro de poco tiempo fueron inseparables. Pocos dias despues Mis Edwin dejó á Llandore; y quedándose Ana á ser la única compañera de Mis Herbert, bien pronto la granjearon su aprecio sus gracias y amables cualidades, de modo que llegó á ser tan grata á la madre como á la hija.

El verano se pasó insensiblemente en el seno de la paz y de la felicidad. El invierno vino á alterar esta dulce situacion: Ana sintió la ausencia de su amiga, que salió de Llandore para ir con su madre á Bath; pero aunque los placeres de una sociedad civilizada quedasen entonces limitados á las personas que se hallaban en el presbiterio, las fiestas de navidad no se pasaron sin diversiones. Se recibieron y se pagaron las visitas de estilo, y los

habitantes de la aldea recompensaron con su alegría su amistad y deseo de complacer lo que les faltaba de urbanidad, si es que no se debe llamar verdadera urbanidad el ánsia que manifestamos en servir de cuantos modos podemos á aquellas personas con quienes vivimos. En los dias que los vientos, nieves y lluvias no permitian dar paseos, que hubieran sido penosos y peligrosos, Ana no estaba sin diversiones, pues los libros, la aguja, el dibujo y la música la ocupaban agradablemente, y muchas veces Mr. Mansel acompañaba su dulce voz con la flauta: sus dias eran los de la paz y la felicidad, y sus noches pasaban en un reposo, que nada podia interrumpir.

Volvió el verano, y con él los apreciables habitantes de la quinta de Llandore. Los seis meses que habian pasado no habian sido menos favorables á la perfeccion de las gracias de Ana que á las de su alma: su ardiente deseo de instruir-

se crecia segun se aumentaban los medios de conseguirlo, y Madama Herbert conocia muy bien la ventaja que su compañía podia producir á su hija, y así la detenia todo lo posible consigo.

Mientras el curso de este verano Mis Herbert fue convidada con vivas instancias á ir á pasar unos dias en casa de Milady Edwin, su tia, en la quinta de Dennis, llevando consigo á Mis Mansel. Mis Cecilia aseguraba á su prima que su madre estaba preparada para admirar á su amiga, y que se resentiria vivamente si una ú otra reusaban el convite.

El rector y su muger tenian muy poco gusto en separarse de su sobrina, como llamaban á Ana: Madama Herbert no le tenia tampoco en ver marchar á su hija; pero no podia tampoco descontentar á Cecilia, cuyas repetidas instancias prevalecieron sobre ella, y las suyas sobre Mistres Mansel, quien consintió hasta en acompañar á Madama todo el tiempo que

las jóvenes estuviesen ausentes.

Mis Herbert y Mistres Mansel, despues de haberlas aconsejado se cuidasen mucho, y escribiesen todos los dias, partieron en un coche, acompañadas de un lacayo, y llegaron á comer á la quinta de Dennis, donde fueron recibidas por Cecilia con los brazos, y con mucha política por el resto de la familia, que consistia en Sir Edward, Lady Edwin y Mistres Winifred Edwin, vieja solterona, hermana del Baron: el hijo de Sir Edward y el heredero de la quinta de Dennis, estaban entonces viajando.

La noble hospitalidad que reinaba en aquella gran casa, donde el órden y la regularidad no se igualaban sino por la abundancia y liberalidad, que se extendian á cuantos llegaban, ofreció un espectáculo enteramente nuevo á nuestra heroina. La gran bajilla, los numerosos coches, la multitud de criados, la magnificencia de los muebles, aunque anti-

guos, y la suntuosidad de la mesa, la dieron ideas de opulencia y grandeza, que hasta entonces no habia conocido, y que la llenaron de un respeto y admiracion que crecia á cada instante. Diéronla, así como á su compañera, un cuarto separado, y un lacayo á cada una para servirlas: destinaron tambien un coche á sus órdenes, ó caballos, si querian usarlos, y una hora despues de haber llegado ya las pareció que estaban en su casa.

Llegada la noche y la hora de retirarse preguntó Mis Herbert á su compañera qué tal le parecia Dennis: era imposible que ella no aprobase todo lo que era superior á sus ideas de grandeza y magnificencia. "Si todavia no teneis sueño, dijo »Mis Herbert, os contaré algunas anéc»dotas, que os explicarán la causa de la »gran superioridad de esta familia sobre »la nuestra." Esta oferta complació mucho á nuestra heroina, quien respondió que podia aventurarse á ofrecerla su a-

tencion, aunque su historia hubiese de durar toda la noche, pues en efecto habia excitado algo su curiosidad la gran diferencia que habia observado entre la opulencia del hermano y la de la hermana.

"Mi madre, dijo Mis Herbert, cuan„do se casó no le era mas inferior en for„tuna que en nacimiento; pero mi tio ha „visto crecer la suya por unas circunstan„cias que han puesto una diferencia en„tre ellos.

„Lady Cecilia Trevanion, una de las „mas ricas herederas del país, vió á mi „tio en un concierto de música en Wor„cester, y se enamoró de él. El anciano „Conde, su padre, que habia recibido „algunas pesadumbres por una pasion de „su hijo, dió su consentimiento á la elec„cion de la hija luego que se aseguró de „que la familia de Sir Edwin era una de „las mejores y mas antiguas del país, y á „su muerte todas sus riquezas, que eran „inmensas, entraron en la familia de mi

»tio. Mi primo Hughes es tan bien pare-
»cido como su padre; pero recelo que no
»tenga su bondad: tiene un año mas que
»mi hermano Cárlos, y ya sabeis que Ce-
»cilia es una amable jóven, y que mere-
»ce los grandes bienes que la aguardan.
»Mamá dice que Milady Edwin es una
»digna muger: es ciertamente muy buena;
»pero yo no sé en qué consiste, yo siem-
»pre me hallo mas dispuesta á temerla que
»á amarla; y mas os diré, creyendo que
»con ello no falto á mi deber para con mi
»padre, y es que le quiero menos que á
»mi tio. Si vieseis cuánto éste quiere á
»mamá, no os admirariais de mi adhe-
»sion, pues verdaderamente en este pun-
»to jamás ha habido muger mas dichosa.
»Sir William y Lady Edwin miran sus
»intereses como suyos propios, y á pesar
»de la imprudencia de papá destinan á
»Cecilia para esposa de mi hermano; pero
»este es un secreto. Á la verdad (continuó
»bajando la voz como si temiese que la

„escucháran) Lady Edwin está tan pre-
„ocupada con la antigüedad de su familia
„y el condado de su padre, que la cos-
„taria la vida solo la idea de que sus hi-
„jos pudiesen casarse con personas, cuyo
„árbol genealógico no llegase desde aquí
„hasta Llandore."

Ana no pudo dejar de reirse de esta inocente salida de su amiga; la que añadió, y mamá tambien dice que el jóven mas bello se perdió por una locura de este género.

Despues de algunas observaciones sobre esta historia se separaron, porque Mis Herbert se debia acostar con Cecilia; pero cuando á la mañana se reunieron, el aire magestuoso de Lady Edwin, el profundo convencimiento que tenia de su nobleza, y la estimacion que hacia de todas aquellas cosas que Ana no podia menos de conocer que la faltaban á ella, la hacian adoptar las ideas de Patty Herbert, y tuvo como ella menos disposicion á

amar que á temer á una persona que parecia no tener nada de comun con el resto de las mugeres mas que la forma y las gracias, que en ella agradaban menos que imponian.

Despues de un grave desayuno, donde el silencio era de etiqueta, succedió una conversacion poco interesante entre Lady Edwin y Mistres Winifred sobre una persona del apellido de Trevanion, que pretendia ser pariente lejano de Milady, y que habiendo experimentado muy grandes infortunios la pedia algun auxilio. Se desplegó la genealogía, y el hombre, que era un mendigo descarado, fue llamado y examinado. La cuenta que dió de su descendencia estaba tan mal urdida, que estuvieron casi para entregársele á los criados, y que le castigasen por su insolente impostura, cuando Lady Edwin, habiéndose recogido un instante dentro de sí misma, le preguntó si verdaderamente se llamaba Trevanion. El hombre temblando

contestó que no se ponia nombres agenos, y entonces la dama volviéndole la espalda dijo con un tono grave: "Pues bien: „déjenle ir, y que su nombre le sirva por „esta vez de proteccion." Concluido que fue este negocio, que habia sido tratado y examinado con mucha solemnidad, las jóvenes señoritas se retiraron para ir á reirse con libertad de las preocupaciones de la nobleza, y Milady se retiró á su cuarto, donde la siguió Mistres Winifred con el árbol genealógico.

Yo temo que en este momento Lady Edwin no tenga la felicidad de agradar á mis lectores, y debo extenderme sobre un carácter que confieso no he introducido bajo el mejor punto de vista, pero á quien yo debo la justicia de decir que reunia otros muchos colores bastante brillantes para disipar las sombras que hasta aquí se han presentado en su retrato, y en términos, que no sé cómo principiar su elogio.

Lady Edwin era, segun Mis Herbert dijo á Ana, hija única del conde de Trevanion, hombre tan adicto al país donde habia nacido, que solo una vez salió de él en toda su vida para ir á la corte, y eso fue con motivo de celebrarse la boda del príncipe de Gales. Descendia por línea recta de Llewellin, príncipe de la Gales meridional, y cada matrimonio en la línea de sus antepasados siempre se habia hecho con los descendientes de uno ú otro descendiente de los antiguos héroes de la Cambria. Este orgullo de familia habia pasado á su hija; pero no era la única cosa que habia heredado de su padre, pues sacó de él una alma fuerte, capaz de resistir á todas las penas personales, y una sensibilidad que la hacia esparcir consuelos y beneficios sobre los otros. Un espíritu benéfico, una alma superior á toda debilidad, recompensando el mérito como si fuese un príncipe, la generosidad mas extensa, el desinterés

mas noble; todas estas prendas eran las del conde de Trevanion, y las que habia heredado su hija. El hijo del conde, separándose del orgullo de sus antepasados, habia totalmente perdido sus afectos; pero en la disposicion de su caudal no se dejó cegar por la cólera, y si el Lord Trevanion hubiese vivido, aunque privado del amor de su padre, él hubiera encontrado su justicia.

Sir William Edwin, tan felizmente distinguido por esta rica heredera, era de una familia tan antigua y casi tan ilustre como la de Trevanion. ¿Qué pueden valer las riquezas junto á esta única consideracion? Ella bastó para que el padre y la hija le prefiriesen á los duques que aspiraban á la mano de esta última, á cuyos ojos me atrevo á pensar que no podia parecer poco interesante un bellísimo joven puesto al fin de una larga y respetable genealogía.

Lady Edwin estaba tan adherida á la

dignidad de su familia, de la que se consideraba el único apoyo hasta que se casase su hijo, que el aprecio que hacia de una ilustre prosapia podia parecer un efecto de vanidad y ostentacion á los que no la conocian perfectamente. Sus caridades, que eran universales, les parecia que nacian mas bien de su orgullo que del espíritu de benevolencia que realmente la animaba, enseñándola á ser sensible con los desgraciados. Ninguno se dirigió nunca á ella que saliese desairado, fuese cual fuese su país. En todos los demas casos el suyo tenia la preferencia: sus criados, mercaderes, arrendadores, hasta el mismo ganado, todo debia ser de Gales. Aun mas, y es que por grande que fuese su adhesion á la ilustrísima sangre que corría por su venas, hubiera querido mejor casar sus hijos, como lo decia muchas veces, con unos aldeanos de Gales que con nobles de otro país; y en virtud de este principio consentia en dar su hija á

Cárlos Herbert, y segun este mismísimo principio Sir William y ella habian prometido su hijo á la hija de uno de sus vecinos, aunque sin embargo es menester confesar que Mis Turbville tenia ademas otros derechos que los de la pátria, pues era una rica heredera. Su tutor, que vivia en el condado de Dorcet, conociendo la alianza acordada con su padre antes de morir, habia por su ruego colocado á su pupila en la misma escuela que Mis Edwin, donde las dos jóvenes, que debian ser cuñadas, habian contraido una gran intimidad.

Para terminar el retrato de Lady Edwin añadiré que era una esposa tierna, una madre excelente, muy activa en sus amistades, muy firme en sus resentimientos, los que con ninguna otra cosa se excitaban mas fácilmente sino con lo que pudiese atentar contra el honor de su familia.

Sir William, como ya he dicho, era muy bello hombre, sensible, alegre, afec-

to á la caza mas que á nada: despues de ésta iban sus hijos, luego su botella, y despues su muger, á la que siento nombrar la última despues de tantos rivales: ella no le inspiraba á la verdad una gran pasion; pero la respetaba, mostrándola las mayores atenciones é ilimitada confianza, dejándola el mando de los grandes bienes que habia traido, y de los suyos propios, y aun pidiéndola el dinero que queria gastar. Como él tenia por ella tantos bienes, habia creido que era justo que los gastase á su arbitrio. Milady correspondia perfectamente á su confianza generosa: no tenia otra voluntad que la suya: miraba la familia de Herbert como la propia.

Era por herencia de padre á hijo caballero del condado, y tan querido, que su voz era seguida de todas las de los pueblos situados alderredor de su residencia. Nadie, á excepcion del ministro en ejercicio, habia hallado en él un ene-

migo: hablaba constantemente contra los impuestos, no porque los pagaba, sino porque gravitaban sobre el pobre. El partido de la pátria estaba siempre seguro de tener su voto.

Mientras que los arrendadores de las tierras comarcanas veían cada dia subirles los arriendos, los suyos se enriquecian, porque no pagaban sino los antiguos precios. Así los que tenian las tierras se apresuraban á reparar los daños, y á tenerlas en buen órden. Sus ganados, de que no tenia necesidad de desprenderse á la solicitacion de los ansiosos señores, se multiplicaban y engrosaban, y se veía la actividad y el contento en todas las casas de sus labradores. Lady Edwin arreglaba cada semana las cuentas de su mayordomo: ningun proveedor salia de su casa sin llevar el valor de su cuenta: los actos de beneficencia se hacian siempre con oportunidad; y en fin, mediante las buenas medidas que habia tomado, eran

muy raras las reclamaciones de la caridad.

Mis Winifred, bien contra su voluntad, habia llegado á los cuarenta años sin salir del estado de soltera: se la habia frustrado la esperanza de casarse con Mr. Mansel, quien rehusó respetuosamente su mano, alegando su anterior empeño. Era una buena y sencilla muger, á la qúe este suceso no alteró el buen humor, ni tampoco la hizo perder la esperanza de hallar otra ocasion mas favorable. Era, como todos los Edwins, de un carácter excelente: jamás estaba contenta sino cuando estaba ocupada, y no se puede dudar que siempre lo estaba. Era la conciliadora de todas las querellas de amor en la casa, la confidenta de todas las criadas, y el terror de los hombres en el caso de infidelidad ó perjurio. Cuando Lady Edwin estaba en Londres era la única dueña, y su brazo derecho cuando estaba en la quinta. Sabia al dedillo la genealogía de las

antiguas familias del principado, y despreciaba altamente á las que no se remontaban á trescientos ó cuatrocientos años. En cuanto á las que por casualidad se habian establecido en el país, ó adquirido bienes en él, jamás se acordaba de sus nombres, ni queria ver á ninguno de sus individuos; y para no faltar á esta resolucion se veía muchas veces en la precision de volverse pies atrás cuando salia de casa. Primeramente se habia aplicado al estudio de las genealogías, por agradar á Lady Edwin, y luego le habia continuado por gusto; y progresando en él habia adquirido las preocupaciones de su cuñada. No es de extrañar que este delicado objeto para ellas las ocupase mucho tiempo, y fuese el tema de las conversaciones despues del desayuno.

Mis Edwin era una hermosa morena, criada en una de las primeras escuelas de Londres, donde jamás habia sabido lo que era desear una cosa que pudiese ad-

quirirse con dinero. Gustaba mucho de las novelas heróicas, aunque á la verdad su aya no aprobaba que éstas hicieran parte de la educacion de las jóvenes. Pero entre las directoras de las niñas de cualidad se hallan por desgracia mas mugeres como la Frajan que como la Barlow. Ademas de esto no era posible á las ayas subalternas el rehusar una cosa tan inocente á aquellas amables personas, que cada dia las regalaban, como estaban en estado de hacerlo las dos futuras cuñadas. Los bellos sentimientos de aquellas heroinas, que á la edad de quince ó diez y seis años conocian *todos los grados de la pasion del amor*, y que preferian á todo estas mismas pasiones, era el tema favorito de Mis Cecilia. Un viage á Escocia * con algun amable desgraciado era toda

* Por lo comun es á Escocia donde muy tiernas, pero muy imprudentes, se dirigen las bellas parejas que quieren casarse, y no tienen la aprobacion de sus padres.

su ambicion. Para conformarse con los usos de las novelas era indispensable que ella fuese desgraciada; y así sus hermosos ojos negros se ensayaban en tomar un aire lánguido, su pecho en lanzar suspiros; y teniendo un rostro animado, fresco y colorado, buscaba tomar el aspecto de la melancolía. Para urdir la novela la faltaba una cosa, que era lástima no tuviese, y era el *amante*. ¿Qué habia de hacer ella sola? Es preciso un compañero en la agradable miseria del amor. En el círculo de las amistades á nadie conocia tan amable, atento y cumplido como su primo Cárlos Herbert, é ignorando el proyecto de su madre sobre su boda, pues ya se sabe que el consentimiento de padres y madres quita todo el interés á las novelas, se determinó á hacerle el héroe de la suya. Tenia algunas amigas con quienes no era nada reservada: abrió una correspondencia con ellas, y despues las dirigió una coleccion completa de cartas

originales, en que las daba cuenta del nacimiento y progresos de este amor, contando mil penas que no tenia, sentimientos que no experimenntaba, circunstancias que nunca habian sucedido, y *transportes amorosos*, que no existian sino en su imaginacion exaltada por sus lecturas. Pocos jóvenes venian de visita á la quinta que ella no los transformase en amantes desgraciados. Ellos eran amables: ella podia tratarlos con amistad; pero ¡ah! su corazon estaba ligado á un solo objeto con lazos que solo podia romper la muerte.

Nuestra heroina fue bien pronto una de las confidentas de Cecilia, así como Mis Herbert, que no habiendo tenido una educacion tan brillante, no pensaba que una pasion tan bien pintada pudiese ser imaginaria, y creía á su hermano tiernamente amado; pero en secreto dudaba que Cecilia no se lisonjease demasiado suponiendo en retorno un cariño fino; y

como él debia venir á Llandore á pasar las vacaciones, se propuso observarle. Su reserva delicada, y sus atenciones para con la vanidad de su prima, no la permitieron darla parte de sus dudas, ni tampoco dijo nada á Ana, quien por su parte infirió que Mr. Cárlos Herbert y Mis Cecilia eran una pareja de muy tiernos y fieles amantes.

CAPÍTULO XXIII.

Á veces es amable la vanidad.

Al principio que Ana fue presentada en la quinta de Dennis Lady Edwin la recibió como una bonita aldeana, á quien Madama Herbert trataba á falta de una sociedad mas conveniente; y su hija Mis Edwin, no estando acostumbrada á exagerar las gracias y méritos de las personas de su sexo, habia hablado de ella á su madre bajo este punto de vista, añadiendo solamente que era muy buena ni-

ña, y tan querida de Patty, que seria cruel el separarlas. Semejante consideracion fue suficiente para que Lady, conforme á sus propias ideas de conveniencias, se decidiese á contribuir á la felicidad de otra, sobre todo cuando esta otra era la sobrina querida de su marido, y así consintió en el convite. Pero por mas obscura que Ana pareciese para todos los demas respectos, cuando llegó á la quinta sus dueños la consideraron como acreedora á toda su política, y así la trataron siempre. Algunos dias se pasaron sin que Lady Edwin, que no estaba interesada para con ella, ni por curiosidad, ni por benevolencia, ni por vanidad, hubiese fijado la atencion en las bonitas facciones de su rostro. La naturaleza no habia formado esta encantadora imágen de una bella alma para que se dejase por mucho tiempo de observarla. La dulzura y delicadeza de sus modales no se ocultaron á Lady Edwin, quien no pudo dejar de

admirarla, así como sus gracias y atractivos, que parecieron aumentar un poco su primera atencion. Quedó asombrada viendo la hermosura adornada de tantas bellezas mentales, y se admiró de ver que aunque jóven, y totalmente ignorante de mundo, su educacion y sus habilidades, unidas á un juicio recto, un talento ilustrado, modales elegantes y sueltos, eran por lo menos iguales á todo lo mejor que habia visto en las primeras tertulias. En verdad este conjunto era tal, que merecia fuese honrado con las mas lisonjeras expresiones de distincion; y así en poco tiempo llegó á ser la compañera favorita de Milady.

Ana, siempre sensible y reconocida, estudió cuanto podia agradar á una señora, que no habia merecido menos su amistad que su respeto, luego que al lado de la altura de los Trevanion la habia dejado ver sus grandes y excelentes cualidades; y así halló un verdadero placer

en su compañía. Mis Edwin la burló acerca de esta conducta, que ella llamaba estupidez; pero Ana, que se lisonjeaba mas de la amistad de la madre que de la de la hija, se aventuró á pensar que ella tenia razon cuando Mis Cecilia pensaba tal vez que tenia culpa, y que no merecia risa el que ella se condujese de un modo que contribuía á su satisfaccion y á su ventaja.

En uno de sus paseos Lady hizo á Ana el honor de llevarla en su birlocho, y en el camino la hizo observar la hermosura de la campiña, la abundancia de flores que la adornaban, y variaban el fondo verde del cuadro que la naturaleza ofrecia sobre los montes, y añadió que daria el mundo entero por tener un vestido de gala completo trabajado sobre aquel modelo.

El bordado era el fuerte de Ana: Mistres Mansel, que era acaso la mejor bordadora de Inglaterra, y que tenia pasion á esta labor, habia sacado en Ana una

discípula casi tan hábil como ella; y así, deseosa de cultivar la buena voluntad de Milady, la ofreció encargarse de bordar un vestido, y acabarle precisamente para el dia de la Reyna, época en que Mis Edwin debia ser presentada en la corte. Lady Edwin se sonrió de su viveza en emprender una obra, que no la juzgaba en estado de hacer; pero pensó de otro modo cuando vió sus dibujos trazados con maestría, é iluminados al natural. Hizo venir una pieza de la tela mas delicada, y en un templete colocado sobre la cumbre de una montaña que servia de punto de vista se hizo el dibujo, y se iluminó con tanto gusto, que se empezó á hablar de la joven artista como de un prodigio, y entretanto era el objeto de los *brindis* de cuantos venian de visita á la quinta, y que la miraban como la mas amable criatura de ella.

Habia pasado rápidamente el mes concedido para el viage á Dennis. Se pidio

otro con instancia; pero la misma carta que trajo el consentimiento no permitió que Ana se aprovechase de él, pues Mistres Mansel, de resultas de un repentino vaído, habia dado una caida que la habia obligado á dejar la quinta de Llandore, y volver á su casa con una herida en una pierna.

Dennis, su explendor, su magnificencia, las lisonjeras distinciones de Milady, la honrada y franca familiaridad de Sir William, la compañía de sus jóvenes amigas; todo esto no tuvo precio alguno para Ana: en vano se intentó detenerla: Mistres Mansel, su querida amiga, y que la servia de madre, estaba enferma. Lady Edwin consintió, aunque con pena, en su partida, y conoció que crecia su estimacion para con ella por el motivo que la hacia obrar.

Ana hallo á Mistres Mansel mas mala que lo que habia pensado, segun la carta de Mistres Herbert, y el bueno del digno

rector desesperado; pero su presencia trajo el consuelo al corazon de sus amigos. Mistres Mansel lloró de alegría á esta señal evidente de su amistad, y dijo que no necesitaba de otro médico. Su marido, cuya felicidad estaba concentrada en la de su muger, quedó como en éxtasis viendo el feliz efecto que producia el regreso de Ana. El restablecimiento de esta excelente muger fue sin embargo largo é incierto: su pierna, hinchada é inflamada, no la dejaba salir de la cama, y sus dolores pocas veces la permitian recibir las visitas de sus vecinos.

Esta pequeña ausencia, que habia abierto una especie de mundo á Ana, ofreciendo á su vista escenas de magnificencia tan superiores á las que habia visto en Lodge, como Lodge era superior al presbiterio, no habia producido otro efecto que el de hacerla sus amigos aun mas queridos que lo eran cuando se separó de ellos.

Comenzó entonces á conocer las ventajas que habia sacado de la bondad de Madama Melmoth: el juicio y la razon que dirigian todas sus acciones eran verdaderamente superiores á su edad. Las lecciones que habia recibido eran las del honor y la virtud: aprendió desde muy temprano á mirar con horror el vicio de qualquier modo que se disfrazase: estos preceptos la habian sido repetidos desde su infancia por su aya, y su buen natural los habia fortificado. Desconociendo el artificio, no sospechaba en los demas una falsedad, de que era incapaz. Tenia un sentimiento de pundonor que la hacia penoso el depender de la caridad de los otros; y este pundonor la habia hecho desear el emplear para salir de este estado los talentos que Dios la habia dado. Conocia la generosidad de Lady Edwin, y se lisonjeaba de que si la obra que la habia encargado, y que habia traido consigo, tenia la felicidad de agradarla, la

pondria en el caso de no estar enteramente á cargo de sus amigos, cuya renta, ya limitada, podia serlo mucho mas en un momento de enfermedad que iba á aumentar los gastos. Así pues se puso con ardor á la obra, y como trabajaba junto al lecho de su querida aya, tuvo constantemente la ventaja de sus consejos é instrucciones para la colocacion y matizado de las flores.

Inmediatamente que acabó una pieza la envió á Dennis. Lady Edwin quedó asombrada viendo la belleza, gusto y delicadeza del trabajo, y volvió á mandar la pieza con una bolsa de veinte guineas, suplicando á Ana que las aceptase para comprar una cosa que si posible fuese la diese tanto placer como á ella la habia dado su obra.

Ana corrió con viveza á llevar esta bolsa á sus respetables y dignos amigos, diciéndoles que seria dichosa si pudiese estar en estado de dirigir á ellos sus ojos

sin confusion, y mostrar cuán independiente era su adhesion de sus obligaciones. "Yo quisiera, añadió esta reconocida jó»ven, que estuviese en mi mano el ayu»daros: nunca tendriais necesidad de na»die, y jamás Ana olvidaria lo que debe »á su querida Mistres Mansel."

Si el lector ha gozado alguna vez del espectáculo del amor y gratitud á las almas generosas, tendria puede ser alguna idea de la sensacion que experimentaron aquel digno ministro y su muger; pero si nunca ha tenido esta felicidad es inútil describirla. Mistres Mansel no sosegó hasta que todo el dinero se empleó en el lienzo y vestidos que necesitaba su querida Ana.

CAPÍTULO XXIV.

Amor de aldea.

Por mas priesa que Ana tuviese en acabar su tarea, y por mas incomodada

que estuviese Mistres Mansel, no estuvieron enteramente privadas de sociedad: Madama Herbert las visitaba frecuentemente: á veces enviaba su cocinero con alguna caza, ó cualquier otro regalillo, que creía podia agradar á la enferma: frecuentemente comia con ella para distraerla con su presencia, y estimularla á tomar un poco de alimento, y á vencer su repugnancia á toda especie de comida. En una de estas visitas fue acompañada de un jóven que varias veces habia visto á los dos esposos en Llandore, pero que habiendo tenido que hacer un viage á Inglaterra por sus negocios, nunca habia visto á Ana.

Mr. Wilkinson habia estado primeramente empleado en las ferrerías que, segun he dicho antes, pertenecian en parte á Mr. Herbert, el cual le habia hecho venir de Londres para dirigir y velar sobre las obras. Se hizo tan útil y necesario á la compañía por sus conocimientos é

industrias, que le habian asociado á ella, dándole una parte en las ganancias, á condicion de que se estableciese en el país, y presidiese por sí mismo las labores.

Madama Herbert hacia mucho aprecio de Mr. Wilkinson, y no menos de Ana. La fortuna y perspectiva del primero eran brillantísimas; pero las amables cualidades de la segunda y sus gracias la parecian un buen equivalente, y allá en su imaginacion habia compuesto un matrimonio con esta meritoria pareja. Sin decirle nada de su proyecto le habia convidado para que la acompañase á casa del ministro bajo el pretesto de enseñarle una obra curiosa; pero en la realidad era á la hermosa artista que la ejecutaba. Lo que ella habia previsto sucedió en cuanto á Wilkinson, pues quedó ciegamente enamorado. Pero si quedó encantado de la presencia de Ana, cuánto mas lo fue despues que la oyó hablar con tanta sabiduría como razon y elegancia, y cuando á ins-

tancias de Madama Herbert se puso á su piano. Era Madama Herbert una señora tan estimable y amable en todos sus procederes, tan tierna y tan buena amiga, que era imposible negarla cosa alguna. Ana queria divertirla, y este deseo hizo su canto y su ejecucion dignas de sus amigos, cuyo voto era toda su ambicion.

Mr. Wilkinson, cuya educacion habia sido muy inferior á sus disposiciones naturales, sintió que cada instante crecia su pasion por Ana. No tenia mas que un temor, y era que una criatura tan amable y completa no le estuviese destinada. Entretanto el objeto de su admiracion estaba tranquila ignorando el poder de sus hechizos y los designios de Madama Herbert. En cuanto á ésta, apénas volvió á su quinta con aquel jóven no tuvo dificultad en descubrir que estaba enamorado. Ella le informó de cuanto sabia respecto á Ana, es decir, que era una huérfana parienta de Mr. Mansel,

que su belleza y sus habilidades eran todo su dote, y que era de suponer seria una cosa muy grata á sus parientes el verla casada con un hombre de bien, añadiendo que ella pensaba que él era este hombre, y que en cuanto su parcialidad á favor de uno y otro la permitia juzgar, creía que esta union seria dichosa.

El resultado de esta conversacion fueron las frecuentes visitas de Wilkinson, quien bien pronto hizo una declaracion general de sus ideas al ministro, quien segun su costumbre de pareceres muy raros para muchos, por no ser de moda, rehusó contestarle antes de haber consultado á su muger, y ésta por su parte se creyó obligada á instruir á Ana de su conquista, é informarse de sus sentimientos.

La sorpresa y confusion de nuestra heroina al oir tal noticia fueron simplemente efectos de su modestia natural. No teniendo la menor inclinacion á Wilkin-

son ni á nadie, no se habia figurado que pudiese ser objeto de su atencion, y no le habia mirado con mas curiosidad que podia haber mirado á su abuelo. Léjos de hallar alguna inclinacion hácia él ni hácia otro de su sexo, la dió mas pena que gusto, y dijo friamente á sus amigos que estaba muy contenta á su lado para querer mudar de situacion.

Una negativa tan pueril á una proposicion tan ventajosa agradó mucho á Mr. Mansel, y la felicitó por la conquista de un hombre, cuya fortuna y carácter eran tan poco susceptibles de objeciones, y dijo que esperaba dar su querida hija á un jóven que conociese todo el valor de este don.

Este lenguaje admiró á Ana: sus principios eran tan sencillos y francos, que no concebia que lo que ella habia dicho como una negativa absoluta pudiese ser tomado en sentido contrario. Inquieta, y acaso ofendida de la equivocacion de Mr.

Mansel, pidió que no se hablase mas de este punto. En verdad estaba segura de que la era imposible tener jamás para con Wilkinson los mismos sentimientos que veía en Mistres Mansel para con su esposo, y echando á llorar confesó el temor que tenia de que estuviesen cansados de tenerla consigo. Ellos la dieron un tierno abrazo, y la rogaron que no se afligiese. "Aunque fuese un Embajador, añadió »Mr. Mansel, yo nunca indicaré á mi »Ana á una union que no esté santifica»da por su propia eleccion."

Su juventud y falta de experiencia les parecieron razones suficientes de su repugnancia á las proposiciones de aquel jóven; pero como estaban seguros de que su corazon no estaba empeñado, hicieron feliz al novio con la esperanza de que el tiempo podria hacerle lograr sus deseos. Segun esta certeza de que su corazon estaba libre de toda impresion, le aconsejaron que granjease su estimacion antes

de solicitar su mano, y en virtud de esto le convidaron á que los visitase. Él era muy bien recibido del rector, y de su muger, cuya salud, deteriorándose cada dia, necesitaba de una sociedad que pudiese distraerla, y ya no tenia la de Madama Herbert, que habia ido á reunirse con su hija en Dennis, donde debian pasar el resto del verano.

Como se acercaban las largas noches del invierno, Mr. Wilkinson fijó su habitacion en la quinta, pues las fraguas, donde tenia una casa, estaban á mucha distancia para que pudiese volver despues de haber pasado la tarde en casa del rector, donde leía para que Ana escuchase mientras que trabajaba: jugaba con la familia á aquellos juegos caseros, y era siempre de la partida cuando habia algunas diversiones entre los honrados é inocentes vecinos de la aldea; pero el estado de Mistres Mansel no los permitia sino raras veces el asistir á ellas. Si se bailaba,

la daba la mano: si salia la acompañaba, y su brazo la servia de apoyo en el paseo; pero estas entrevistas y frecuentes ocasiones, que parecia asegurar su conquista á Wilkinson, nada producian con respeto á la dama, pues cuanto mas le veía menos inclinada se sentia hácia él.

Mr. Wilkinson era seguramente un buen mozo: tenia cierta dulzura poco comun en los modales de los de su estado: era muy agradable en su conducta, su talento y juicio mas que medianos, y su edad de veinte y ocho á veinte y nueve años. En cuanto á estos puntos era un buen partido, y lo era mucho mas respecto á sus bienes, pues los muy regulares que habia heredado iban en aumento cada dia con su industria. Mas á un corazon como el de Ana, que no conocia el mundo sino por teoría, que habia aprendido cuanto sabia en los libros, y que creía los hombres tales como debian ser, mejor que como en realidad eran, hubie-

ra necesitado alguna cosa mas que todo esto. Sus sentimientos partian de la sabiduría y de la virtud. Wilkinson no estaba seguramente sin una y otra; pero al expresarse no tenia aquellos modales finos y delicados que parecian necesarios para la felicidad de nuestra heroina. Cuando despues de mil esfuerzos inútiles para romper á hablar, en cuyo caso un amante se presenta siempre con desventajas de su éxito, llegó á descubrirla temblando la pasion que le habia inspirado, y tuvo el disgusto de oir de aquella boca (que no estaba acostumbrada á los artificios que las supercherías de un sexo han hecho necesarios á los del otro) un firme y frio desvío de sus ofertas, fue inexplicable su dolor.

Volvió á presentarse con todo el aire de la consternacion en el gabinete de Mr. Mansel, cuya pena, causada por su afecto á Ana, fue casi tan grande como la del amante desgraciado. Mistres Mansel

se negó á mezclarse en un negocio que interesaba tan esencialmente á la felicidad de su jóven amiga: en vano el enamorado Wilkinson reclamó su intercesion; todo lo que pudo obtener fue que continuase viniendo bajo el mismo pie á la casa, de cuyo permiso él se aprovechó: de modo que raras veces faltaba de ella. Así pues no tardó en divulgarse que estaba comprometido con Mis Mansel; y en efecto sus continuas visitas parecieron confirmarlo.

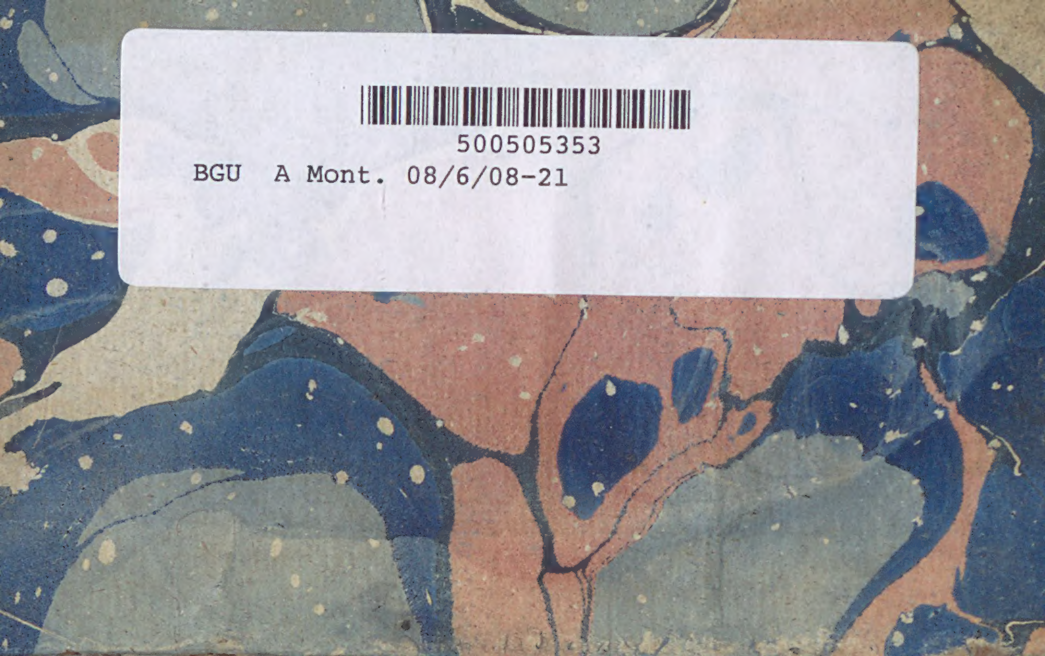
FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO PRIMERO.






OBRAS
DE
BENNET
1

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm